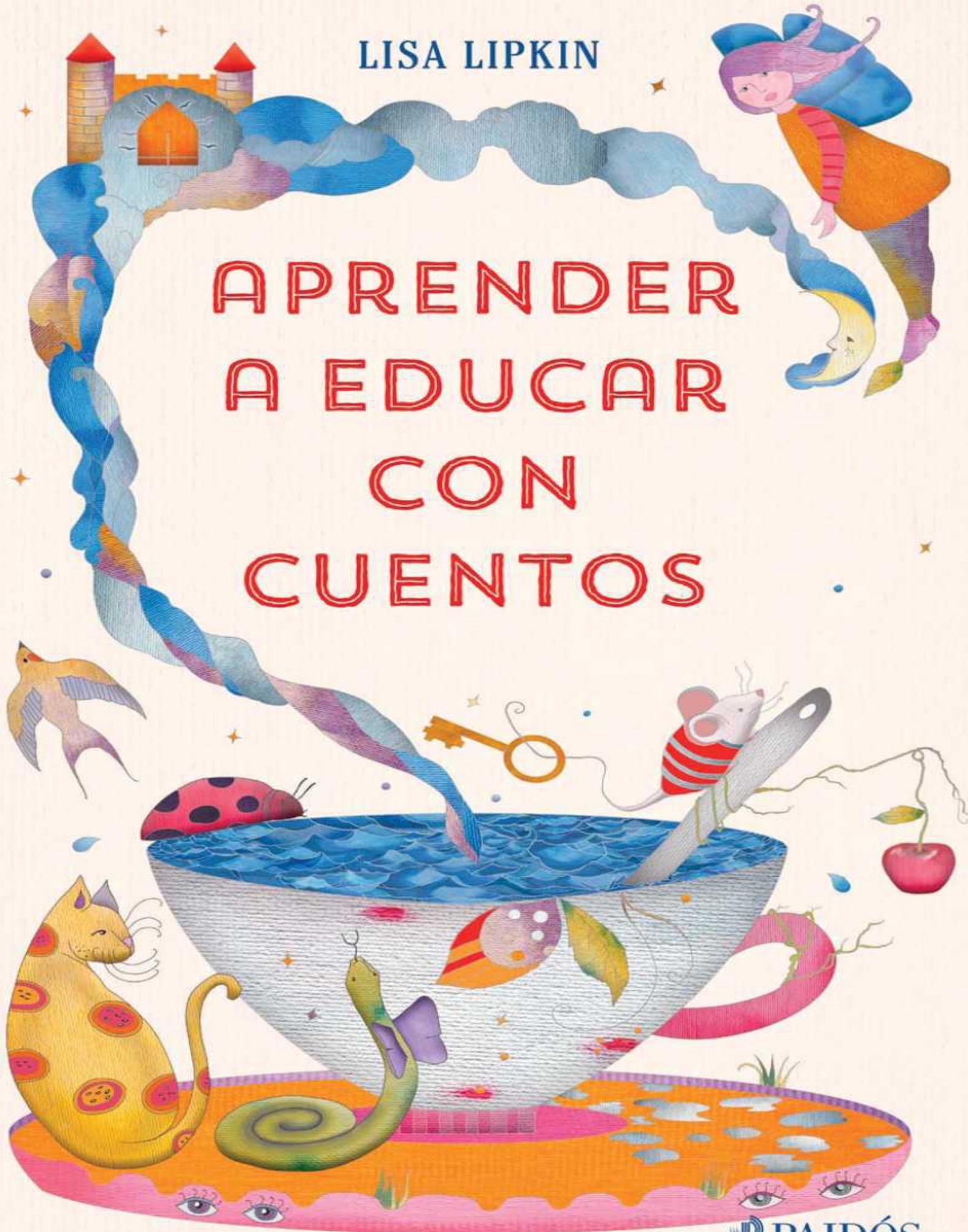


LISA LIPKIN

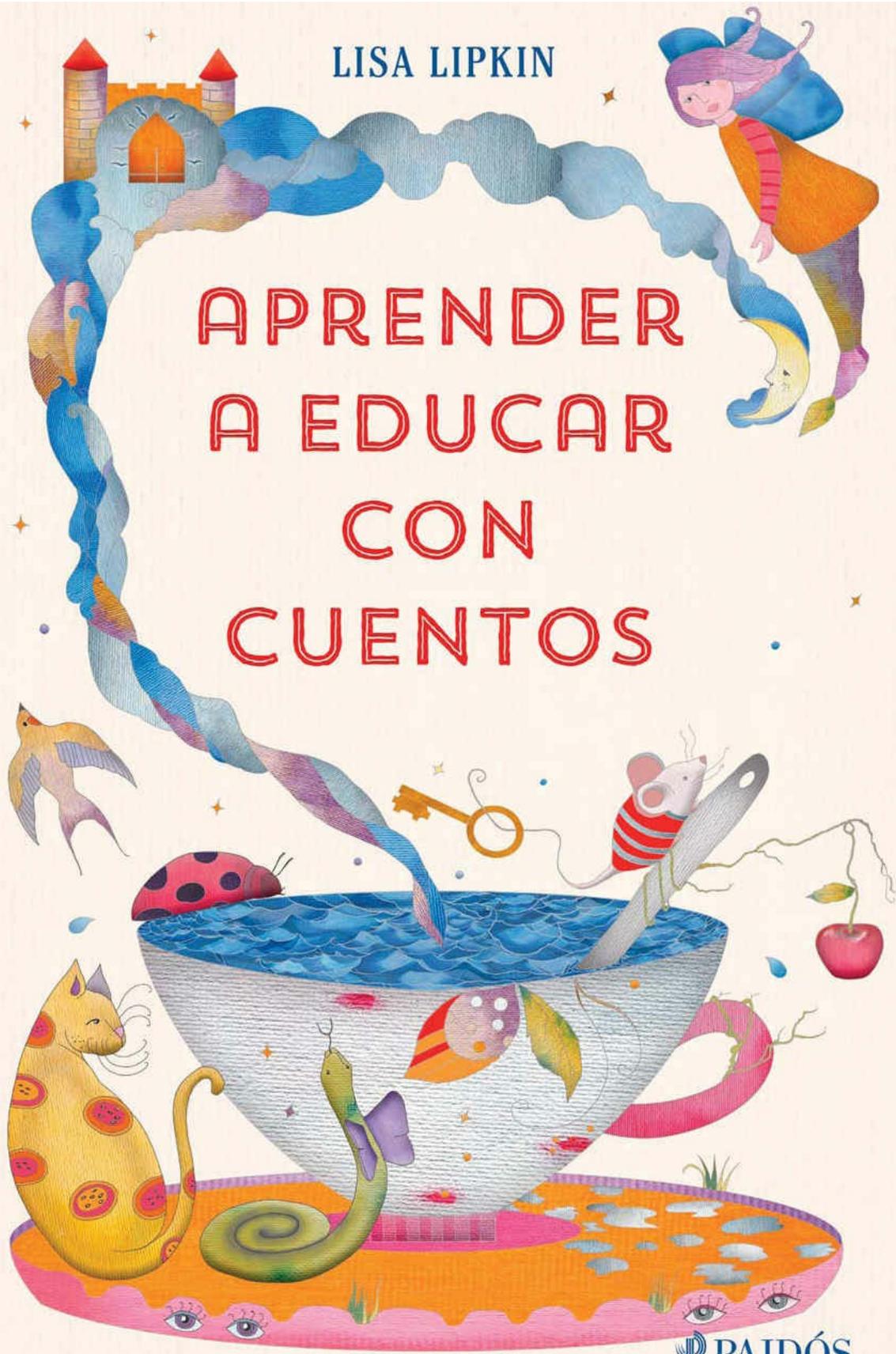
APRENDER
A EDUCAR
CON
CUENTOS



PAIDÓS

LISA LIPKIN

APRENDER
A EDUCAR
CON
CUENTOS



PAIDÓS

Lisa Lipkin

APRENDER
A EDUCAR
CON
CUENTOS

 PAIDÓS

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

I. TRANSFORMAR UNA TOPERA EN UNA MONTAÑA

Cómo incorporar los cuentos a las actividades cotidianas

La hora de las comidas

Los quehaceres domésticos

En lugar de la televisión

Al acostarse

De viaje

Más gorras mágicas

Los deberes escolares

Y a veces la Y

El reciclaje y el medio ambiente

El mapa mágico

II. DE NIÑO CORRÍA QUINCE KILÓMETROS POR LA NIEVE HASTA LLEGAR A LA ESCUELA

Cómo recopilar y compartir el folclor familiar

El mundo de la infancia

El significado de los nombres

Los objetos de nuestra vida

Donde nos curamos: historias de hospital

Rojo como un tomate: historias de vergüenza

Hay una mosca en tu plato: historias prácticas

para gastar bromas

¡Pillín, pillín!: historias de disciplina

Fotografías

Expresiones familiares

Costumbres familiares

Personajes familiares

La tía Sally y el tío Quinto

Cómo convertirse en un folclorista

Adopción

III. SONRISAS, RISITAS Y CARCAJADAS

Cómo leer historias a los niños

Preparación para leer en voz alta
Cómo conseguir que las historias escritas
sean más divertidas
Cómo sacar el máximo partido de las ilustraciones
Combinarlo todo
Un niño llamado Ray
Cuentos de hadas
Cinderelma [Cenicielma]
La Cenicienta india

IV. MAGOS, REPTILES Y VENTISCAS

La invención de relatos imaginarios

Descubre tus joyas ocultas
Érase una vez...
Inventar un cuento
Historias que relajan
La creación de historias originales
Cómo inducir una historia
Un cuento para Heather

V. ZÁMPATE A LOS DUENDES TRAVIESOS

Cómo eliminar el miedo de las historias
de fantasmas

Cómo divertirse con las historias de terror
Actividades espeluznantes que no asustan
Creación de historias de fantasmas simpáticos
Dedos largos y labios de Rubí

VI. ¿QUIÉN REMOLCÓ EL ARCA DE NOÉ?

Cómo dar vida a los relatos bíblicos

Trasfondo cultural
Selección de la historia
Preparación de la historia
El *midrash* moderno
Guía del paraíso para un neoyorquino
La parábola de la serpiente
Descubrir a Dios
La langosta Leonardo

VII. CUANDO LA VIDA NOS ENTRISTECE

Historias que abordan temáticas infantiles

Sentimiento de soledad
Cómo creció Littleberry Johnson

Rivalidad entre hermanos
¡Niña tonta!
Chuparse el pulgar
¡Slurp!, ¡slurp!, ¡slurp!
Controlar la desconfianza
El dragón
Miedo a la oscuridad
El niño y la oscuridad
Muerte de un ser querido
El postizo de cola de vaca

VIII. ORGULLOSO COMO UN PAVO REAL

Historias que fomentan un comportamiento positivo

Ayudarse mutuamente
El cielo y el infierno
Compartir
Los dos amigos: un cuento popular
Confiar en la propia apreciación
Un cuento beduino
Pedir ayuda
La montaña y el acantilado
Aceptación
El gallo que fue rey

FUENTES ADICIONALES

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía sobre la literatura de la adopción
Bibliografía de cuentos favoritos para leer en voz alta
Otros libros

CRÉDITOS

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro constituye una historia, un relato, un cuento en sí mismo. Entre los personajes más importantes de este cuento figuran, entre bambalinas, Lisa y Andrew Meade, que tan generosamente me dejaron su dormitorio de invitados en el campo para que escribiera, liberándome de los ruidosos camiones de la basura de la Décima Avenida; Steve Zeitlin, un maravilloso folclorista y el fundador de City Lore en Manhattan, que entró en escena en el cuento alrededor del capítulo 6, cuando empecé a llamarlo cada cinco minutos para preguntarle un sinfín de cuestiones relacionadas con permisos y derechos sobre el material; mi padre, George Lipkin, que me ayudó a diseñar la trama respondiendo a innumerables preguntas de gramática, y mi madre, Sari Lipkin, que creó la estructura de la historia, hace años, con sus reflexiones animadas sobre la vida cotidiana; mi agente, Naomi Witter Reichstein, que tan pacientemente me ayudó a iniciar este cuento, y mi encantadora editora, Amy Cherry, que me ayudó a terminarlo. A todos ustedes, gracias de todo corazón.

PRÓLOGO

La mayoría de la gente busca una aguja en un pajar, pero yo hago lo contrario: siempre busco un gran pajar en la más pequeña de las agujas. Si crees que me gusta encontrar un cuento donde da la sensación de que no existe, estás en lo cierto. Esta es la razón principal por la que decidí escribir este libro, no para convertir a los padres en fabulosos cuentacuentos —aunque si al final resulta ser así, estaré encantada—, sino para ayudarlos a elevar lo mundano a la categoría de lo mágico descubriendo el relato que se esconde en su interior.

Si dejas que tu mente se abra a lo desconocido, verás que hay cuentos en todas partes, no solo en la sección correspondiente de una librería o en un festival de narraciones para niños. No viven únicamente en los libros, las películas o los programas de televisión, sino en lugares mucho más sutiles, como los ojos o las líneas de la risa, la aspereza de las manos o la cadencia de la voz. Se ocultan en lugares cotidianos, como las paredes de las casas o las calles de la ciudad. Son niños eternos jugando al escondite en las reliquias familiares y los juguetes infantiles. Si escucháramos con atención todos los cuentos que nos rodean en la vida diaria, el estruendo sería ensordecedor.

Este libro enseña a utilizar los cuentos para transformar en algo extraordinario todo lo ordinario que hay en nuestra vida. Con un hogar más «lleno de cuentos», estoy segura de que tu familia será más creativa y comunicativa, o por lo menos, se divertirá muchísimo intentándolo. En una cultura que confía cada vez más en mecanismos externos para entretener, el hecho de contar cuentos constituye un retorno a los verdaderos orígenes de la humanidad.

Cuando echo la vista atrás y pienso en las historias que me han influido profundamente a lo largo de la vida, llego a la conclusión de que son demasiadas como para enumerarlas. La primera me la contó mi madre cuando iba a la secundaria y me había propuesto firmemente conseguir un lugar en la universidad. «¿Sabes?», me dijo con su inconfundible acento húngaro, «he oído hablar de un muchacho que solicitó su admisión en varias universidades y todas se la denegaron». «¿Se supone que esto tendría que hacerme sentir mejor?», le pregunté. «Espera, hay más», replicó. «Una vez recibidas todas las cartas de rechazo, su padre le dijo: “Ahora, apunta más alto”. El muchacho envió una solicitud a Harvard y fue aceptada». Poco después mandé una solicitud por correo a una de las mejores universidades femeninas y fue aceptada, a pesar de que otros centros menos importantes me habían rechazado. Mirándolo desde la perspectiva actual,

es fácil darse cuenta de que la historia de mamá no tenía nada que ver con las universidades, sino con la naturaleza humana. A veces, solo un auténtico lince puede descubrir en nosotros lo que otras mentes más mediocres fueron incapaces de vislumbrar.

Su relato siempre permaneció a mi lado y me ayudó a enderezar el curso de mi vida en más de una ocasión. Años después de haber terminado mis estudios en la universidad, decidí probar suerte en el periodismo y envié un cuento a un pequeño periódico regional de Nueva Jersey, donde entonces vivía. No hace falta decir que fue rechazado. Por un momento me desanimé y estuve a punto de enviarlo a otro periódico aún más pequeño de la zona, pensando que tendría más probabilidades de que lo publicaran. Pero entonces recordé la historia de mi madre y lo mandé a *The New York Times*. Lo compraron de inmediato. Estaba en el buen camino para convertirme en una escritora que publicaba.

Igual que la mayoría de los chicos y chicas de mi edad, mis años de adolescencia estuvieron repletos de dudas personales y de ansiedad, enmascaradas por una aparatosa autosuficiencia. Hablaba sin cesar durante la cena, devoraba las fotografías familiares y actuaba en todas las obras de teatro de la escuela en las que me seleccionaban para el reparto. Pero debajo de aquel manto de confianza se escondía una frágil muchacha de dieciséis años que se sentía incomprendida por sus padres y desdeñada por los chicos de su edad.

Un verano conseguí un trabajo para vender camisetas en Cape Cod. En su mayor parte, los clientes eran aburridas amas de casa y familias cuyos incansables niños siempre acababan ensuciando la mercancía con sus helados. Una tarde, después de un día agotador en una tienda que parecía un horno (el propietario no había oído hablar del aire acondicionado), entró un hombre de unos cuarenta años. Te juro por mi vida que no recuerdo su rostro, solo sus palabras. Entablamos una conversación que en cuestión de minutos derivó hacia temáticas realmente deliciosas. Hablamos de arte y de artistas que ambos admirábamos; de Vladimir Nabokov y Dorothy Parker, mis dos escritores favoritos en aquella época; de sus viajes a Alaska y más allá. Luego, sin saber cómo, el hombre dijo: «Eres muy especial. Me gustaría contarte una historia antes de marcharme...»

Un día, Miguel Ángel caminaba por la calle con su amigo. Al pasar junto a una piedra de gran tamaño que había a un lado de la calzada, el amigo le dio una patada. “¡¿Por qué lo has hecho?!”, le preguntó Miguel Ángel, bastante indignado. “¿Qué tiene de malo?”, replicó su amigo. “No es más que una piedra”. “No”, respondió Miguel Ángel, “es un ángel”. Unos meses más tarde, Miguel Ángel invitó a su amigo a su estudio para mostrarle su última escultura. Era un ángel bellamente tallado. Cuando el muchacho se maravilló al verlo, Miguel Ángel dijo: “¿Lo ves? Te dije que no era una piedra”»

De repente, el hombre se volvió hacia mí y me dijo: «Lo que intento decirte es que eres

un ángel y que la mayoría de la gente solo verá la piedra». Se dio la vuelta y salió de la tienda. Un desconocido me hizo un regalo que he llevado conmigo desde entonces.

En realidad, las dos historias que he mencionado no son sino variaciones del mismo tema. Apunta más alto. Ten fe en tus cualidades. Sé fuerte. No es una coincidencia que las historias que más necesidad tengo de oír sean las que recuerde con mayor intensidad.

Los relatos trascendentes permanecen. No pueden crearse, aunque sí evocarse. Todo empieza contigo, el gran mago. Podría ser que las historias que produzcas no sean largas, incluso cabe la posibilidad de que se reduzcan a una sola frase, pero algunas de aquellas imágenes dejarán unas marcas tan indelebles en la imaginación de tus hijos que las recordarán hasta mucho después de que hayas guardado tu varita mágica.

En este libro no encontrarás instrucciones para «escenificar» cuentos. Nunca te sugeriré que apagues la luz, que te disfraces o que recurras a tu bolsa de objetos y accesorios, pues tengo la seguridad de que los relatos causan un impacto duradero en ti y en tus hijos a través de su aplicación diaria, no como una «hora especial del espectáculo», lo cual resulta irónico viniendo de una cuentacuentos profesional. Pero incluso quienes lo hacemos para ganarnos el sustento sabemos que la fuente de la inspiración no procede de nuestros gloriosos momentos en el escenario, sino de la observación y la reflexión diaria.

Hace varios meses mi querido amigo Steve Zeitlin, un folclorista que sabe encontrar todas y cada una de las subculturas interesantes de Nueva York, me llevó a un club de tenis de mesa en el West Side de Manhattan. Dicho club, atestado de fanáticos encubiertos de tenis de mesa, también atrae a personalidades de la élite del deporte, como Marty Reisman, que ganó el Abierto británico en 1949; Dick Miles, diez veces campeón de los Estados Unidos, y George Braithwaite, uno de los seleccionados estadounidenses que el gobierno envió a jugar con los chinos poco antes de que Nixon estableciera relaciones con aquel país. Todos ellos coincidieron en decirme lo mismo: «¡Cambia la empuñadura!». Pero ¿cómo podría hacerlo? Tenía una empuñadura de derecha francamente infame, forjada durante mis años de infancia jugando al «tenis de mesa sótano» en nuestra casa de Nueva Jersey. Sin embargo, descubrí que mi empuñadura de derecha me impedía pasar a la de revés con eficacia, de manera que durante algunos meses intenté desarrollar una nueva sujeción de la pala, aunque sin resultados aparentes. «Dale tiempo», me decían, categóricos en su consejo.

Luego sucedió algo interesante. Un día, Monica Golusevic, excampeona nacional de Rumania, hizo su aparición en el club. «¿Por qué no me muestras la empuñadura con la que te sientes más cómoda?», preguntó. Así lo hice. «¿Sabes?», dijo, «hay un campeón británico que usa tu empuñadura». «¿De verdad?», pregunté, asombrada. Ella me animó y me dijo: «¿Qué te parece si trabajamos juntas para desarrollar tu revés con la empuñadura que siempre has usado y con la que te sientes a gusto?». Me sentí como si

me acabaran de quitar una tonelada de ladrillos de encima, y era consciente de que aquel alivio trascendía al tenis de mesa. De pronto se me ocurrió que los mejores profesores no son los que intentan convertir a la gente en lo que no es, sino quienes procuran aprovechar al máximo sus cualidades. Una lección importante y que espero poder traducir en el transcurso de las páginas siguientes.

Confía en tus dotes naturales de cuentacuentos. Confía en la persistente capacidad de tus hijos de inventar, disfrutar y escuchar las historias que les cuentas. Utiliza este libro con sensatez. No te convertirá en una *top model* de un metro ochenta y con unos abdominales impecables, sino que fortalecerá tu músculo de la imaginación. Para ser eficaz no necesitas convertirte en un cuentacuentos profesional. Basta con ser uno mismo. En tal caso, tus relatos y los de tu familia aflorarán espontáneamente, con naturalidad y una extraordinaria abundancia.

INTRODUCCIÓN

Un hombre es siempre un cuentacuentos; vive rodeado de sus historias y de las historias de los demás; ve todo lo que le ocurre a través de ellas, e intenta vivir su vida como si estuviera contando un cuento.

JEAN-PAUL SARTRE

No es nada fácil ser una rana, sobre todo cuando tienes que entretener a trescientos niños irrefrenables. Pero los años de experiencia interpretativa me han enseñado a controlar a mi audiencia. Todo parecía ir a la perfección la primavera pasada en una escuela pública de Brooklyn cuando, disfrazada de rana verde gigante, representaba un cuento original, bailando y recitando el texto a ritmo de rap: «Croa-croa-croa-¡uf! Croa-croa-croa-¡uf! ¡Vaya que sí! Croa-¡uf!», mientras los niños, entre risitas histéricas, daban palmadas y cantaban conmigo. De pronto, con el rabillo de mi ojo de espuma de poliestireno descubrí que la directora del centro avanzaba por el pasillo central y gritaba algo que hizo trizas la concentración de los pequeños.

—¡Señorita!, ¡señorita!

Dejé de cantar. El ritmo de rap continuaba sin mí. Permanecí en silencio al mismo tiempo que todos mis temores infantiles se adueñaban inesperadamente de mi corazón. Iba a tener problemas con la directora.

—¿Sí? —pregunté mansamente.

—Olvidó entregar el boleto del estacionamiento en recepción. ¿Podría dármelo, por favor? —respondió con toda naturalidad.

¿Qué podía hacer? Me dirigí danzando hasta el bolso, oculto detrás del enorme árbol de cartón, y metí mis dedos palmeados en él. Trescientos pares de ojos me observaban fijamente mientras rebuscaba en su interior sin olvidarme del ritmo, saltando y agitando mis agallas hasta dar con el boleto y entregárselo a la directora. Satisfecha, se dio la vuelta y se marchó por donde había venido, dejando tras de sí un auditorio infantil perplejo y una multitud de bocas abiertas de par en par, en señal de confusión, que ahora yo tendría que resucitar de la mejor manera posible.

Una hipótesis improbable, pensarás. Pues, por desgracia, no. Apenas puedo recordar cuándo fue la última vez en la que una de mis representaciones escolares no sufrió una interrupción. Unas veces se trata de un portero inconsciente, ajeno a todo cuanto lo rodea; otras, de un estridente aviso procedente del interfono de una clase, y con frecuencia de profesores que dan instrucciones a los alumnos mientras están creando una

historia. Y luego nos quejamos de los lapsus de atención y concentración de nuestros niños, nos lamentamos de su escasa imaginación y nos escandaliza su falta de respeto hacia los demás. Pero, aun así, seguimos interrumpiendo sus cuentos.

Como cuentacuentos profesional, he viajado por los Estados Unidos organizando talleres y actuando para públicos de todas las edades y las clases sociales. Si existe un hilo universal que los una a todos, sin excepción, es la necesidad de los cuentos, y no solo como entretenimiento o diversión, sino también como una fuerza vital esencial.

Desde que nacemos vivimos historias, inhalamos y exhalamos relatos reales o imaginarios. Los cuentos son inherentes a todo lo que hacemos. Están implícitos en nuestros saludos ocasionales, como: «¡Hola!, ¿cómo estás?», «¡Espera que te cuente lo que vi en la escuela!», o «¿Has oído lo que dicen de ella?». Están presentes en las anécdotas de un picnic familiar, de una cena alrededor de la mesa del comedor, de un viaje en automóvil o en los símbolos que nos rodean: un anillo de diamantes, un edredón de retazos o un regalo de Bar Mitzvah. Están incluso en la televisión. En efecto, el intercambio de historias es uno de nuestros principales instintos básicos y primitivos.

El aprendizaje constituye un voluminoso libro de cuentos, algo que nuestros antepasados comprendían a la perfección. Cuando el hombre prehistórico se reunía en grupos tribales alrededor de una fogata, sus historias compartidas los congregaban allí cada noche y fortalecían sus vínculos colectivos. Al relatar los sucesos del día o recordar una antigua hazaña, a lo largo de los siglos, enseñaban a los varones jóvenes a cazar y a las mujeres a cuidar de los hijos. Reconfortaban a los enfermos recordándoles a quienes se habían curado o a aquellos que habían conseguido superar el dolor. En lugar de la medicina moderna, administraban la palabra hablada, aplicaban anécdotas humorísticas y vendaban con metáforas. Sabían muy bien que en las historias residía la auténtica sabiduría y que sin ellas estarían perdidos como individuos y como tribu.

Sin embargo, no es necesario recurrir a la Edad de Piedra para encontrar vestigios de una cultura oral. Para nuestros padres y abuelos contar cuentos formaba parte de una rutina diaria, por ejemplo, cuando doblaban la esquina para comprar una hogaza de pan recién salida del horno y el panadero, cubierto de harina, les preguntaba: «¿Qué tal van las cosas?», o cuando en las sofocantes noches de verano alguien del vecindario se sentaba en el porche de la casa o en el parque, o sin sentarse, en medio de la calle, al encontrar a un conocido, y daba rienda suelta al chismorreo. Intercambiaban anécdotas con el médico de cabecera, que conocía hasta el último detalle el historial médico y los secretos familiares, o prestaban atención a las advertencias del farmacéutico, que les recordaba un incidente en el que se usó indebidamente un determinado fármaco. Los sábados por la mañana permanecían pegados a la radio para no perderse una sola sílaba de *Let's Pretend*,¹ una bacanal de cuentos de hadas y relatos de aventuras, o al mediodía seguían las tribulaciones de *Our Gal Sunday*,² cuyo narrador preguntaba dramáticamente

cada semana a los oyentes: «¿Puede una niña de una pequeña localidad minera encontrar la felicidad como la esposa de un acaudalado aristócrata inglés?». Los cuentos estaban entrelazados con los aspectos mundanos de su vida, y para ellos les resultaba algo tan natural como respirar.

Sin embargo, en el corto periodo de una generación, la tradición oral prácticamente se ha evaporado de nuestro mundo cotidiano. Hemos remplazado las historias por comportamientos fragmentados que se manifiestan a diario de mil y una formas, más insignificantes y sutiles: cajeros que no han terminado de atender a un cliente antes de pasar al siguiente; conversadores que prefieren mirar a cualquier parte antes que a la persona con quien están hablando; programas de televisión que dan un giro de noventa grados cada décima de segundo, y asambleas escolares que se ven interrumpidas bruscamente con actitudes violentas e indeseables.

Ahora más que nunca, los padres necesitan reintroducir los cuentos en la vida de sus hijos. En una era en la que las familias numerosas y los firmes lazos colectivos brillan por su ausencia, cuando las artes están sometidas a una sistemática reducción presupuestaria en las escuelas, y las computadoras y las televisiones usurpan la mayoría de nuestros días, las historias constituyen el antídoto ideal.

Los cuentos y los relatos que contemos a nuestros hijos definirán su identidad y el curso de su vida. Y, lo que es más importante, les enseñarán a soñar. He visto cómo la imaginación de los niños remontaba el vuelo al pedirles que inventaran una historia. He observado cómo el aprendizaje de algunos niños discapacitados trascendía de la etiqueta que les había sido asignada en la escuela y cómo otros niños dolorosamente tímidos se convertían en confiados hilanderos. He sido testigo del fascinante júbilo que asoma a su rostro cuando les cuento una historia.

Los capítulos de este libro están destinados a traer de nuevo las historias y los cuentos a nuestra vida y a la de nuestros hijos. Confío en que, durante el proceso, te hagan recordar tu propia imaginación sin límites de la infancia. Tanto si quieres leer un cuento en voz alta como si simplemente deseas narrar una historia de tu pasado, en las páginas siguientes siempre habrá algo para ti.

Filosofía y enfoque

Uno de mis primeros empleos profesionales como cuentacuentos fue en el Consejo de Educación de Nueva York. Cada semana me desplazaba a una escuela de la ciudad para organizar talleres de cuentos interactivos para alumnos de escuelas de lenguaje. Como es lógico, planificaba mi trabajo con varias semanas de antelación y creaba el escenario perfecto en mi mente: las sesiones se desarrollarían en un rincón especialmente destinado a contar cuentos, en el fondo de la clase; algunos estudiantes los representarían con

movimientos, y otros con máscaras y disfraces; por último, si el tiempo lo permitía, acompañaríamos las historias con instrumentos musicales. Parecía el programa perfecto, pero luego llegaba la cruel realidad.

¡¿Rincón de cuentos?! Me podía considerar afortunada si conseguía disponer de treinta centímetros cuadrados en la tarima. Las escuelas estaban atestadas, las aulas eran diminutas y todo el mundo estaba apretujado. A menudo había cuarenta alumnos en una estancia diseñada para veinte. ¡Todos mis planes se iban al diablo! Aunque, en realidad, era lo mejor que podía sucederme.

No había accesorios adicionales, carecíamos de disfraces, complementos y atavíos. Al no disponer ni siquiera de una baldosa libre, los niños se veían obligados a permanecer sentados en sus asientos. Pero, para mi asombro, compensaban la falta de espacio creando hectáreas de terreno en su mente. Lo que no podíamos construir físicamente lo hacíamos con la imaginación. Si necesitaba un pájaro de diez metros, los alumnos extendían automáticamente los brazos y creaban uno. Si el cuento requería una cesta llena de manzanas, simplemente hurgaban debajo de los bancos y sacaban una. Si uno de los personajes de la historia tenía que correr por la clase, ellos movían la cabeza y los brazos en círculo, ¡sin levantarse de sus asientos! Cuanto menos tenían físicamente, más lejos llegaban mentalmente.

Asimismo, la falta de espacio para la movilidad también tenía otra ventaja. Al mantenerlos sentados en sus pupitres, sin darme cuenta les estaba enviando un importante mensaje: «El tiempo creativo no está separado del tiempo de trabajo, sino que forma parte integrante de sus estudios. La imaginación y la creatividad no deberían quedar relegadas a una hora de manualidades o plástica, ni a un rincón de cuentos. Deberían vivir entre sus libros, entre sus ecuaciones matemáticas, junto a sus rutinas cotidianas.» Esta es la filosofía predominante de mi libro y la que espero que quieras dejar entrar en tu hogar, como entró en el sistema escolar de Nueva York.

Nos han condicionado para creer que contar cuentos tiene que constituir todo un acontecimiento, siempre acompañado de tambores y relucientes zapatos de cristal. Pero, al tratarlo como un «entretenimiento», lo trivializamos. Preferiría que tanto tú como tus hijos consideraran las historias como un proceso natural. Por eso en este libro no hago especial hincapié en los accesorios periféricos, como elegir el espacio correcto, la ambientación perfecta o la atmósfera ideal.

Por supuesto, una estancia tranquila con una luz tenue puede constituir un entorno maravilloso para contar cuentos, y si de vez en cuando te tomas la molestia de transformarlo en un acontecimiento extraordinario, es evidente que a tus hijos les encantará. Pero me interesa menos el arte de contar cuentos como representación que como vida. ¿Convertirías en un ritual especial la rutina diaria de lavarte los dientes? ¿Se reunirían formando un círculo a la hora de servir un bistec? Lo dudo. Así pues, ¿por qué

dar un tratamiento diferente a contar cuentos? Estoy convencida de que esta actividad solo consigue penetrar realmente en la vida familiar cuando se transforma en algo mundano.

Cuando mi padre me narraba sus relatos favoritos, no lo hacía durante la «hora del cuento», sino mientras abría una lata de chicharos o cambiaba un foco. Sus historias afloraban con naturalidad y me absorbían por completo. Entraban en mi alma como una limonada fría en un día de verano, suavemente, sin presiones, artimañas ni manipulaciones artificiosas.

Este libro no pretende hacer de ti un gran cuentacuentos, aunque eso sería estupendo, sino introducirte en el arte de contar cuentos en casa y de integrar la imaginación y los relatos en todos los aspectos de la vida familiar. Quizá se convierta en una actividad de cinco minutos al año o tal vez se instaure en tu hogar con cierta regularidad. No creas que tienes que ser un excelente actor o un genio de la literatura para tener éxito en estos menesteres. Cualquiera que sea tu temperamento, aun en el caso de que seas un lector empedernido de libros científicos o la más sencilla de las amas de casa, siempre tendrás la oportunidad de dar vida a un sinfín de cuentos en tu casa.

Las historias pueden y deben formar parte de tu rutina. De ahí que casi todas las actividades de este libro puedan realizarse durante los quehaceres cotidianos: cenando, llevando a los niños a la escuela o cocinando. Se pueden prolongar durante una hora o durante un comercial de treinta segundos en televisión. Pueden potenciar los estudios de tus hijos o ayudarlos a leer en voz alta con más eficacia. Pueden proporcionarles una alternativa a la televisión y un remedio para el aburrimiento. Y, lo mejor de todo, descubrirás que eres capaz de inventar un cuento sobre cualquier cosa y en cualquier momento.

Las actividades de este libro se desarrollaron durante los doce últimos años, probando y errando en aulas escolares, festivales, talleres, centros comunitarios y hogares privados. Por muy simplones que puedan parecer algunos de los ejercicios a primera vista, dan resultado en casi todas las familias. ¿Por qué no lo intentas? Te asombrará la facilidad con la que conseguirás dominarlos y el ansia con la que tus hijos querrán participar. A lo largo de la obra encontrarás recuadros en los que los padres comparten sus ideas y actividades favoritas relacionadas con el arte de contar cuentos.

El objetivo de este libro es ayudarte a estimular tu propia imaginación y la de tus hijos. Si confías en tu capacidad para inventar historias en los lugares más inesperados, si crees en tu capacidad para encontrar un pajar en la más pequeña de las agujas, habrás conseguido realizar cambios permanentes en la forma en la que tu familia se comunica.

NOTAS

¹ *Let's Pretend*. Programa radiofónico de cuentos infantiles que se emitía los sábados por la mañana en los Estados Unidos. Empezó en los cuarenta y se mantuvo al aire durante más de veintitrés años. De la mano de Nila Mack, productora, directora y escritora del programa, se pretendía inculcar a los niños de todas las edades la honradez,

el coraje y la creencia de que el típico final de los cuentos —«y vivieron felices para siempre»— era posible. [*N. del T.*]

² *Our Gal Sunday*. Esta serie radiofónica inició sus emisiones el 29 de marzo de 1937 y se mantuvo al aire durante veintidós años, concretamente hasta 1959. Se emitía a las 12:45 del día y los episodios tenían una duración de quince minutos. [*N. del T.*]

I

TRANSFORMAR UNA TOPERA EN UNA MONTAÑA

Cómo incorporar los cuentos a las actividades cotidianas

Un cuentacuentos experto no solo conduce la imaginación alrededor de las interrupciones y otras contradicciones, transformando el rincón del desayuno en un maravilloso salón de banquetes y las macetas de geranios en selvas tropicales, sino que también convence a un grupo de personas para que viajen hasta aquellos lugares secretos y fabulosos sin disponer de diapositivas, mapas o recuerdos.

EDITH HAZARD, *Singing for Your Supper*

Me críe en el norte de Nueva Jersey, en una somnolienta comunidad suburbana. Fuera de la casa, el césped impecablemente mimado y las immaculadas banquetas componían un retrato de prístina serenidad. Pero dentro las cosas no eran tan comedidas.

La inminente tormenta casi siempre se desencadenaba a la hora de la cena. Todo el mundo hablaba a la vez. Nadie escuchaba. Charlábamos, reíamos, gesticulábamos y comíamos simultáneamente. Una nebulosa de comida, caos e interminables historias se arremolinaban a nuestro alrededor, envolviéndonos en una especie de dulce locura. Los amigos que de vez en cuando venían a cenar quedaban atónitos, confusos, boquiabiertos. Nunca habían visto nada parecido: la eterna corriente de aromas y sabores, la permanente avalancha de cuentos y relatos, cada uno de los miembros de la familia compitiendo para ser escuchado. En realidad, era muy divertido y casi siempre acababan sonriendo.

Las comidas familiares raras veces concluían sin una historia, una anécdota jugosa o un juego de palabras. Nuestra locura no era artificiosa. Mis padres nunca decían: «Ahora disfrutaremos de una hora de historias o de humor antes de que los niños se acuesten», sino que simplemente tenían un montón de historias que contar, chismes que compartir y cosas que decir. Habían crecido en hogares «relatados» en los que cantar y jugar formaban parte de la cena. Así, se limitaban a compartir con mi hermano y conmigo algo que les resultaba completamente natural. Era el mejor regalo que podían hacernos. Las veladas nocturnas estrechaban los vínculos familiares y nos emocionaban con el

maravilloso mundo del lenguaje y las ideas. Y lo mejor de todo era que nos enseñaban a entretenernos solos.

Sin embargo, los tiempos han cambiado. Hoy en día es más probable encontrar una televisión que un *raconteur* (narrador) sentado en la cocina. Aun en el caso de que un tío excéntrico, rebosante de historias, te estuviera esperando en casa, ¿tendrías tiempo de escucharlo? El *tiempo libre* casi se ha convertido en un oxímoron. Entre clases de *ballet*, la práctica de fútbol y los deberes escolares de los niños, el día no da para más. Por eso las actividades de este capítulo están diseñadas para adaptarse a la rutina diaria normal. No tienes que dedicar ni un minuto extra del día para realizarlas; simplemente intégralas en lo que ya hayas planificado para la familia. Úsalas durante las comidas, mientras te arreglas o incluso cuando acompañas a tus hijos en coche hasta la casa de un amigo.

Recuerda que el objetivo de este libro consiste en lograr que consideres la tarea de contar cuentos no como un arte escénico, sino como parte de tu vida. No reserves estas actividades para los días de lluvia. Utilízalas en cualquier momento, a modo de condimentos para especiar las aficiones y los hábitos de los niños. Si consideras la rutina de contar cuentos como la cosa más natural del mundo, al final lo será.

La hora de las comidas

La mesa del comedor es el sitio más adecuado para empezar, ya que es donde la familia se reúne cada día y donde existe una rutina establecida. ¿Cuál es el primer paso? ¿Anunciar a los niños tu intención de contarles una historia? ¿Congregarlos en una estancia especial? Todo lo contrario, haz las cosas como de costumbre, siéntate a la mesa como lo haces habitualmente, habla y come como siempre. Las historias y las anécdotas deberían adornar, no sustituir la conversación.

Mi hijo comía fatal, y la única forma de conseguir que cenara era contándole un cuento. Solía decirle: «¡Voy a contarte una historia muy bonita!». Quedaba tan hipnotizado por mi relato que la boca se le abría de par en par, momento en el que yo aprovechaba para meterle la cuchara. Ni siquiera se daba cuenta de qué estaba comiendo.

ROSLYN BRESNICK PERRY, *cuentacuentos*

Cuando la conversación parezca entrar en un tránsito de calma, sugiere a tus hijos (y marido o esposa) que se transformen en un objeto de la mesa. Podrías decir lo siguiente: «Si pudieran convertirse en cualquiera de los objetos que hay en la mesa, ¿cuál elegirían?». Pregúntales uno a uno y pídeles que se presenten, anunciando el objeto que son: «Yo soy una rodaja de zanahoria»; «yo soy el salero»; «yo soy el jugo de naranja que salpica la mesa». Luego haz rodar la pelota sugiriendo a cada niño que describa

cómo es su vida como tal objeto. Cuando el ejercicio posea su propia inercia, pídeles que se turnen formulándose otras preguntas. Al principio, es posible que tengan alguna dificultad para concebir ideas, sobre todo si no están acostumbrados a este tipo de juego. Ayúdalos formulándoles algunas preguntas perspicaces: «Si eres un mantel, ¿cómo te sientes con el jugo de naranja que se te ha derramado en la cara?»; «si eres un vaso, ¿qué tal te llevas con el plato?»; «¿has oído algún chisme mientras estabas en el lavavajillas?»; «¿qué se siente ahí dentro con tanto estruendo?».

No formules únicamente preguntas visuales, céntrate también en las fragancias, sabores y texturas. Por ejemplo, podrías preguntarle a tu hijo, el triturador de la pimienta: «¿Cómo se siente el puré de patatas cuando lo espolvoreas?», o a tu hija, el vaso de agua: «¿Qué sabor te gusta que te viertan?». Cuanto más imaginativas y perspicaces sean tus preguntas, más creativas serán sus respuestas.

No te desanimes si los niños acogen esta actividad con cierto cinismo. Es posible que tengan las defensas en guardia, especialmente si no están acostumbrados a esta modalidad de contar cuentos. ¡Persevera! Con un poco de ánimo no tardarán en integrarse y participar.

¿Qué debo hacer si uno de mis hijos da guerra?

Procura convertirlo en el personaje principal. La reticencia es más una súplica de atención que un signo de desaprobación. Cuando el niño ocupe el centro del escenario, se revelará bajo la forma de un nuevo personaje recién concebido.

Es fundamental no conceder una excesiva importancia a esta actividad. Sírvela como si se tratara de un riquísimo postre. Al principio quizá se quejen, pero cuando la hayan probado, la pedirán a todas horas.

¿Puedo utilizar esta actividad en otros contextos?

Por supuesto que sí. A decir verdad, este ejercicio puede ser una excelente herramienta de aprendizaje. La próxima vez que salgas de paseo con tus hijos, señala un árbol y sugiereles que se conviertan en partes del mismo. Dependiendo de la estación del año, podrían elegir ser una rama, una hoja o incluso una ardilla. Pídeles que compartan su vida contigo. No solo se divertirán, sino que también estudiarán la naturaleza durante el proceso.

O úsalo para enseñarles un poco de historia. En lugar de convertirse en un objeto de la mesa del comedor, sugiere a los niños que se encarnen en uno de la mesa de George Washington. Aunque no sepan demasiadas cosas de los hábitos gastronómicos coloniales, siempre aprenderán algo nuevo. También los puedes guiar formulándoles preguntas

históricas que les ayuden a comprender aquella época. Por ejemplo, podrías decir a uno de tus hijos: «Eres un plato, ¿verdad? Entonces dime si estabas pintado a mano». O tal vez: «Veo que has elegido un candelero de plata. ¿Te fabricaron en alguna platería de la localidad?». «Ya que eres un pan artesano, cuéntenos tu historia personal: ¿cómo te han hecho?, ¿la pasaste mal o fue una deliciosa aventura?».

Enfoca la hora de las comidas con sentido del humor.

Ponte una corbata mágica para el almuerzo. Quizá no forme parte del atuendo habitual al mediodía, pero te ayudará a que los niños estén sentados durante la comida. Atrapa en el aire una corbata imaginaria y anúdala alrededor del cuello. Describe su aspecto a tus hijos. Quizás esté decorada con alimentos, de forma que, si derramas algo, nadie lo advertirá. Tal vez pertenezca a un príncipe de un reino lejano. Si es así, cuéntenos el viaje que ha hecho: cómo llegó hasta aquí, por qué decidió escapar del palacio y qué piensas hacer para que regrese a su hogar. A continuación, pide a los niños que hagan lo mismo.

Convierte la cena en un festín de juegos y diversión. Sugiere a tus hijos que inviten a cenar a un huésped misterioso extraído de algún libro de cuentos familiar. Todos los que estén sentados a la mesa formularán preguntas por turnos acerca del invitado (¿es una muchacha pelirroja?, ¿pertenece a un cuento de hadas?) hasta identificar el personaje. Luego, deja que los niños le hagan un sitio en la mesa y le sirvan sus bocados preferidos.

Haz un enorme pastel invisible para la cena. Mientras lo «preparas», pide a tus hijos que mezclen y sientan el tacto de los ingredientes en un plato imaginario. ¿Está lleno de cerezas del tamaño de boliches, de nueces gigantescas como casas? ¡Fíjense! ¡Hay alguien ahí dentro! Pregúntenle qué quiere y pídanle que comparta su increíble historia con todos los que están en la mesa.

¿Qué ocurre si mis hijos no consiguen visualizarlo?

Cabe la posibilidad de que los niños no sean capaces de ver un objeto imaginario, lo cual puede ser debido a que tú tampoco puedes hacerlo. Seguirán tus instrucciones, pero saben perfectamente cuando sus padres están fingiendo, ¡de manera que tómate el ejercicio muy en serio! Siempre que me refiero a un objeto imaginario durante mis representaciones, lo creas o no, tres cuartos de hora más tarde, cuando el espectáculo ha terminado, los pequeños me preguntan qué le ha sucedido a ese objeto. Aún pueden verlo y están convencidos de su existencia. Así pues, antes de escoger un objeto

imaginario, asegúrate de que vas a ser capaz de visualizar todo el episodio de principio a fin. Por lo tanto, si has elegido un elefante rosa imaginario que había en el pastel, cinco minutos después no puedes dejar caer las manos como cualquier cosa al sonar el teléfono. Y, si lo haces, di a tus hijos que lo agarren ellos antes de que la bestia de dos toneladas eche a correr como un loco por la cocina. En otras palabras, ¡visualízalo y piensa que es real!

Los quehaceres domésticos

Convierte en una aventura la hora de pasar la aspiradora. ¡Invita a los niños a simular que son un rey gigante del reino de la Polvareda al que le encanta comer polvo! En realidad, cada vez que pasen la aspiradora estarán saciando su voraz apetito de polvo y suciedad. Diles que se muevan de un lado a otro como lo haría el hambriento monarca y que narren su historia mientras limpian la casa.

Mientras tus hijos llenan el lavavajillas, sugiéreles que se conviertan en una de las piezas que hay que limpiar. Diles que cuenten cómo se sentían al zarandearse en el interior del electrodoméstico, pasando por el ciclo de enjuagado y secado, y luego saliendo limpios y relucientes. Una vez finalizada la tarea, podrían representar el programa de lavado completo, interpretando el papel de las diferentes piezas a medida que avanza la húmeda aventura.

Ordenar puede ser muy divertido. Pide a los niños que imaginen cómo deben sentirse los objetos de su dormitorio ahora que vuelven a estar en su sitio. ¿Estarán satisfechos de haberse reencontrado en el fondo del estante con sus viejos familiares y amigos? Sugiereles que describan los pensamientos y la historia personal de cada objeto.

Un tocado singular. Limpiar una estancia puede resultar mucho más divertido si te pones algo cómico en la cabeza. ¿Por qué no les dices a los niños que hurguen en sus oídos hasta encontrar un sombrero estrambótico y que se lo pongan? Podría tratarse de una Visera de la Velocidad, que les ayudará a trabajar más deprisa y a terminar antes el trabajo. Y ¿por qué no una Gorra Musical, que les permitiría cantar mientras arreglan su dormitorio?

Contar cuentos me ayuda a no enfadarme cuando mi hijo hace algo que realmente me molesta. Por ejemplo, si se resiste cuando intento bañarlo, utilizo el truco del cuento y le digo: «No tienes por qué bañarte conmigo. Yo voy a bañarme con este patito de goma; me ha dicho que tiene una historia divertida que contar». En cuanto

empiezo a transformar el conflicto en una aventura imaginaria, me olvido del enojo. Es imposible ser creativo y estar fuera de sí al mismo tiempo.

BERTA FRANK, madre de Zev, de tres años, y de Elizabeth, de uno

Mantén ocupado a tu hijo mientras cocinas. Dile que saque del refrigerador el enorme aunque invisible libro de cuentos. Haz espacio en la barra para que quepa, resaltando su enorme tamaño y su considerable peso, y pide al niño que lea un cuento, página a página.

¿Qué ocurre si mi hijo es incapaz de ver algún texto?

Evidentemente, darás por supuesto que el niño no consigue «ver» nada... ¡porque esta página está en blanco! Entonces, pídele que describa la ilustración de la página siguiente, o pregúntale por qué no hay nada escrito en el libro. ¿Se trata de un libro misterioso que hay que descifrar? Quizá pudieran echarle una pizca de pimienta mágica (invisible) para que aparecieran las palabras. Acepta siempre las respuestas de tu hijo y elabora tus réplicas a partir de ellas.

En lugar de la televisión

Mi hermana y yo solíamos jugar en casa los sábados por la mañana, ya que a las niñas no les estaba permitido salir demasiado. Entonces, ella decía: «¿Sabes?, hay una ciudad detrás de la televisión». En la parte posterior de aquellas antiguas televisiones había un panel de cartón agujereado. El aparato estaba encendido y podíamos ver todas las luces que había en su interior. Recuerdo muy bien su estructura: grandes tubos a la izquierda, grandes tubos a la derecha y unos tubos diminutos en el centro. De manera que desmontábamos el panel, metíamos las muñecas y jugábamos a que era Manhattan. No había una casa de muñecas más bonita que la nuestra.

ISABEL ÁLVAREZ, en *City Play*,
de STEVE ZEITLIN y AMANDA DARGAN

En lugar de usar el control remoto para encender la televisión, utilízalo para disparar la imaginación de tu hijo. Sugierele que se transforme en un botón del control, tal vez el del video o el del volumen, y pídele que explique la historia de su vida y por qué le gusta o le disgusta su trabajo.

Crea tu propia tertulia televisiva. Sugiere a uno de tus hijos que se convierta en el presentador de una tertulia en la televisión, donde los invitados, en lugar de personas, serán plantas. Dile que entrevistaste a un árbol, una flor, ¡o incluso a una hiedra venenosa!

Igual que en la televisión, pídele que se dirija al público por si desea hacer alguna pregunta al invitado. Si alguien elige un alga, por ejemplo, deberá contar su historia.

¡Fíjate en quién es el invitado misterioso! ¡Un helecho gigante! ¡Asegúrate de que la audiencia pueda oír el apasionante relato de su vida!

Finge que eres un actor de televisión que observa al público desde la televisión.

Pide a los niños que hablen a los espectadores y les cuenten lo que piensan y lo que ven desde el interior del aparato. Si tu hijo se convierte en Bart Simpson, dile que describa la historia más memorable que le haya sucedido en la televisión, y si tu hija es Barney, pregúntale cómo se la pasa trabajando con esos niños que aparecen en su programa.

Al acostarse

Transforma la manta en una alfombra mágica. Cuando los niños se hayan acostado, arrópalos con la manta encantada. Todo el mundo sabe que a las alfombras mágicas les encanta viajar cuando se apagan las luces. ¿A dónde los llevará esta noche? Si se lo imaginan, diles que te lo cuenten.

La cafetería del papel tapiz. A nadie se le escapa que los diseños del papel tapiz tienen una animada vida social cuando los humanos abandonan la estancia. Sugiere a tus hijos que escuchen a escondidas su conversación. Si en el papel hay flores estampadas, describe de qué están hablando los dos capullos del rincón. Quizá descubras a una raya y un cuadrado enfrascados en una interesante charla en la mesa del fondo de la cafetería. Diviértete un poco y los niños no tardarán en seguir tus pasos.

Transfórmate en tu personaje durmiente favorito. ¿Qué aspecto tiene la Bella Durmiente cuando duerme? Y ¿qué hay de los tres cerditos? Pide a tu hijo que imite cómo dormirían sus personajes favoritos de los libros de cuentos, y que demuestre cómo hablarían en sueños, si roncarían o se despertarían.

La hora mágica de acostarse. La hora de irse a la cama puede ser mucho más atractiva si sugieres a tu hijo que hurgue en su funda mágica de la almohada y saque algo inesperado, quizás una pizza de pimientos con barcos piratas y enormes delfines, o tal vez un rascacielos de dos metros de altura. ¡Pero ten cuidado! ¡Es tan alto que podría hacer un agujero en el techo! Dile al niño que invente una historia sobre los objetos que va sacando de la funda mágica.

De viaje

Los largos viajes en automóvil o en avión pueden resultar incómodos para los más pequeños, pues carecen de libertad para corretear de un lado a otro. Los cuentos y los juegos de simulación pueden constituir excelentes alternativas a los juegos de mesa o a las películas de viaje. Veamos qué actividades podrían hacer sin moverse de sus asientos.

El estudio cinematográfico. Di a tus hijos que graben una película, aunque los protagonistas no serán personas, sino los objetos que hay en el automóvil. Pide a uno de los niños que interprete el papel del volante, y a otro que interprete el del limpiaparabrisas, o incluso el del bocardillo de atún del asiento delantero. Tú serás el director y dirás: «¡Acción!», para que cada personaje, por turnos, haga un monólogo de su vida.

Los detectives. Sugiere a tus hijos que descifren el código secreto que les está enviando el ala del avión. ¿Qué relato de aventuras está intentando compartir con los pasajeros? ¿Se queja de las cosquillas que le hacen las nubes? ¿Le molesta algún pájaro? Deja que descubran el secreto del ala y que lo cuenten.

La bolsa del asiento. Puede contener revistas e instrucciones de seguridad, ¡pero hay algo de mágico en ella! ¡Di a los niños que busquen en su interior y que saquen algo imaginario! Quizá se trate de un caballo que habla o de un dinosaurio danzarín. ¿Y si se escondiera dentro un libro de cuentos? ¡Sácalo y léelo en voz alta!

El atuendo adecuado. En un restaurante no es oportuno llevar puesto un sombrero, pero durante un viaje en automóvil siempre queda bien una gorra de visera. Pide a tus hijos que se pongan su «sombrero de conducir» y que describan su aspecto. Es posible que tu hijo tenga un «reluciente sombrero en forma de volante», o que tu hija lleve un «sombrero-mapa de carreteras». De ser así, podría ayudarte a conducir para no equivocarte de camino. También puedes combinar estos juegos con consejos prácticos de seguridad, anunciándoles, por ejemplo, que los sombreros de conducir solo aparecen cuando se han ajustado los cinturones, ya que todas las gorras mágicas de conducir se preocupan muchísimo de la seguridad, o que solo lo hacen cuando los niños hablan en voz baja, puesto que ellos siempre hablan así y no se atreven a salir cuando todo el mundo grita en el coche. Haz lo mismo si se trata de un viaje en avión, utilizando como guía los objetos propios del aparato. Quizá tu hija quiera ponerse un sombrero-bandeja

de la cena. ¡Cuidado! ¡El queso fundido le está goteando en la nariz! O tal vez tu hijo se haya puesto una corona. ¡Rápido!, ¡todo el mundo a inclinarse ante el rey de American Airlines!

Más gorras mágicas

De vacaciones. ¿Por qué no añades un poco más de diversión a los días festivos con un sombrero especial de vacaciones? ¿Qué te has puesto? ¿Una corona de Navidad? ¡Ten mucho ojo, una flor de nochebuena te está haciendo cosquillas en la punta de la nariz! ¿Una *menorah* de Hanukah? ¡Oh, no! ¡La cera de una de las velas se está fundiendo en la oreja! Y para el día de Acción de Gracias, seguro que papá estaría muy divertido con una pata gigante de pavo colgando de la cabeza.

En los días de lluvia. Los sombreros para los días de lluvia son muy divertidos, pues cantan, bailan y te entretienen cuando el clima te impide salir al aire libre. Ponte una de estas gorras y observa cómo actúa la magia. Te demuestran el poder que te han conferido. ¡Apuesto a que no tenías ni idea de que varios miembros de tu familia podían bailar claqué, cantar desafinando mientras iban en bicicleta sin apoyar los pies en los pedales o hablar en chino y latín contemporáneo! Es asombroso lo que puede hacer un día de lluvia.

Cuando los niños están enfermos. Los días en que tus hijos están enfermos en cama no son divertidos, pero los sombreros mágicos pueden alegrarlos un poco. ¿Por qué no les dices que se pongan una gorra-masaje, que cierren los ojos y sientan cómo les alivia el dolor en los hombros o en el estómago?

Los deberes escolares

Contar cuentos puede potenciar los deberes de tu hijo de un modo extraordinario. Las siguientes actividades están diseñadas para reforzar las lecciones que ya le han enseñado en la escuela. No obstante, antes de empezar, debería vestirse apropiadamente. ¿Cómo? ¡Pues con sombreros domésticos, por supuesto!

¡Todos los niños saben que cuando te pones el «SD», también conocido como «sombrero de los deberes», la mente empieza a trabajar activamente, a un ritmo imparable, rebosante de creatividad! Deja que el sombrero de los deberes actúe como un poderoso recordatorio del poder de pensar que tienen los niños. Úsalo para ayudarlos en sus tareas (matemáticas, lenguaje, etc.). Si tu hija está estudiando aritmética simple, ¿por

qué no le pones uno de estos sombreros y le pides que resuelva la suma? Y si tu hijo está estudiando historia, ¿por qué no le pones el sombrero de Alejandro Magno y le dices que te cuente la campaña contra los persas?

Deletrear

A veces, cuando voy con mi hijo de camino a la escuela por la mañana, pongo cara de tonta y le digo: «¡Oh, Dios mío! ¡Mira ahí arriba! La gigantesca gaviota está graznando sobre el garaje. ¡Qué gansada!, ¿verdad? Si fuese un ganso el que graznara en el garaje, sería más gracioso...», contando casi toda la historia con la letra *g*. Al darse cuenta de lo que estoy haciendo, sonrío de oreja a oreja y también participa en el juego. Por ejemplo: «¡Pues mira ahora! Un periódico parece pasear por el puerto...», etc. Nunca le anuncio el juego con antelación ni le doy tiempo para pensar. Creo que la espontaneidad es mucho más divertida y de este modo mi hijo está convencido de que el pensamiento creativo forma parte del entretenimiento.

ALICE O'DONNELL, madre de Emerson,
de seis años, y de Raymond, de dos

Te echo de menos. Ayuda a tus hijos a aprender el abecedario con el siguiente juego de contar historias. Diles: «¡Diablos, malas noticias! La letra *Q* ha desaparecido. La policía ha salido en su búsqueda. Se escapó, se dio a la fuga, se sentía frustrada por el trabajo que le encomendaron. Detestaba que la usaran tan pocas veces y solo cuando la letra *U* estaba a su lado. Si la *U* estaba ocupada haciendo cualquier otra cosa, ¡¡¡tenía que pasarse sentada todo el santo día!!! La única forma de conseguir que vuelva es diciendo palabras que incluyan la letra *Q*». Pídeles que digan tantas palabras como sea posible hasta que la *Q* decida regresar. Puedes crear historias similares con otras letras del abecedario. Podrías sugerir, por ejemplo, que no podrán regresar a su HOGAR, porque la *H* se ha marchado y ahora solo queda un OGAR. Diles que tampoco podrán tomar más helados, hojaldres ni huevos hasta que encuentren la *H*.

Escribí la historia siguiente hace muchos años, cuando trabajaba en una escuela, y observé una increíble dosis de intolerancia por parte de los alumnos respecto a quienes eran diferentes o inusuales. La historia está relacionada con los prejuicios aunque, al mismo tiempo, también refuerza la capacidad de deletrear del niño.

Y A VECES LA Y

Allá en las colinas, entre altísimos robles, hay una localidad pequeña y bonita llamada Pueblo de las Vocales. Como es natural, está habitada por vocales, es decir, *A*, *E*, *I*, *O*, *U*, y a veces la *Y*. Digo a veces la *Y* porque durante algún tiempo la *Y* también vivió en aquel lugar, y quizá pudiera regresar, aunque por ahora anda errante, y es precisamente su historia la que voy a contarte.

En el Pueblo de las Vocales todo es muy pequeño, tanto que tienes que usar una lupa para verlo en el mapa. Solo tiene cinco habitantes y es una comunidad muy cerrada, de ahí que los ciudadanos se pusieran muy nerviosos el día en que la *Y* llegó al pueblo.

La *Y* había vivido en el Valle de las Consonantes, una nutrida comunidad de veintitrés residentes al otro lado de las montañas. Pero allí no se sentía a gusto. Las *Bes* y las *Des* eran demasiado grandilocuentes al hablar y se mostraban ariscas con ella; las *Erres*, las *Tes* y las *Eses*, más populares, tampoco la aceptaban, y las *Equis*, las *Zetas* y las *Cus* solo la habían invitado un par de veces. A menudo se despertaba a media noche, escuchando los tenues «uuuuuus», «aaaaaaaaas» y «ooooooooos» que resonaban en el Pueblo de las Vocales y por las montañas que rodeaban el Valle de las Consonantes. Soñaba con una vida mejor, donde reinara el buen humor y la vida fuese más barata. Así que, un día, hizo el equipaje y se encaminó hacia la comunidad que habitaba más allá de las montañas.

Pero, al llegar, descubrió que los lugareños no eran demasiado amables; a decir verdad, nada amables. Le dijeron que se volviera por donde había venido. No querían ninguno de sus altisonantes tonos duros ni de sus agresivas técnicas de deletreo. «Vete a casa», le dijeron, «vete a casa y no perturbes la serenidad del Pueblo de las Vocales». Sin embargo, la *Y* estaba decidida a quedarse y les explicó que, en realidad, era una media vocal y que no perturbaría la tranquilidad del pueblo. «¡Puedo pasar bastante desapercibida si me lo propongo!», exclamó, recitando algunas palabras: *Hoyo*, *Sayal*, *Baya*. Las vocales quedaron intrigadas por la lógica de la *Y* y decidieron aceptarla en su comunidad.

Así fue como la *Y* ocupó su lugar a media palabra, aunque siempre con suavidad y sutileza entre las plácidas vocales. La *Y* era feliz, las vocales estaban encantadas con ella y todos vivían en armonía fonética, hasta que un día sucedió algo bastante inesperado.

La *Y* había acudido a una fiesta organizada por la *A* y la *E*. Había un delicioso surtido de pastas y canapés, y la *Y* se la estaba pasando en grande. De pronto, exclamó: «¡Yantar de yemas con yogur!».

—¿Es cierto lo que he oído? —preguntó la *E*.

—¡Yantar de yemas con yogur!, ¡con yogur, con yogur, con yogur! —repitió la *Y* inadvertidamente.

—¡Asqueroso! —exclamó la *A*.

—¡Intolerable! —murmuró la *I*.

—¡Ostentoso! —remarcó la *O*.

—¡Ultrajante! —gritó la *U*.

Como habrás visto, sin darse cuenta, la *Y* se había colocado a principio de palabra.

Las vocales no estaban acostumbradas a oír aquel tipo de tono, aquello era una afrenta y se pusieron a la defensiva. Habrían podido pasar por alto la osadía de la *Y* de haber regresado esta a mitad de palabra, pero ella era incapaz de adivinar el daño que estaba haciendo. Después de todo, se limitaba a ser ella misma, y a las vocales no les gustaba y no la aceptaban.

La *Y* empezó a decir cosas como *yacaré* y *yermo* y *yuxtaponer*, y en una asamblea del pueblo incluso se atrevió a decir: «¡*Parecen yoguis yaciendo en la yesca!*!». El pueblo resonaba cada vez con más fuerza; al fin y al cabo, las consonantes tienen este efecto, y ahora los «eh» y los «ah» se mezclaban con un nuevo y distinguido sonido: «¡*Ya!*!».

—¡*Es* suficiente! —dijo la *E*.

—*Omnipresente* y *ominoso* —añadió la *O*.

—Me temo que la *Y* no será bienvenida en nuestra región —concluyeron todas a la vez, y fueron a comunicar a la *Y* las infortunadas noticias.

—¿Me piden que me marche del pueblo? —preguntó la *Y*, asombrada.

—Es nuestro pueblo. No queremos más *Y* alterando las palabras —le dijeron.

Triste y cabizbaja, la *Y* se fue a su casa e hizo el equipaje. Al salir del Pueblo de las Vocales para tomar el camino de las montañas, no pudo reprimir unas lágrimas de dolor.

Los ciudadanos se sintieron aliviados al verla marchar y volvieron a su cómoda rutina, a sus «ooooooooos» y «aaaaaaaaas», a sus aventuras y a sus obligaciones diarias. Y fueron felices y estuvieron alegres y contentos..., pero solo durante un breve espacio de tiempo.

La *Y* había hecho mella en ellos. Había influido en su vida, reorganizado su estructura, dado un nuevo significado a sus palabras. Las *Es* perdieron sus yemas, las *Ae s* se quedaron sin *ayas*, las *Oe s* no encontraban el *hoyo*, y las *Ue s* extraviaron la *yunta*.

Todo esto ocurrió hace ya algún tiempo, y la *Y* aún no ha regresado. Tampoco volvió al Valle de las Consonantes —la *E* fue hasta allí, pero nadie sabía nada de ella—. De manera que si alguna noche clara oyes el *ya*, *ye*, *yi*, *yo* o *yu* de la *Y* gimoteando y lamentándose bajo la luna, dile que en el Pueblo de las Vocales la están esperando con los brazos abiertos.

Matemáticas

¿Recuerdas el juego de contar historias que utilizamos para reforzar el deletreo, aquel en el que se había fugado la *Q*? Pues ahora puedes aplicar esta misma técnica para potenciar todas las otras disciplinas escolares. Imagina que tu hija está estudiando matemáticas

elementales. Dile que acaba de llamar su profesor. Según parece, por la tarde, el número 4 saltó de la pizarra, echó a correr y se fugó de la escuela. ¡La última vez que alguien pudo verlo, se dirigía hacia tu casa! Quiere que tengas los ojos bien abiertos. Ha creado un problema bastante grande a todos los niños de cuatro años del barrio, ya que cuando alguien les pregunta cuántos años tienen, ahora deben cambiar su respuesta habitual —«Tengo cuatro»— por «Tengo tres más uno» o por cualquier otra combinación de cifras que sume cuatro. Sugiere a tu hijo que describa esas combinaciones y luego inventa un final para la historia. Basta personificar un objeto en el contexto de los deberes escolares del niño para que cualquier cosa pueda convertirse en un cuento.

Historia

Puedes hacer más atractiva la historia de los Estados Unidos anunciando a tu hijo que uno de los botones metálicos de los pantalones de George Washington ha desertado. Exhausto a consecuencia de la Guerra de Secesión, el botón decidió escapar. Aprovecha la ocasión para explicarle que en los tiempos coloniales no existían las cremalleras, ni tampoco el velcro ni los cierres automáticos. Se usaban botones metálicos, de madera o, muy de vez en cuando, de marfil. ¡A causa de su botón desobediente, George Washington estuvo a punto de que se le cayeran los pantalones! Ahora se ve obligado a sostenerlos con las manos. Pero claro, las necesita para llevar el mosquetón (ahí tienes la oportunidad de explicarle cómo era esa arma antigua). Aun en el caso de que su botón decidiera regresar, no podría castigarlo como es debido, igual que a los demás soldados que desertan (háblale de la gravedad de la deserción en tiempos de guerra), pues necesita llevar de nuevo los pantalones como todo el mundo. Entretanto, quizá Betsy Ross (explícale que fue quien diseñó la bandera de los Estados Unidos) pueda confeccionar otro par de patrióticos pantalones para el general o, por lo menos, coserle otro botón a los viejos.

Geografía

Haz lo mismo con la geografía. Si Nueva Jersey se pusiera en pie y se marchara a otro lugar, ¿qué les ocurriría a los estados vecinos? ¿Podrían disfrutar de una hermosa playa los habitantes de Pensilvania? ¿Y los neoyorquinos?, ¿se verían obligados a tomar el *ferry* para llegar hasta la isla de Manhattan? Elige cualquier estado del país y dale permiso para que se vaya a tomar un helado. Cuenta la historia que se derivaría de su fuga.

Ciencias

Astronomía

Si tu hija estudia astronomía, dile que una de las estrellas de la Osa Mayor abandonó su sitio en la constelación para convertirse en una estrella fugaz. Se sentía celosa de todas aquellas estrellas que podían volar libremente por el espacio, mientras ella había tenido que permanecer inmóvil durante miles de millones de años. Estaba aburrida e inquieta, así que se marchó. Pide a la niña que dibuje la Osa Mayor ahora que ha partido una de sus estrellas. ¿Qué cree que harán sus excompañeras? ¿Deberían contratar a otra estrella o buscar a la que se ha marchado? Tal vez se haya incorporado a otra constelación, como la de Orión, por ejemplo. De ser así, ¿qué aspecto tendría ahora Orión? Ilustra la nueva constelación y concluye la historia.

No tengo paciencia para contar largos relatos a mi hija. Prefiero hacerlo por episodios. Intentaba explicarle los tres estados de la materia —sólido, líquido y gaseoso—, y le dije: «Fíjate en aquella nube suspendida en el cielo. Está llena de gas. Si te pusieras de pie sobre ella, te caerías sin remedio. Pero, por supuesto, no todo el mundo se caería. Hay personas que viven en las nubes, como los ángeles y los querubines alados. Cocinan allí y organizan cenas con fiestas. Cuando llueve es porque han abierto un grifo o tirado de la cadena del inodoro». A mi hija le fascinó la idea.

STEVEN BLUM, padre de Lilly, de cinco años

El reciclaje y el medio ambiente

Nunca olvidaré la tarde en la que actué en una escuela pública de Brooklyn. Mi espectáculo consistía en una extraordinaria fantasía de cuentos con música que enseñaban a los niños a apreciar el entorno y a respetar la naturaleza. Después de la representación, el director de la escuela se puso en pie frente al auditorio y dijo: «Bueno, niños y niñas, hoy hemos aprendido muchas cosas, ¿verdad?». «¡Sí!», gritaron al unísono. «Hemos aprendido a respetar las plantas y las flores; no hay que arrancarlas ni pisotearlas, ¿verdad?». «¡Sí!», gritaron de nuevo. «Y también hemos aprendido a respetar a los animales y a todas las criaturas vivientes; no hay que matarlos». En aquel preciso momento, un mosquito pasó revoloteando frente a su rostro. Espontáneamente, ahuecó las manos y ¡zas!, lo hizo trizas. El silencio invadió la sala durante algunos segundos antes de que me echara a reír. «¡Vaya!», dijo, mirándome, «supongo que no debí haber hecho eso, ¿verdad?».

Muchas veces, las lecciones que aprendemos intelectualmente no quedan registradas en el cerebro a menos que también las aprendamos emocionalmente. Si un niño enfatiza en lugar de congeniar con un objeto de la naturaleza, es más probable que lo recuerde si establece una conexión emocional con él. Una de las mejores formas de conseguir ese

estado de «empatía» consiste en utilizar objetos inanimados al contar historias o cuentos. Si sugieres a tu hijo que dibuje una lata de refresco vacía en un vertedero de basura solitario y maloliente, existen muchas probabilidades de que la próxima vez que beba un refresco se acuerde de reciclar la lata o de devolver el envase, en lugar de tirarlo a la basura.

Reutilizar los objetos. Finge que estás sentado junto a un montón de trastos viejos, observándolos uno a uno y encontrándoles nuevos usos. Por ejemplo, podrías decir a los niños: «Miren este enorme congelador que alguien ha tirado. ¡Qué vergüenza! Apuesto que podrían haber hecho algo con él. ¿Se les ocurre algo?». Déjalos que busquen nuevos usos, por turnos, a otros objetos, incluyendo una vieja antena, una lata vacía de café y una televisión vieja.

La tristeza del vertedero de basura. Pide a tu hijo que se convierta en uno de los objetos abandonados en un vertedero de basura. Quizá se trate de un viejo tablón de madera, de una sección de tubo de cobre o de un hula-hula de plástico, que tarda miles de años en desintegrarse por completo en la tierra. Háblale de la descomposición y del tiempo que tardan diferentes objetos en desintegrarse. ¿Qué le parecería vivir en un vertedero? ¿Cómo era su vida antes de que lo abandonaran allí? ¿Hay algo que se pueda hacer para devolverlo a su vida anterior? Inventa un cuento relacionado con las aventuras de dicho objeto.

Busca el símbolo del reciclaje. Una de las formas más fáciles de despertar el interés de los niños en el reciclaje consiste en mostrarles el símbolo que aparece impreso en muchas envolturas que hay en casa. Dile a tu hijo que todos los que lo llevan se fabricaron con materiales reciclados, protegiendo así el medio ambiente al reducir la cantidad de basura que creamos. Este cuento lo escribí para que los niños tomaran conciencia de los beneficios derivados de reciclar periódicos y cajas viejas.

EL MAPA MÁGICO

Había una vez una mujer llamada Señora Pirulí, pues era alta y delgada como el palo de un caramelo. Tenía el pelo rubio y llevaba un divertido sombrero violeta. La Señora Pirulí era muy organizada, ordenada y aseada, y su pasatiempo favorito consistía en quitar el polvo debajo del refrigerador y detrás del horno.

Un día, después de comprar en la tienda de abarrotes, regresó a casa con una bolsa llena de comestibles y, como es natural, empezó a colocarlos en su sitio mientras

cantaba:

*¡Oh, el helado en el congelador!,
el jabón va en el fregadero,
los cereales en el armario,
y el refrigerador está repleto de refrescos.*

*¡Oh, los botes en la barra!,
los sartenes van en la estantería,
las galletas en la mesa
para que quien tenga apetito pueda tomar una.*

Al terminar, subió al piso superior para practicar el violín, de modo que la cocina quedó solitaria y las cajas, en el armario, dispusieron del tiempo suficiente para conocerse. Ahí estaban Barry Copos de Fibra, Charlie Copos de Avena, Sally Copos de Arroz Azucarados y Brenda Tortitas Precocinadas. Se hicieron muy buenos amigos, y reían y bailaban siempre que la Señora Pirulí no podía oírlos.

Un día llegó una nueva caja al armario. Lucía una pajarita anaranjada y era muy brillante. Se llamaba Peter Pasta. A las pocas horas, Peter Pasta y Charlie Copos de Avena se habían hecho amigos.

Al día siguiente, Charlie puso el brazo en el hombro de Peter y dijo: «Peter, si alguna vez nos separan, usa este mapa y me encontrarás». Era un mapa un poco raro, con tres flechas que daban vueltas en círculo. Pero antes de que Peter tuviera tiempo de guardárselo en el bolsillo, se abrió la puerta del armario y el mapa cayó al suelo. Una mano larga y huesuda tomó a Peter por la cintura. ¡Iban a comérselo! Le abrieron la tapa superior, vaciaron sus fideos de espinacas en un recipiente con agua hirviendo, lo arrugaron y lo arrojaron en la bolsa de la basura. Y dado que la Señora Pirulí era tan organizada y ordenada, tomó de inmediato la bolsa, con Peter en su interior, y la depositó en el contenedor que había fuera de la casa para que la recogiera el basurero.

Peter estaba frenético. «¡Tengo que salir de aquí! Me prensarán, machacarán o triturarán, y luego me quemarán en un incinerador o pasaré el resto de mis días en un appestoso vertedero de basura».

Intentó escalar hasta la cima de los desechos que llenaban el contenedor, pero tan pronto como había alcanzado la cima del mismo, resbaló y rodó por la ladera de la colina que había frente a la casa de la Señora Pirulí. «¡Charlie me ayudará! ¡Tengo que conseguir llegar hasta él!», dijo, y empezó a escalar de nuevo la empinada colina, centímetro a centímetro. De repente, vio cómo una bicicleta se aproximaba, pendiente abajo, a toda velocidad, aplastándole la cabeza y dejándosela en forma de pizza. Con todo, volvió a ponerse en pie y siguió subiendo por la colina. Ya estaba a

medio camino cuando 17 corredores que se entrenaban para el maratón de Nueva York le pisotearon una vez más la ya de por sí maltrecha cabeza. «¡Au, uy, ouch, ufl!». Al llegar a la casa estaba arrugado, mugriento y raído como..., bueno, ¡como una basura!

Había quedado tan aplastado que no le fue difícil deslizarse por debajo de la puerta principal de la casa de la Señora Pirulí. Se dirigió a la cocina, abrió el armario... ¡y Charlie se había marchado! ¡Desvanecido! ¿Se lo habrían comido? «¿Y qué puedo hacer ahora?», se preguntó Peter asustado. Entonces sus ojos repararon en el mapa mágico que había en el suelo y recordó las palabras de Charlie: «Si alguna vez nos separan, usa este mapa y me encontrarás».

Lo recogió y siguió las flechas, dando vueltas, vueltas y más vueltas, hasta que, de pronto, ¡¡¡plas!!!, se dio de bruces contra el armario. «¡¡¡¡Ay!!!! ¡¡¡Este mapa no sirve de nada!!! Buaaa, buaaa, buaaa». Lloraba como un bebé. Apenas podía ver algo con tantas lágrimas, así que se deslizó por debajo de la puerta principal y se sentó en un escalón, gimoteando.

Súbitamente, sin que Peter pudiera advertirlo, se produjo un milagro. En aquel mismísimo instante, una poderosa ráfaga de viento arrastró a Peter y lo llevó, volando, por encima de centenares de casas y de coches rojos, de centros comerciales y edificios de oficinas, pasando junto a los pináculos de la iglesia, las exuberantes colinas, los estacionamientos y los teatros al aire libre, hasta caer — ¡auch!— justo encima de una bicicleta estacionada frente a una tienda de abarrotes. Miró a través del cristal del escaparate ¡y allí estaba! El mapa mágico, sentado en la barriga de una caja de copos de avena. Pero no eran copos comunes, ¡sino Charlie Copos de Avena! Peter entró corriendo, abrazó a su amigo y le dijo: «Oye, ¿cómo te la has arreglado para llegar hasta aquí tan nuevo y reluciente?».

Y Charlie le explicó que en realidad el mapa era un símbolo especial de reciclaje. «Cada vez que veas uno de estos mapas en nuestra barriga, significa que nos han reciclado de papel y cartón viejo y que nos han refabricado».

«¡Pues yo también quiero estar nuevo y reluciente como tú!», dijo Peter, dejándose caer en el recipiente de reciclado que había frente al comercio. «¡Hasta pronto, Charlie!», dijo, mientras aterrizaba sobre un montón de periódicos viejos.

La próxima vez que vayas a una tienda de abarrotes, busca el mapa mágico. Tal vez sea Peter Pasta.

El poder de las flores. Pide a tus hijos que jueguen por turnos a simular que plantan flores, plantas o árboles. Luego sugiere a los demás miembros de la familia que adivinen lo que han plantado. Diles que representen sus características específicas, como la altura,

la anchura, el peso, el aroma, si se trata de flores, y las espinas, si las tienen. Por ejemplo, si tu hija ha plantado una rosa, deberá simular que la huele, la toca —¡ay!— y procede con cuidado para no pincharse con las espinas. Si tu hijo ha elegido un manzano, deberá fingir que intenta arrancar un fruto de una de sus ramas y se lo come.

Más poder de las flores. Elige una flor, una planta o un árbol y empieza a hablar de tu vida como tal. No digas lo que eres. Deja que sean los otros miembros de la familia quienes lo adivinen a partir de su historia personal. Por ejemplo, si eres una lila —un arbusto—, podrías decir: «La gente está celosa de mí porque soy muy hermoso. Y tienen razón. Siempre estoy vestido de violeta: me pongo un exquisito perfume que se huele a lo lejos y soy muy popular, pues las abejas siempre están revoloteando a mi alrededor».

Sonidos de la naturaleza. Sal fuera de casa y cierra los ojos. Levanta un dedo cada vez que oigas un sonido diferente en la naturaleza. Si no estás en el campo, comprobarás lo difícil que resulta esta actividad. Este ejercicio hace que los niños vivan en mayor armonía con la naturaleza.

El lenguaje de los animales. Elige un cuento popular que conozcas bien y cuéntalo, por turnos, con el lenguaje de un animal. Si eres un perro, debes ladrar durante todo el relato, y si eres un gato, deberás maullar. Al prescindir del abecedario, tendrás que recurrir a otros mecanismos para contar el cuento; por ejemplo, el movimiento de las manos y del cuerpo, las expresiones faciales y la modulación de la voz.

II DE NIÑO CORRÍA QUINCE KILÓMETROS POR LA NIEVE HASTA LLEGAR A LA ESCUELA

Cómo recopilar y compartir el folclor familiar

Ser una persona es tener una historia que contar.

ISAK DINESEN

Una tarde de 1967 llegué a casa gritando: «¡La señora Ross es la peor profesora que he tenido en mi vida!». Mi padre, un astuto habitante de Brooklyn con un tic nervioso crónico en el ojo, sabía cuál era el antídoto perfecto para mi congoja gramatical escolar. «¿Te quejas de que tu profesora es horrible?», preguntó. «No se sabe el verdadero significado de esta palabra hasta que se ha conocido a la señorita Moldy».

Acto seguido, procedió a describir a su maestra de tercer grado, una disciplinadísima mujer de la década de los treinta, con lentes de armazón metálico y un vestido negro abotonado hasta el mentón, cuya despiadada mirada y «varita de golpear» inspiraban, incluso a los alumnos más rebeldes de la clase, a no pasarse ni un milímetro de la raya. Al parecer, un día mi padre llegó tarde a la escuela. La señorita Moldy, muy estricta en el horario de entrada, le ordenó que se inclinara hacia delante y estaba a punto de empezar a golpearlo con la varita delante de sus compañeros de clase cuando el destino intervino en su favor. En aquel preciso instante sonó la alarma de un simulacro de incendio y, en el caos, mi padre consiguió escapar de la flagelación pública.

Estaba hipnotizada por la anécdota que acababa de contarme papá. Mi situación con la señora Ross ya no me parecía tan horrible como antes. Al compartir una historia conmigo, mi padre no solo me permitió ver las cosas en perspectiva, sino que también me reconfortó al hacerme partícipe de una experiencia común. Instintivamente, comprendió que revelarme su vivencia personal, además de mostrarme una cara oculta de sí mismo, le serviría para explicarme algunas lecciones de la vida.

Cómo me gustaba escuchar sus anécdotas, sobre todo las relacionadas con Brooklyn, el barrio de su infancia: las aventuras en el Jardín Botánico con su hermana gemela, Evelyn, las carreras entre la exposición de momias egipcias en el Museo de Brooklyn y la

mezcla de personajes memorables, como Patrick, el afectuoso policía irlandés que detenía el tráfico cada mañana para que mi padre y otros niños cruzaran la calle sin peligro de camino a la escuela..., hasta que un día fue arrestado por organizar apuestas en la calle President.

Mi madre era totalmente distinta a la hora de contar historias. A diferencia de papá, su almacén de anécdotas personales tenía una cerradura que nadie, ni siquiera su irrefrenable hija, podía romper. Trasladada a un campo de concentración por los nazis siendo una niña, aprendió a sobrevivir guardando en lo más profundo de su corazón todos sus dolorosos recuerdos. Yo sabía por instinto, siendo aún muy jovencita, que si conseguía deshilar una pequeña parte, su corazón se abriría como una flor en primavera, y aunque mamá no habló jamás de su pasado, este no la abandonaba ni a sol ni a sombra. Estaba presente en su rostro, permanentemente vacío y atemorizado, y en sus lágrimas, que asomaban a sus ojos sin ningún motivo especial, mientras jugábamos lotería o durante una excursión familiar, cuando debería haber estado riendo. Su historia se revelaba cada año en vacaciones, al igual que en Yom Kippur, cuando el piano del rincón del comedor estaba cubierto de tantas velas —una para cada uno de los miembros de su familia que murieron en los campos de exterminio— que su brillo resultaba cegador; o en Hanukah, cuando colocaba una *menorah* en la ventana, iluminada con un arcoíris de velas, y luego cerraba las cortinas. A pesar de todos sus esfuerzos para mantenernos alejados de su sombrío pasado, su silencio hablaba por sí solo. Estoy convencida de que me convertí en una cuentacuentos profesional como una forma de remendar todas aquellas maltrechas historias.

Todos necesitamos contar y escuchar las historias familiares. Sin ellas, somos como árboles con las raíces heridas. Tenemos que saber de dónde venimos para saber a dónde vamos.

Sombrías o gloriosas, las historias familiares son tan esenciales como la respiración. Considerarlas algo superfluo equivale a negar uno de nuestros instintos más básicos: la comunicación. Las historias familiares nos ayudan a determinar quiénes somos en el mundo y cómo nos integramos en él, nos alimentan y nos guían a lo largo de la vida, nos enseñan a llorar y a celebrar, a vivir y a morir y, aunque no siempre con una absoluta precisión en los hechos, nos revelan buena parte de las esperanzas, temores y sueños de cada uno de los miembros de la familia. Nos proporcionan un poderoso sentimiento del bien y del mal, y canalizan los principios morales y de orientación hacia nuestros hijos. Asimismo, constituyen una de las mejores maneras de estar cerca de tus hijos, pues, al revelar tu pasado, estás consintiendo que te conozcan como persona.

Los padres que asisten a mis talleres de cuentacuentos dicen que les gustaría contar más historias personales, pero que no encuentran ninguna que sea lo suficientemente buena como para ser contada. El miedo a compartir nuestras historias se debe, en parte,

a que prestamos mucha atención al *producto acabado* y muy poca al *proceso* de recuerdo. No es necesario que busques en tu banco de memoria para elaborar la película de la semana. Este tipo de presión sería más que suficiente para sacar de quicio a cualquiera. Por lo demás, lo realmente fascinante para tus hijos son las minucias aparentemente sin importancia.

Cuando pienso en mi infancia, me doy cuenta de que aunque mi madre hacía lo indecible para no compartir conmigo la gran historia de su vida —sus experiencias durante la guerra—, de vez en cuando afloraban pequeñas anécdotas que me permitían conocer los detalles de su vida cotidiana.

Cultiva los márgenes.

QUENTON ANDERSON

Recuerdo las innumerables horas que pasaba con sus hermanas (las hermanas Gabor de Nueva Jersey) en el salón. Roszika, Borishka y mi madre, Sarika, se sentaban alrededor de la mesa de la cocina chismeando a propósito de todo y sobre absolutamente nada. Eran capaces de inventar una historia a partir de la más ridícula de las piezas de información: unas rebajas en Kmart o la cirugía plástica de los vecinos. (Según parece, una tarde, una madre y sus dos hijas que vivían en la casa de al lado se operaron la nariz, y las tres regresaron a casa con la nariz vendada). Transformaban pequeños incidentes en acontecimientos de ámbito mundial, comentándolo todo a conciencia como si de ello dependiera su vida. Se inclinaban hacia quien estaba hablando, resueltas a no perderse ni una coma de su narración y con los ojos hinchados de excitación.

Aunque es probable que su amor por el chisme no fuese precisamente el rasgo más admirable que yo pudiera heredar de ellas, sí lo era su amor por las historias. Abordaban los pequeños detalles con el entusiasmo de un niño. Tanto si eran conscientes de ello como si no, su capacidad para elevar lo mundano a la categoría de lo divino era una cualidad fundamental en cualquier historia o cuento que se precie.

En su madurez, el hombre recupera la seriedad que tuvo, de niño, cuando jugaba.

FRIEDRICH NIETZSCHE

No intentes ser fascinante. No hace falta que cuentes historias complejas y completamente desarrolladas. ¡Basta un simple recuerdo! Empieza con el color de tu primera mochila escolar, el aroma de la cocina los fines de semana cuando eras pequeño o el estruendo que armaban los titiriteros cuando se detenían en tu calle para hacer sus malabares y tocar el acordeón. No desdeñes la alegría que sentirán tus hijos cuando les cuentes estos pequeños recuerdos.

Pero aun en el caso de que sientas un deseo incontenible de reunir y compartir tu rico folclor familiar, ¿por dónde vas a empezar? Con los años he elaborado algunas directrices que se pueden adaptar a tus necesidades y circunstancias. Se dividen en actividades más adecuadas para cada edad. Algunas de ellas requieren un equipo determinado, como reproductores de casetes y cámaras de video, mientras que para otras es suficiente la imaginación y la memoria de los participantes. Cualquiera que sea la actividad elegida, no te sientas obligado a contar una historia sensacionalista para entretener a los niños. La más sencilla de las anécdotas les encantará.

El mundo de la infancia

Cuando jugábamos beisbol, usábamos el palo de una escoba y una pelota de plástico. La tapa de una coladera era la primera base, el pie de un farol, la segunda, y el señor Gitletz, que solía traer una silla de cocina para vernos jugar; la tercera. Una vez resbalé hasta dar de frente con el señor Gitletz. Él tomó la pelota y me agarró fuera de la base. Quedé eliminado.

GEORGE BURNS

Mapas de memoria

Los recuerdos lúdicos pueden ser el mejor vehículo para extraer información, ya que el juego es la actividad más seria y a la vez más gozosa que realiza un niño.

Primer mapa: la hora de jugar

MATERIALES: Papel y lápiz

Dibuja el mapa de un lugar favorito en el que jugabas de niño y comparte con tus hijos algo que te ocurriera allí. Cuando se hayan familiarizado con la actividad, diles que pidan a otros miembros de la familia que hagan lo mismo. A continuación, sugiereles que guarden estos mapas lúdicos en una carpeta, junto con sus respectivas historias, asegurándote de que señalan correctamente a qué miembro de la familia corresponde cada mapa.

En muchas de las viviendas de mi cuadra, en Cleveland, vivía algún pariente de la familia. De niño, aquello era maravilloso, porque todo el mundo te conocía. Los sábados, cuando todos salían de paseo, no podías dar cuatro pasos sin encontrar a un primo, una tía o un abuelo. Siempre se detenían para decirme algo cariñoso y me pellizcaban las mejillas. Tardabas una hora en dar la vuelta a la cuadra.

LEON SPERO

Segundo mapa: tu cuadra

MATERIALES: Papel y lápiz

Dibuja la cuadra de las viviendas donde te criaste y descríbesele a tu hijo, incluyendo la mayor cantidad posible de detalles que seas capaz de recordar, desde dónde estaba el extintor hasta dónde estaba el árbol más alto (si lo había). Anímalo a hacerte preguntas sobre aquella cuadra. Si quieres, puedes empezar con las preguntas siguientes:

¿Había más niños?

En caso afirmativo, ¿quiénes eran y dónde vivían exactamente?

¿Había algún bravucón en la cuadra?

¿Y algún bromista?

¿Dónde vivían?

¿Recuerdas algún incidente con ellos?

¿Dónde estaba la oficina de correos?

¿Y la escuela?

¿Dónde estaba la tienda de abarrotes más cercana?

Tercer mapa: viajando en automóvil

MATERIALES: Papel y lápiz

Dibuja el mapa del primer recorrido en automóvil que recuerdes haber hecho en la niñez. Describe algún incidente memorable que sucediera en aquel coche. Podrías inspirarte en las siguientes preguntas:

¿Quién solía conducir el coche, la abuela o el abuelo?

¿Había cinturones de seguridad en aquella época?

¿Corrían tanto como ahora los automóviles?

¿Viajabas a menudo? ¿A dónde?

¿Quién viajaba contigo?

¿Cuál fue el viaje más divertido y por qué?

Haz lo mismo con los demás parientes.

La casa. Cierra los ojos y regresa al hogar de tu infancia. Sin abrirlos, camina hasta la puerta principal, luego dirígete hacia la primera puerta que veas y ábrela —imagina que estás en aquella casa—. Entra en la estancia y cuenta a tus hijos lo que ves. Ahora olfatea un poco el aire y describe todo lo que hueles. Toca un objeto de la estancia y

describe su textura. ¿Qué estás oyendo? ¿Música? ¿Silencio? ¿Gente que platica en otra habitación? Comparte con los niños cualquier sonido que oigas. Sal de la estancia y entra en otra. Repite la misma operación con varias estancias de la casa o el departamento de tu niñez. Si tus hijos te interrumpen con una pregunta, mantén los ojos cerrados e intenta responderles. Cuando hayas finalizado este apasionante viaje por la casa de tu infancia, abre la puerta principal y vuelve a salir. Luego abre los ojos y observa el aspecto de fascinación que muestra el rostro de tus hijos.

Los sabores. Los sabores siguen estando presentes en nosotros aunque haya transcurrido mucho tiempo desde que los probamos. Cierra los ojos y regresa hasta la cocina de tu infancia. Una vez allí, visualiza a tu madre o a tu padre aproximándose a ti con una cucharilla llena de algo que desconoces. Pruébalo y describe su sabor. ¿Es masa de pastel de chocolate? ¿Es una medicina? ¿Es tu madre que te pide que pruebes la sopa que servirá en la cena? Ahora intenta hacer la misma actividad en la cocina de la casa de tus abuelos, y luego repítela sustituyendo la cuchara por otros utensilios, como unas pinzas de plata o una cuchara de madera.

La primera vez. Los «primeros» siempre son inolvidables y pueden constituir la mejor manera de conseguir que tus parientes te cuenten historias. Pídeles que describan su primer o primera...

- 1) bicicleta
- 2) beso
- 3) viaje lejos de casa
- 4) fiesta de disfraces
- 5) coche
- 6) casa
- 7) mascota
- 8) maestro
- 9) empleo
- 10) campamento

Continúa añadiendo más «primeros» a la lista.

Cuando el tiempo pasa. Compra un reloj de papel de esos que se cuelgan en la puerta para que los demás sepan cuándo regresarás a la oficina. Junto con tus hijos, elige uno o dos periodos clave de la infancia; por ejemplo, la secundaria o los campamentos de verano. Diles que muevan las manecillas del reloj hasta la hora que deseen, pongamos

por caso las tres de la tarde. Describe dónde solías estar a esa hora durante aquel periodo de tu infancia. Sugiereles que vayan cambiando la hora en el reloj y responde convenientemente.

«Esta es tu vida». Dile a tu hijo que se convierta en el presentador de un programa televisivo en el que tú serás el invitado. Pero, en lugar de interpretarte a ti mismo, elige a alguien del pasado, tal vez aquel severo director de la escuela primaria que tanto te asustaba, o quizás el simpático cartero que siempre te acariciaba el pelo al pasar. Anima al niño a que te haga preguntas sobre tu vida e invita a otros miembros de la familia para que formen parte del público y también formulen sus preguntas. Después, inviertan los roles. Tu hijo será un personaje de su pasado y tú serás el presentador del programa.

Si quieres que esta actividad resulte más divertida, en lugar de una persona, interpreta un objeto histórico, por ejemplo una colcha que heredaste de tu abuela. Narra los recuerdos de tu vida. Aunque el pequeño no capte perfectamente todos los datos históricos, se la pasará en grande y siempre aprenderá algo nuevo.

La prenda de abrigo. Finge ponerte una prenda de abrigo imaginaria como las que solías usar en la adolescencia. Describe sin palabras, como si fueras un mimo, su forma, peso y estilo, y pide a los niños que adivinen de qué prenda se trata. Tal vez sea una chamarra con letras impresas, o quizás el abrigo que estrenaste en Domingo de Ramos o el impermeable que te ponía tu madre los días de lluvia. Al terminar el juego, tanto si lo han adivinado como si no, describe la prenda de abrigo con el máximo detalle posible. (Si quieres, también puedes dibujarlo). Cuenta las historias asociadas con cada prenda que recuerdes.

Crecimiento y anécdotas. Pega una tira de papel vertical junto a la tabla de crecimiento de tu hijo. La próxima vez que midas su estatura, sugierele que añada un breve párrafo junto a la marca de la medida, describiendo alguna cosa curiosa que haya sucedido aquel día o una actividad en la que haya participado. Con el tiempo, podrás «medir» los cambios en la historia de su vida además de su estatura.

El libro de cocina. (Para esta actividad necesitarás fichas y un fichero con separadores alfabéticos). Detrás de cada receta hay una historia. Se pueden añadir notas a cada receta, por ejemplo: «Esta es la favorita de papá», o «esta es la que hace la tía Shirley el día de Navidad». Confecciona tu libro de cocina con historias, combinando las recetas familiares con sus correspondientes anécdotas. Veamos cómo funciona. Hojea el viejo recetario de cocina con tus hijos. Cuando llegues a una receta que tenga algún recuerdo

asociado, cópiala en una ficha en blanco. Luego, intenta recordar los detalles de la historia y escríbela a continuación de la receta. ¿Quién te la dio? ¿En qué ocasión? ¿Disfrutaste de un sabrosísimo postre en alguna fiesta de cumpleaños y pediste la receta al anfitrión? De ser así, ¿dónde se celebró la fiesta?, ¿quién asistió? Describe el entorno y los invitados. Anota los detalles de cuándo y dónde probaste un plato determinado. Describe los aromas, los sonidos y el aspecto visual de la estancia en aquella época. Cuando hayas terminado, coloca la ficha histórico-culinaria en el fichero alfabético. Anima a los niños a añadir más fichas de este tipo siempre que tengan la oportunidad.

El significado de los nombres

En aquellos días, todo el mundo tenía apodos. En mi pandilla, sin ir más lejos, estaba Moose —tenía todo el aspecto de un alce—, Bagels (rosquilla), Shy (tímido), Tippi (basurero), y a mí me llamaban Legs, porque tenía unas piernas muy bonitas. A mi hermano, que era muy delgado, lo llamaban Schmaltz, que en *yiddish* significa «gordo». Mi otro hermano era Gangy (el matón), porque solía hablar como un tipo duro. Si alguien nos preguntaba por Joe, Pete o Willy, decíamos: «¿Quién?».

BLANCHE LASKY, en *You Must Remember This*, DE JEFF KISSELOFF

En la pequeña tienda de abarrotes de mi barrio aún venden caramelos por un penique. Me entusiasman los caramelos, y el día que descubrí una caja llena en el mostrador, supe que iba a tener graves problemas, ya que si no me controlaba, me los comería todos en una hora. Así que hice un pacto: me permitiría el lujo de zamparme uno al día. A los dueños de la tienda, tres hermanos yemeníes, les pareció muy interesante aquel hábito de comer un caramelo diario, y un día, uno de ellos empezó a llamarme «Caramelo». Y se me quedó aquel apodo. Ahora, años después, si alguno de los hermanos me ve por la calle, me saluda en voz alta: «¡Caramelo!», y a mí me encanta. Me fascina el sentimiento de comunidad y continuidad que acarrea y la sensación de no pasar inadvertida en una era de ajetreo y bullicio en la que es muy fácil sentirse anónimo.

Nuestros nombres son como las puertas de nuestra vida. Detrás de cada uno de ellos hay una historia. Unas veces, el apellido revela el oficio de nuestros antepasados, como «Smith», que significa «herrero», o «Schumaker», que significa «zapatero», o las ciudades o regiones de procedencia, y otras constituyen un homenaje a personas que murieron o que honran a las que aún siguen vivas. A menudo, los nombres representan las esperanzas, los sueños, las nostalgias o las pasiones de quienes nos los pusieron.

El juego de los nombres. Comparte con tus hijos la historia que se oculta detrás de tu nombre. Puedes usar el nombre de pila, el primer o el segundo apellido. Si tienes un apodo, un nombre de confirmación o un nombre hebreo, también lo puedes utilizar.

Sugiere a los niños que cuenten alguna historia relacionada con su nombre. Quizá recuerden algún incidente acaecido cuando eran más pequeños, por ejemplo, que a su hermana menor le costaba una barbaridad pronunciarlo y lo acabó sustituyendo por otra palabra. También es una excelente actividad para pasar un buen rato con los parientes de edad más avanzada durante las reuniones familiares.

Creo que para los niños es importante conocer la historia de su familia y de su origen para tener un sentimiento de continuidad. Yo suelo hacerlo con la sencilla historia que les cuento antes de acostarse. Dado que mis hijas solo tienen 3 y 5 años, respectivamente, procuro que la narración sea muy elemental, con muy pocos detalles, para que les resulte más fácil concentrarse en la idea principal: su linaje. «Había una vez una niña pequeña llamada Holly (mi nombre) que vivía con sus padres, Ginny y Andy (los nombres de mis padres), en Nueva Jersey, en una preciosa casita blanca de madera, con un cerezo en el jardín delantero. Cuando la niña creció, se mudó a Nueva York. Al mismo tiempo, había un niño llamado Steven (el nombre de mi marido) que vivía con sus padres, Rosemary y Joe (el nombre de sus padres) en un departamento de Nueva York. Más adelante, Holly se trasladó a Manhattan, conoció a Steven y se enamoraron. Después de casarse, decidieron que el gran amor que sentían el uno hacia el otro tenían que compartirlo con otra persona, y así fue como tuvieron un bebé llamado Lilly (mi hija mayor), y la amaron tanto que decidieron darle una amiguita. Y de este modo tuvieron otro bebé, llamado April (mi hija pequeña)...». Aunque parezca el más bobalicón de los cuentos, mis hijas no paran de pedirme una y otra vez que se los cuente.

HOLLY KLEIN, madre de Lilly, de cinco años, y de April, de tres

Los objetos de nuestra vida

Los objetos familiares son historias que están esperando salir de su escondrijo, y no es necesario que sean antiguos ni caros para tener un significado histórico. Una simple muñeca de trapo que ha circulado de generación en generación puede contar tantas cosas de una historia familiar como la más exquisita de las antigüedades. El secreto reside en contemplar la historia en su conjunto. Incluso la silla plegable que compraste el verano pasado tiene historias que contar. ¿Acaso no te la llevaste a la playa o la usabas para dormir la siesta en el patio trasero de casa? En tal caso, esta silla ya es uno más en la familia. Si pudiera hablar, seguro que tendría algún chismorreo que compartir sobre las conversaciones mantenidas en su presencia, la gente que se sentó en ella o la comida que se sirvió en determinada ocasión.

Recuerda que para un niño todos los juguetes y objetos están vivos. (En cierto modo, aún sigo creyendo que Andy, mi muñeca de trapo de la infancia, habla en mi ausencia). Usa este sentido de personificación con los objetos que te rodean y no te preocupes demasiado de las fechas y las horas o de ser exacto al ciento por ciento en los hechos que relatas. Si tus hijos tienen una experiencia positiva con un objeto familiar, les encantará explorarlo con más detalle cuando sean mayores. Por el momento, tu trabajo consiste en

explotar la riqueza de sus historias, una tarea que maravillará a los niños.

Las actividades siguientes te ayudarán a revivir los recuerdos, al mismo tiempo que proporcionará a tus hijos las claves de su rico y variopinto pasado.

Si este objeto pudiera hablar. Reúne diversos objetos que haya en casa, tanto antiguos como nuevos, y pide a los niños que formulen las siguientes preguntas a diferentes miembros de la familia: si este objeto pudiera hablar, ¿qué historias contaría?, ¿en qué ocasiones especiales estuvo presente?, ¿quién lo usó, tocó, rompió, reparó o jugó con él?, ¿cómo lo conseguiste?, ¿fue un regalo?, ¿lo compraste?, ¿te gusta?, ¿pertenece a alguien en especial?, de ser así, ¿a quién?

El juego de la llave. Después de cenar, saca el llavero del bolsillo, elige una llave y cuenta una aventura o algo divertido que sucediera en la estancia que se abre con ella. La llave de la buhardilla, por ejemplo, podría recordarte un diario que guardaste allí, repleto de recuerdos de la infancia. Toma la llave de otra estancia y cuenta la historia que te evoca. Sugiere a otros miembros de la familia que hagan lo mismo con sus llaves. Incluso las historias y los recuerdos aparentemente más simples pueden deleitar a tus hijos.

El juego de las palabras. Elige el nombre de un objeto cualquiera y, por turnos, relata alguna historia, recuerdo o anécdota personal que te inspire. Por ejemplo, la palabra *diamante* podría traerte a la memoria el momento en que declaraste tu amor a la que hoy es tu esposa o cuando fuiste a la joyería con tu marido para comprar el anillo. Pide a tus hijos que también elijan nombres de objetos. No olvides que *todo el mundo* tiene una historia que contar, independientemente de lo tonta o insignificante que pueda parecer a primera vista.

Donde nos curamos: historias de hospital

Cuando mi padre tenía ochenta y tantos años, sufrió un infarto. Era un judío polaco muy religioso, y aunque ahora vivía en el Bronx, seguía practicando su religión, hablando yiddish y asistiendo a la sinagoga con regularidad. No obstante, una noche, cuando llegué a casa del trabajo, me enteré de que a papá lo habían trasladado a un hospital católico cercano a su departamento. Tomé un taxi y fui a verlo de inmediato. Al llegar a su habitación, lo vi rodeado de monjas con hábito, y en la pared, sobre la cabecera de la cama, había una imagen de Jesús tallada en madera. Le dije: «Papá, ¿te parece bien tener a Jesús en la cabecera de la cama?». Sin inmutarse lo más mínimo, respondió: «No me hará ningún daño».

R. PERRY

Todos sabíamos que la esposa de mi primo, Linda, era una mujer muy sensata, pero esta cualidad alcanzó unos niveles inauditos con un relato que nos contó recientemente, una noche después de cenar.

Al parecer, pocos meses antes de dar a luz empezó a preparar la canastilla para el bebé que estaba esperando. Había hecho pintar las paredes de un precioso color rosa, la nueva cuna de madera y el cambiador estaban situados debajo del gran ventanal, al fondo del dormitorio, y la instalación de la lujosa alfombra roja estaba prevista para cuando faltaran algunas semanas para la fecha prevista del parto.

Por desgracia, los instaladores de la alfombra no se presentaron el día acordado, ni el día siguiente, ni tampoco el siguiente. Por fin, Linda, irritada, llamó a la tienda de alfombras y el dueño le prometió solucionar la cuestión de inmediato. Colgó el teléfono y esperó, y esperó, y esperó.

Cinco días más tarde, Linda dio a luz. «¡Cariño, ha llegado la hora!», gritó a mi primo Robert, mientras recogía la bata y el cepillo de dientes y se dirigía hacia el coche. Robert había regresado corriendo a la casa para tomar algunas provisiones de último minuto cuando de pronto sonó el timbre. Eran los instaladores de la alfombra. Robert estaba nerviosísimo. «Eh..., bueno..., no sé..., no puedo..., verá, es que...». Pero Linda entró en acción. «Debes quedarte, cariño», dijo a mi primo con serenidad. «Si les dices que se vayan, no volverán». «Pero, cariño...». «No pasa nada, querido. Aún tardaré en dar a luz», dijo. «Yo conduciré hasta el hospital. Nos reuniremos allí cuando la alfombra esté instalada». Se subió al coche con calma y se marchó, mientras los hombres desenrollaban la alfombra roja.

Lo creas o no, una de las mejores formas de sonsacar historias a la gente, sobre todo si se trata de personas de edad avanzada, consiste en proponer el tema hospitalario. Recuerda que no todas las historias de hospital son tristes. El nacimiento de un niño, por ejemplo, constituye una ocasión jubilosa y una historia que muchos miembros de la familia comparten con dicha. Lo mismo ocurre con la curación después de una enfermedad. Aunque no estamos acostumbrados a pedir a nuestros parientes más ancianos que nos cuenten este tipo de anécdotas, a mucha gente le encanta contar historias de hospital. Narrarlas cuando ya ha transcurrido mucho tiempo, como por ejemplo a un nieto o a un sobrino, hace que resulte más fácil desde un punto de vista emocional y puede revelar recuerdos muy profundos.

Sugiere a tus hijos que pidan a un pariente que les cuente su estancia en un hospital. Les asombrará, tanto a ellos como a ti, la fluidez con la que surgen las anécdotas.

Rojo como un tomate: historias de vergüenza

A mi madre le gusta mucho comprar en Labels for Less. Todos quienes trabajan en estos almacenes la conocen y, cuando hay rebajas, la llaman y le informan. Una tarde recibió una llamada de una de las dependientas, quien

le dijo que un artículo que mamá había comprado hacía algunas horas ahora estaba de oferta. «Si lo trae con el comprobante de compra, le abonaremos la diferencia», dijo. Mi madre sabía exactamente en qué contenedor había arrojado el recibo —el de la esquina de su bloque—. De manera que se apresuró hacia la puerta con las pantuflas y una vieja bata plisada. Llevaba una peluca raída y un pañuelo alrededor de la cabeza. Tenía previsto recuperar el recibo y regresar de nuevo a su casa para arreglarse antes de ir a los almacenes. Pero al inclinarse sobre el contenedor de basura y empezar a buscarlo, un hombre elegantísimo con un traje Armani le tocó suavemente en el hombro y le dio un billete de cinco dólares. «Quiero que se lo quede», dijo. «No, usted no me comprende», respondió mamá, intentando explicarle la situación. «La comprendo perfectamente», replicó el caballero. «No es el momento más adecuado para el orgullo». ¡Mi madre echó un vistazo a su atuendo y se dio cuenta de que él tenía razón!

LOIS B.

Quizá fuera aquella vez en el ascensor de unos grandes almacenes, que estaba atestado de gente, cuando tomé de la mano a mi madre y, al abrirse las puertas, descubrí que aquella mano no era de mi madre, sino de un desconocido, o tal vez fuese aquella otra ocasión en la que el bigote de Emile de Becque se apretujó en mi rostro, durante un beso teatral, en el tercer acto de *Al sur del pacífico*, ante un nutrido auditorio en la secundaria.

Ha habido tantos momentos embarazosos en mi vida que me resultaría imposible conceder el primer premio a alguno de ellos. Si existe un rasgo universal que une a toda la humanidad es este: todo el mundo guarda en la memoria una historia embarazosa y nadie la olvida jamás. Pide a un pariente que recuerde el momento de su vida en el que pasó más vergüenza. Quedarás asombrado.

Hay una mosca en tu plato: historias prácticas para gastar bromas

Mi primo Gigi y yo habíamos permanecido pacientemente sentados con mi madre en la oficina de tránsito durante más de una hora, esperando a que le renovaran el permiso de conducir. Solo teníamos diez años y estábamos cansados y malhumorados. A Gigi se le empezó a dormir una pierna, de manera que le colocamos el pie en el borde de la silla que tenía enfrente, procurando no molestar a la señora que estaba sentada en ella. Como es lógico, yo no podía dejar pasar así como así una oportunidad como aquella, de manera que golpeé con disimulo el pie de Gigi, ¡que no pudo evitar dar una patadita en el trasero de la señora en cuestión!

Qué bien nos lo pasábamos con aquellas bromas y torturando a los amigos. Claro que las cosas cambiaban por completo cuando se invertían los papeles y te convertías en la víctima de las bromas. Pide a los miembros de tu familia que te cuenten alguna broma

divertida de su infancia. Te darás cuenta de lo pícaros y traviosos que eran de niños.

¡Pillín, pillín!: historias de disciplina

Todos mis compañeros de clase solían fumar cigarros antes de entrar en la escuela. Yo no quería ser menos, así que una mañana tomé los dos cigarros que quedaban en el paquete de tabaco de mi padre, que estaba sobre la mesa de la cocina. Cuando fue a buscarlos y descubrió que se habían esfumado, preguntó a todos los miembros de la familia: «¿Alguien sabe dónde están mis cigarros?». Todos dijeron que no. Poco después, salí de casa para ir a la escuela. Al llegar allí, todos los niños estaban de pie, fuera del centro, fumando. Hurgué en mi bolsillo en busca de los dos cigarros..., ¡pero habían desaparecido! Sabía que papá los había encontrado. Pero al llegar a casa, no mencionó el incidente. Fue mortificante. Hubiera preferido que me diera una cachetada, pero el hecho de no decir nada fue peor que cualquier castigo. Me sentía muy mal conmigo misma. Lo creas o no, nunca volví a hacerlo.

SARI B.

Cuando éramos pequeños, mis padres nos llevaban a mí y a mi hermano a innumerables desfiles: el del Día de los Veteranos, en Weehawken, Nueva Jersey, donde vivía nuestro fontanero; el del 4 de julio, en Martha Vineyard, donde pasamos las vacaciones un verano; y el de Rose Bowl, al que nos llevó la prima Renata cuando fuimos a visitarla a Pasadena. Eran muy emocionantes, aunque lo que recuerdo de ellos apenas tiene importancia comparado con la tarde en que mis padres anularon el viaje al desfile del Día de Acción de Gracias de Macy en Nueva York.

Llevábamos todo un mes esperando aquel desfile, pero la mañana del día en cuestión mi hermano y yo nos peleamos. «¡Si no dejan de reñir ahora mismo, no iremos al desfile!», dijo mi padre. Y cumplió su palabra. Aún recuerdo la enorme desilusión que sentí al no poder ir. Era como un dolor agudo en la boca del estómago que duró varios días.

Aunque las historias de disciplina no siempre son agradables, revelan un sinfín de características acerca de la dinámica, los rasgos de temperamento y los valores familiares. Cuéntalas por turnos, sin olvidar el ingenio con el que algunas veces conseguiste salvarte del castigo, o las estrictas normas disciplinarias de la escuela. Es una actividad ideal para que los niños escuchen y coleccionen historias.

Fotografías

Mediante la fotografía, cada familia construye un retrato de sí misma, un juego de imágenes que da fe de sus vínculos.

SUSAN SONTAG, *Sobre la fotografía*

Cada foto, una historia. Saca tu caja de viejas fotografías, de ser posible las que se tomaron antes de que nacieran tus hijos, y cuenta historias relacionadas con ellas. Si aparecen otros parientes vivos, sugiere a los niños que vayan a visitarlos, que les muestren las fotos y que les formulen las preguntas siguientes:

- ¿Cuándo se tomó esta foto?
- ¿Cuántos años tenían entonces?
- ¿Dónde estaban?
- ¿Era en vacaciones? Si es así, ¿por qué decidieron ir a aquel lugar?
- ¿Ya estaban casados? Si no lo estaban, ¿con quién salían por aquel entonces?
- ¿Qué es lo que más recuerdan de aquel día?
- ¿Aún guardan la ropa que llevaban en la foto? Si no la guardan, ¿qué hicieron con ella?
- ¿Qué otra ropa llevaban en aquella época?

Fomenta esta actividad haciéndola más interactiva. Una de las mejores formas de implicar a tus hijos en una actividad consiste en hacerles muchísimas preguntas. Por ejemplo, podrías sostener la foto y preguntarles: «¿En qué año creen que se tomó?». «¿Qué tipo de ropa creen que llevaba la gente en aquella época?». «A partir de esta foto, ¿pueden adivinar lo que hacía la gente en su tiempo libre?».

¡Grábalo! La próxima vez que salgas de paseo o excursión con tus hijos, llévate una grabadora y graba tus pensamientos, las canciones, conversaciones o bromas que comparten durante el día. Es probable que ahora te parezca superficial o insignificante, pero la cinta conservará los recuerdos familiares y hará las delicias de los niños (de tres a cinco años) cuando la escuchen más tarde.

Cuando mi hija tenía cuatro años, mi padre se la llevó de paseo. Regresó con la niña y un pequeño dictáfono. Mientras caminaban, él fue grabando y describiendo todo lo que veían durante el camino. «¡Vamos a ver los patos!... ¡Qué árboles tan altos!... Ahora volveremos a casa». Al final, puedes oírlos a los dos cantando juntos. Fue una idea de lo más simple, pero a mi hija le encanta esta cinta. La escucha una y otra vez, y se siente cerca de su abuelo aunque vive a miles de kilómetros de aquí.

DEBORAH PARIS, madre de Molly, de seis años,
Jonah, de tres, y Hannah, de once

Expresiones familiares

Las expresiones familiares son la poesía de la vida cotidiana. Si lo piensas con calma, quizá puedas recordar alguna frase o juego de palabras que se utilizaba en el círculo

privado de tu familia. Están llenas de significado, pues hay un sinfín de historias asociadas a ellas. A menudo, oír una expresión familiar nos puede traer a la memoria el momento humorístico, conmovedor o doloroso en el que se acuñó.

Recuerdo cuando se inauguraron los primeros grandes almacenes en mi ciudad natal. Vendían un poco de todo, desde ropa hasta mobiliario. En aquella época no había centros comerciales de este tipo, y cuando mi madre y mis hermanas se enteraron de que habían abierto uno, fueron corriendo con la esperanza de encontrar algún saldo. Aunque regresaron a casa con un montón de artefactos, mamá anunció: «Es un auténtico rastro». Desde aquel día, cada vez que se inauguraban unos nuevos almacenes, mi familia le preguntaba: «¿Es un rastro?».

En *A Celebration of American Family Folklore*, de Steve Zeitlin, Amy Kotkin y Holly Cutting Baker, Margaret Clark dice:

De niña le compré a mi hermana un libro para su cumpleaños, una biografía de Houdini. Apenas lo había desenvuelto cuando se lo arrebaté, eché a correr, me escondí durante el resto de la fiesta y lo leí. En realidad se lo había comprado porque me encantaba. De manera que, desde entonces, cada vez que alguien regala algo que se ve a la legua que le gusta más a quien hace el regalo que a quien lo recibe lo llamamos un *Houdini*.

Si te paras a pensar un poco, te darás cuenta de que tu familia también tiene sus expresiones exclusivas. ¿Cuáles son? Di a tus hijos que te ayuden a recordar expresiones utilizadas por varios miembros de la familia y escríbelas junto a la historia que les dio vida. Con los cuatro puntos siguientes te resultará más fácil empezar:

- 1) Una expresión familiar que solía utilizarse en mi casa es _____.
- 2) La historia que constituye su origen fue _____.
- 3) Otras expresiones familiares que he oído en casa de mis primos, tíos o abuelos son _____.
- 4) Las historias que constituyeron su origen son _____.

Costumbres familiares

Una tradición no solo es algo que recibimos, sino algo que creamos.

Frase grabada en el escaparate de una librería,
Amsterdam Avenue, Nueva York

Tanto si te has dado cuenta como si no, si siempre hacías una barbacoa en el patio

traseo de la casa el Día de Difuntos o llamabas a tu perro con un sonido especial, has establecido una costumbre familiar. En efecto, mucha gente organiza fiestas de cumpleaños para los niños, pero ¿hacen un pastel gigante de gelatina con sabor a frutas de doce colores, como lo hacía mi madre cada año?

Con frecuencia, las actividades compartidas a las que llamamos «costumbres» suelen ser únicas y exclusivas de cada núcleo familiar. Casi siempre empiezan con una historia. Por ejemplo, cuando mi padre era pequeño, la leche se vendía en botellas de vidrio directamente en las granjas. Dado que no estaba pasteurizada, la nata se separaba del resto y flotaba en la superficie de la taza de papá. Para mezclarla bien, tenía que removerla con la cucharilla antes de beberla. Lo divertido es que hoy en día lo sigue haciendo, ¡beba lo que beba!

Muchas familias tienen la suerte de compartir las tradiciones en su círculo privado, aunque solo las practiquen en ocasiones especiales. Antonio Amato, de Chicago, celebraba la Navidad con un innegable sabor italiano:

En Navidad, no hay nada como nuestros entremeses de Nochebuena. Íbamos a misa y regresábamos a casa, donde nos esperaba un riquísimo salchichón y una incomparable sopa de tomate casera. La comida era algo que siempre nos reunía. La fiesta religiosa no era tan importante como el hecho de celebrarla en familia, de darnos cuenta de que seguíamos juntos y con salud.

Las costumbres familiares no solo marcan hitos en el tiempo, sino que también narran maravillosas historias de los temperamentos individuales que componen cada núcleo humano. Ayuda a tus hijos a recordar algunas de tus propias costumbres escribiéndolas o contándolas:

- 1) Describe una costumbre familiar _____.
- 2) La historia que se esconde detrás de ella es _____
_____.
- 3) Otras costumbres familiares que he conocido en casa de un amigo o pariente son _____.
- 4) Las historias que las originaron son _____
_____.

Personajes familiares

En cada familia hay, como mínimo, un personaje excéntrico, que lleva sombreros extravagantes, atuendos extraños o que siempre dice cosas embarazosas. Pide a los miembros de edad más avanzada de tu familia, como los abuelos o los tíos abuelos, que describan a algunos de los personajes excéntricos que había en la familia durante su

juventud. Si no se acuerdan, díles que describan a algún amigo especial de la familia o a algún conocido del trabajo.

La historia siguiente me encanta. Pertenece al libro *Jackie Tales*, de Jackie Torrence, cuentacuentos profesional, y en ella habla de su tía favorita.

LA TÍA SALLY Y EL TÍO QUINTO

Cuando tenía 4 añitos, la persona más importante de mi vida y a la que quería más que a nada en el mundo era mi tía Sally. La quería a rabiar. La tía Sally era una mujer obesa. Me encantaba la tía Sally porque tenía la piel de un color amarronado dorado. Era un color suave, como de chocolate caliente con nata, y su piel también era suave, con un ligero brillo permanente, según puedo recordar.

A decir verdad, la tía Sally me gustaba porque al andar meneaba las caderas con una gracia especial. Solía caminar detrás de ella observándola y pensaba: «Sería estupendo poder andar así». A menudo le decía a mi abuela: «Quiero andar moviendo las caderas como tía Sally». En realidad, para una mujer como mi abuela, que era como mi madre y pesaba cuarenta y cuatro kilos, aquello era una vergüenza. «¿Sabes? Sally tiene demasiado ahí detrás. Y también demasiado ahí delante».

Siempre llevaba vestidos escotados, y asomaba buena parte de sus encantos. Aquello me gustaba. Me imaginaba con todo aquel balanceo en la pechera y en las caderas.

Y decía: «Quiero ser como la tía Sally». Mi abuela me miraba. «Ten cuidado con lo que le pides a Dios», decía. «Podría concedértelo».

Y así fue, Dios me bendijo con los traqueteos y balanceos de la tía Sally. Y no me quedó otro remedio que acostumbrarme, pues al fin y al cabo lo había pedido. Ya me lo había advertido mi abuela.

La tía Sally olía *bieeeeen*. No sabía por qué, pero cuando me acercaba a ella, despedía una exquisita fragancia a rosquilla. A decir verdad, no has olido *nada* hasta que un día aspiras el aroma de una rosquilla cociéndose al horno. Así es como olía la tía Sally.

Y se te hacía agua la boca.

Independientemente de lo pequeño o mayor que seas, ese primer olor a rosquilla, si está bien hecha, te estimulará la saliva.

La tía Sally siempre olía así.

Y yo no sabía por qué.

La abuela dijo que usaba esencia de vainilla como perfume. ¿Qué sentido tenía todo aquello para una niña de cuatro años?

Pues bien, un día la abuela estaba haciendo una tarta en un cuenco grande y

viejo...

La estaba amasando sobre la mesa con un rodillo de madera. Por supuesto, yo no paraba de hablar, preguntándole qué era esto, qué era aquello y qué era lo de más allá, y ella me respondía que esto era esencia de coco; *aquello*, esencia de plátano; y lo *de más allá*, esencia de nuez. Luego dijo: «Esto es esencia de vainilla».

Ahhhhhhhhh...

Aprovechando un descuido, tomé la esencia de vainilla y salí fuera de casa.

¡Acto seguido, me embadurné de arriba abajo con aquella vainilla!

De inmediato se me pegaron miles de mosquitos,

y las moscas me perseguían,

y las abejas, que habían visto a las moscas,

pensaron que sería algo bueno

¡y también acudieron!

A mi pobre abuela le costó lo suyo atraparme, pues calculo que andaría corriendo por toda la casa a *150 km por hora*.

—¡Chiquilla! ¡Eres como un rayo! —dijo.

Luego, me sujetó y me husmeó...

—¡Dios mío! Pero *¿dónde te has metido?* —exclamó.

Intenté explicarle lo que había sucedido.

—Está bien, pequeño desastre; la tía Sally se pone un poquito detrás de la oreja. De este modo no atrae a las moscas y a los mosquitos.

Pues claro que no.

Atraía a los *hombres*.

La tía Sally tuvo cinco maridos. Se casó cinco veces. Yo solo conocí a uno, que era el que tenía cuando era pequeña.

Se llamaba John Wilson.

El abuelo decía que John Wilson debía de ser el hombre más ignorante que Dios había creado.

Y la abuela lo odiaba.

Pero tía Sally estaba encantada con él.

Al principio yo no sabía que aquel hombre tenía un nombre, aunque oía a la gente cuchicheando. Cuando eres pequeño, vas por ahí y oyes un sinfín de cosas. Les oía decir: «Ahí viene la señora Sally con su quinto marido».

Así pues, cada dos por tres oía la palabra «quinto».

Y claro, le llamaba tío Quinto.

Él no sabía por qué. Solía acurrucarme en su regazo y decir: «*Hola, tío Quinto*».

Luego, le comentaba al abuelo: «Jim, no tengo ni idea de por qué esta cría me llama tío Quinto».

Y el abuelo miraba a la abuela y decía: «¿Sabes qué significa?».

Yo quería muchísimo a la tía Sally y al tío Quinto.

El tío Quinto era un poco simple, ya me entienden, pero lo quería igual. Cuando íbamos a la iglesia, la tía Sally entraba primero —yo detrás, intentando caminar como ella— y se sentaba en un banco. El tío Quinto se sentaba en el extremo, ella a su lado, y yo entre la tía Sally y la abuela. El abuelo siempre se sentaba delante.

Alguien pasaba y decía:

—Hola, señora Sally.

—Qué broche más *bonito* lleva.

Y tía Sally sabía de inmediato lo que estaba mirando. Siempre llevaba manga larga, pues tenía unos brazos enormes. Sacaba el abanico de la manga, lo abría y respondía:

—*Muchas gracias, señor Jones, por haberse fijado en mi broche.*

Y mi abuela exclamaba:

—¡Jesús!

Luego, de regreso a casa, decía el abuelo: «Tu hermana es una *descocada*». ¿Cómo podía saber una niña de cuatro años lo que era una descocada? Si se refería a la tía Sally, entonces yo también quería ser una descocada.

Y practicaba: «¡Descocada!, ¡descocada!, ¡descocada!».

Me imaginaba con el aspecto de tía Sally y haciendo lo que hacen las descocadas, cualquiera que fuese su significado. Un día, una señora me preguntó qué quería ser de mayor.

—Quiero ser una descocada como mi tía Sally.

No pude oír lo que decía aquella mujer, pero lo que sí oí fue a mi abuela: «¡*Ahhhhhh!*». Y ¡blam! Cayó al suelo desmayada.

Mi tía Sally estuvo a punto de morir de risa.

Mi abuela me limpió la boca con jabón.

Pero fue en vano.

... Y así terminó todo.

Cómo convertirse en un folclorista

Para los niños mayores (de siete a diez años) nunca está de más un poco de desafío intelectual mientras examinan sus historias familiares. Las actividades de este capítulo les permitirán encasquetarse el sombrero de un folclorista profesional y documentar el amplio anecdotario de su familia en casete, video o utilizando ambos métodos. Nada obliga a realizar esta tarea de un tirón. Es posible que tus hijos decidan convertirla en un

proyecto continuado, consistente en documentar y recopilar historias, anécdotas y frases o expresiones de los miembros de la familia. Sugiereles que lo hagan así. Puede contribuir a mejorar aún más, si cabe, las relaciones interpersonales y a generar una fascinación muy especial por la historia, así como una conciencia del paso del tiempo y de la sucesión de las generaciones. También hará maravillas con su autoestima.

El material que recopilen los niños se puede guardar de formas muy diversas: como si fuera un libro, como un registro permanente en audio o video, o convertirlo en una obra de teatro, un poema o incluso un dibujo. Cualquiera que sea el sistema elegido para reunir la información, no te preocupes demasiado por su presentación. Lo importante es el proceso de *escuchar* historias y *contarlas* a los parientes con su propio estilo narrativo.

Recuerda que las antiguas tradiciones no son lo único susceptible de recopilación. A medida que las familias van creciendo, también lo hacen sus costumbres y sus hábitos, y es esencial reconocer sus valores, independientemente de su edad. Incluso las historias contemporáneas, como la última excursión del abuelo a Kmart o el desastroso intento de la tía Louise de hacer una tarta de cerezas deben formar parte de tu archivo.

Ten presente que la forma de contar la historia es tan importante como la información que contiene. Anima a tus hijos a tomar nota de las expresiones faciales, los gestos divertidos y las inflexiones en los tonos de la voz de las personas a las que entrevistan. Los niños son extremadamente perceptivos en relación con los pequeños detalles y sugerirles que se conviertan en ávidos observadores no solo les proporcionará innumerables horas de ameno entretenimiento, sino que también potenciará su sentido de la responsabilidad.

Equipo

MATERIALES: Casete, cámara de video, *laptop* o papel y lápiz.

OPTATIVO: Cámara fotográfica, fotos viejas, objetos.

Grabar en video, en casete o tomar anotaciones son las formas más habituales y prácticas de recopilar el folclor familiar, aunque cualquiera que sea el método elegido, el contacto cara a cara es fundamental. Si tomas notas a mano o con una *laptop*, procura mantener el máximo contacto visual directo posible con el entrevistado. Si lo estás grabando en video, asegúrate de no estar detrás de la cámara mientras le haces la entrevista. Colócala en un trípode, enfocando a la persona en cuestión, o pide a un amigo o a otro familiar que haga de operador de cámara. Si optas por la grabación en cinta de audio, un pequeño casete provisto de un micrófono omnidireccional te dará buenos resultados. (Si los niños ya tienen una grabadora de casete y están familiarizados con su funcionamiento, es preferible que usen esta). Las cintas de sesenta minutos son muy económicas. No hace falta utilizar una cámara fotográfica, aunque puede proporcionar un

excelente registro de la entrevista y añadir una nueva y divertida responsabilidad a tus hijos.

Cómo realizar una grabación

Las siguientes instrucciones técnicas, extraídas de *A Celebration of American Family Folklore*, de Steve Zeitlin, Ami Kotkin y Holly Cutting Baker, ayudarán a los niños a preparar el proceso de grabación:

- Haz una prueba con antelación para comprobar que todas las voces, la tuya y la del entrevistado, quedan bien grabadas.
- Elimina los ruidos externos apagando el equipo de música, cerrando la ventana y alejándote de las estancias en las que haya gente charlando.
- Diles que pongan la cámara de video o la grabadora de casete donde no moleste durante la entrevista y puedan acceder fácilmente a ella cuando sea necesario (por ejemplo, para cambiar la cinta).

¿A quién deberían entrevistar primero?

La primera persona a la que entrevisten tus hijos debería ser alguien con quien se sientan muy cómodos. Entrevistar no es fácil, aunque en general los niños suelen tener muchísimo éxito con los abuelos.

Las entrevistas más productivas son las que se realizan en un contexto natural, como las cenas familiares, pícnicos, reuniones y vacaciones, que es cuando mejor fluyen las historias. En estas circunstancias, es probable que solo tengas que poner la cámara o la grabadora en marcha y sentarte. Más tarde o al día siguiente sugiereles que relaten por escrito lo que más les haya llamado la atención.

Pide a tus hijos que...

- 1. Empiecen con una pregunta o tema que sepan que inducirá una respuesta completa.** Un buen ejemplo podría ser que el pariente contara algunas de sus historias favoritas. Esto dará confianza al entrevistado respecto a su capacidad de aportar algo de valor a la entrevista.
- 2. Eviten las preguntas cuyas respuestas sean «sí» o «no».** Diles que las sustituyan por preguntas evocadoras que puedan inducir una historia. Los recuerdos del juego en la infancia siempre dan excelentes resultados. Sugiereles que propongan la actividad «Mapas de memoria», descrita con anterioridad en este mismo capítulo, pidiendo al pariente que trace un mapa del lugar en el que solía jugar de pequeño y que cuente los recuerdos asociados a él.

3. **No presionen demasiado para forzar una respuesta.** En ocasiones, ya sea por la debilidad de la memoria, el olvido o el compromiso, los parientes prefieren no revelar algunas cosas de su pasado. Es importante que tus hijos se den cuenta y que sean discretos. Explícales que hay hechos en la vida de una persona que no deben aflorar nunca a la superficie.
4. **Muestren interés.** Asegúrate de que los niños intervienen activamente en la conversación sin dominar. La clave no solo consiste en aprender a hacer buenas preguntas, sino también en saber escuchar con creatividad.
5. **Dejen que el entrevistado se salga por la tangente si lo desea.** El entrevistado podría abordar temas que a los niños no se les habían ocurrido.
6. **No apaguen la grabadora de casete o la cámara de video a menos que se los pidan.** Eso no solo interrumpe la concentración, sino que también hace que el entrevistado tenga la sensación de que lo que está diciendo no es importante.
7. **Usen objetos siempre que sea posible.** Los documentos, cartas, fotografías, álbumes, libros de recortes, películas domésticas y otros enseres familiares pueden ser magníficas herramientas para estimular el recuerdo.
8. **Sean sensibles con las necesidades de sus familiares.** Diles que programen sus sesiones a una hora apropiada. Las personas mayores se cansan con facilidad, de manera que deberían dar por terminada la entrevista al primer signo de fatiga.
9. **Estén preparados por si algún familiar se muestra tímido.** Aunque algunos miembros de la familia se mostrarán ansiosos de ayudar a los niños en su investigación, otros serán más reservados. Protege su intimidad. Asegúrate de que les expliquen cuál es su interés en hacer la entrevista.
10. **Si les dices que borren una cinta o una parte de la misma, lo harán, aunque esto signifique perder una parte importante de la información.** Tampoco deben grabar nunca a escondidas. La sensación de un pariente de que se le ha grabado sin su consentimiento podría perturbar el buen ambiente familiar.

¿Qué tipo de preguntas deberían realizar mis hijos?

Aunque los niños pueden intentar hacer su propio cuestionario, a continuación encontrarás una larga serie de preguntas que les podrían inspirar:

- ¿Cómo era tu casa cuando eras pequeño? ¿Te gustaba vivir en ella? ¿Tuviste una infancia feliz? ¿Tuviste miedo alguna vez?
- ¿Recuerdas alguna situación en la que pasaras vergüenza?
- ¿Tenías algún apodo? ¿Hay apodos en tu familia? ¿Existe alguna tradición de nombre en tu familia? ¿Llevas el nombre de tu padre o de tu madre, por ejemplo?
- ¿Qué sabes de tu apellido? ¿Es español?, ¿italiano?, ¿francés?, ¿africano? ¿Alguna

- vez se cambiaron de apellido tus antepasados? En caso afirmativo, ¿recuerdas alguna historia relacionada con el cambio de apellido?
- ¿Hay cosas de tu historia familiar que desearías saber, pero que nadie te contará jamás?
 - ¿Existe algún personaje excéntrico en tu pasado familiar?
 - ¿Tenías algún amigo íntimo de pequeño?
 - ¿Tenías algún modelo de rol de pequeño? ¿Y ahora?
 - ¿Cuál era tu afición preferida cuando eras pequeño? ¿Y ahora?
 - ¿Cómo se conocieron y se casaron tus padres, abuelos y otros parientes?
 - ¿Tu padre o tu madre tuvieron algún primer amor que les hizo añicos el corazón? ¿Rompieron el corazón de otras personas que se habían enamorado de ellos?
 - ¿Existen acontecimientos históricos que influyeron en tu familia? Por ejemplo, ¿cómo sobrevivió tu familia a la Guerra de Secesión? ¿Y a la Gran Depresión de los años veinte? ¿Y a la Segunda Guerra Mundial? ¿Y a la Guerra de Vietnam? ¿Tus padres son estadounidenses o extranjeros?
 - ¿Qué expresiones se utilizan en tu familia? ¿Tuvieron su origen en algún incidente particular? ¿Alguno de tus parientes era famoso por sus expresiones divertidas?
 - ¿Cómo se celebraban las fiestas en tu familia? ¿Cuáles eran las fiestas más importantes?
 - ¿Tu familia tenía su propia fiesta exclusiva?
 - ¿Había algún objeto en tu familia que haya pasado de generación en generación? ¿Cuál?
 - ¿Cuáles son los principios rectores en tu vida?
 - Tratando con los demás, ¿qué cosas importantes has aprendido?
 - Cuando estás triste, ¿en qué te gusta pensar?
 - ¿Qué es lo que te hace sentir más feliz?
 - ¿Hay algo que te enseñaran tus padres y que ahora puedas transmitirme a mí?
 - ¿Cuál es tu mayor deseo?

Adopción

A menudo, los niños adoptados consideran a sus padres adoptivos como sus únicos padres, y habría que animarlos a explorar las raíces de su familia adoptiva a través de sus historias. Sin embargo, algunas situaciones de adopción pueden ser delicadas, sobre todo cuando el pequeño se muestra afectado por su propia situación. Una forma de enfocar la cuestión consiste en sugerirle que intente trabajar con una familia ficticia, tal vez extraída de un libro, película o serie de dibujos animados, mientras intenta realizar algunas de las actividades de este capítulo, o se proyecta en el futuro, en lugar del pasado, como en la

actividad siguiente.

La cápsula del tiempo. Ayuda a tus hijos adoptados a establecer sus propias tradiciones familiares animándolos a viajar al futuro. Imagina que es el año 2050. Pídeles que describan cómo han cambiado las cosas desde que eran pequeños y vivían en su casa. ¿Dónde viven ahora? ¿Qué clase de familia tienen? ¿Cómo es su barrio? ¿Qué tradiciones siguen? Sugiere a otros miembros de la familia que hagan lo mismo.

También deberías contarles historias acerca de otros niños adoptados como los tuyos. Resulta muy reconfortante saber que otros han pasado por la misma experiencia y han conseguido superar todas las dificultades.

Bibliografía sobre la literatura de la adopción

En las páginas de [Bibliografía sobre la literatura de la adopción](#) figuran algunas de mis historias favoritas y una página web relacionada con las cuestiones de la adopción.

III

SONRISAS, RISITAS Y CARCAJADAS

Cómo leer historias a los niños

Los libros son la protesta del hombre frente a lo irracional..., el ideal del hombre frente a lo real del mundo..., la revelación del Dios que habita en él.

JOHN COWPER POWYS, *The Enjoyment of Literature*

Cada verano, cuando los grillos se congregan en el jardín para celebrar su reunión anual y oigo los lejanos carillones del vetusto y oxidado camión de los helados, me siento transportada al barrio de mi juventud. Mi primo y yo, que vivíamos bastante cerca, nos pasamos la infancia subiendo y bajando la colina que separaba nuestros respectivos hogares. Por la tarde, jugábamos en el patio trasero, dando brincos durante horas mientras nos refrescábamos con el aspersor, y por la noche me quedaba a dormir en su casa.

Han transcurrido treinta años desde aquella época en la que ambos permanecíamos despiertos toda la noche riendo y chismorreando, pero algunos recuerdos no se desvanecerán jamás: las sábanas estampadas con motivos florales en la cama de la habitación de invitados en la que siempre dormía; los cuencos blancos de cereales con copos de avena y germen de trigo que nos aguardaban a la mañana siguiente, y la extraordinaria fascinación que sentíamos cada vez que mi tía Blanka nos leía un cuento antes de apagar la luz.

Mi tía solo nos leía libros del doctor Seuss. En realidad, no recuerdo que hubiera otros libros, exceptuando estos, en el dormitorio de mi primo. Pero lo cierto es que no nos importaba escuchar *The Cat in the Hat* [El gato en el sombrero] o *Green Eggs and Ham* [Los huevos verdes con jamón] una y otra vez. Al final, nos aprendíamos los versos de memoria y los recitábamos juntos. La repetición era una actividad muy reconfortante para mí, como un viejo amigo cuyo comportamiento siempre resultaba predecible, pero que nunca me aburría. No obstante, aquellas noches de lectura en voz alta eran mucho más que un simple entretenimiento. Nos estimulaban la imaginación, nos proporcionaban un lenguaje divertido y nos obsequiaban con una historia maravillosa. También nos enseñaban que había un mundo más allá del patio trasero de la casa y que las

posibilidades de la vida eran infinitas.

Con *The Cat in the Hat* aprendimos a olvidarnos del cinismo al aceptar la idea de peces de colores que bailaban, cometas que se escapaban y volaban *motu proprio* y dos hombres de pelo azul llamados Cosa Uno y Cosa Dos. Era estupendo poder expresarnos a nuestras anchas con enormes sombreros desmadejados, palabras sin sentido y máquinas de vapor mágicas, pero también aprendimos que cada elección acarrea una consecuencia. Correr como un loco es muy divertido, pero tener que ordenar el caos provocado ya es más complicado.

Sería magnífico transmitir oralmente todas nuestras historias a nuestros hijos, pero para aquellos que aún no se hayan planteado el modo de acceder a ellas o de compartirlas, la *lectura* puede ser una fórmula muy apropiada. Leer en voz alta a los niños contribuye a desarrollar su vocabulario, mejora las técnicas de lectura y escritura, estimula la creatividad y crea vínculos afectivos entre los adultos y los niños. La Comisión de Lectura, fundada por el Departamento de Educación de los Estados Unidos, señalaba que leer en voz alta era la actividad más importante para sentar las bases del éxito futuro. Algunos científicos incluso han asociado el incremento de la actividad cerebral en los niños en el útero a la lectura en voz alta durante el embarazo. Sin embargo, la lectura en voz alta también tiene otros beneficios más profundos que casi nunca suelen ser objeto de estudio por los investigadores. Escuchar historias modela nuestra vida y nos ayuda a encontrar un sentido a nuestras experiencias pasadas y presentes, al mismo tiempo que nos permite imaginar posibilidades para nuestra existencia en el futuro. Daniel Taylor, profesor inglés y autor de *The Healing Power of Stories*, sugiere que la capacidad de vernos como algo más y mejor de lo que somos en la actualidad depende de nuestra capacidad de inventar historias. La posibilidad de visualizar y crear historias futuras en las que nuestra vida sea más rica y esté más llena de significado deriva del poder de la imaginación.

Este capítulo no pretende desarrollar y potenciar las técnicas de lectura de los niños, sino su capacidad de inventar historias. Si consigues crear un hogar rico en historias, estarás construyendo un marco de un inapreciable valor en el que puedan vivir tus hijos. Les estarás ofreciendo las líneas maestras para emular, los héroes a quienes imitar y los villanos con los que comparar sus valores, y los ayudarás a ver su vida en perspectiva. Según Jim Trelease, autor de *The Read-Aloud Handbook*, llenar la cabeza de tus hijos con historias basadas en las experiencias de otras personas les incita a decir: «¡Vaya! Eso mismo me sucedió a mí. Así pues, no estoy solo».

Un niño nunca es demasiado pequeño para leerle un cuento en voz alta. Al igual que le hablas a tu niñita recién nacida con la esperanza de que te entienda, eres libre para leerle cuanto se te antoje. El sonido de tu voz, la expresión de tu rostro y tu presencia son beneficiosos cualquiera que sea la edad del niño.

Preparación para leer en voz alta

Antes de empezar a leer, deberías tener en cuenta algunas cosas:

- 1. No caigas en la tentación de enseñar.** Recuerda que de lo que se trata es de compartir una historia con tus hijos, no de que aprendan a leer mejor. Espera a que el aprendizaje se produzca de un modo natural, dejando que sean ellos mismos quienes solucionen el problema. Es muy importante no interrumpir una historia para formular una pregunta instructiva como: «Esta historia transcurre en Miami. ¿Recuerdas dónde está situado Miami en el mapa?». Nos hemos acostumbrado tanto a las verdades de los hechos que hemos olvidado que, en el mundo de los cuentos, las verdades emocionales desempeñan una función esencial. Si interrumpes la historia para canalizar información externa, cortas la conexión emocional de los niños con los personajes y la acción. Esto no significa que no tengas que responder a las preguntas que puedan hacerte mientras lees, pero déjales espacio para analizar la historia a su manera y para que extraigan sus propias conclusiones y observaciones.

Si niegas a tus hijos la libertad para encontrar un significado a las historias por sí mismos, tú también saldrás perjudicado. El precio que pagas es un niño aburrido, indiferente o, incluso peor, un niño profundamente resentido con los límites que pones constantemente a su libertad. Y lo que ocurre entonces, a mi modo de ver, es que el niño conserva ese resentimiento, como un pepinillo en vinagre, en forma de autoconmiseración.

CHASE COLLINS, *Tell Me a Story*

- 2. No te preocupes demasiado por el contenido de la historia.** Mi filosofía consiste en cambiarlo si no te gusta. Si la redacción de un libro concreto no es lo bastante rica para mí, la adorno con adjetivos. Si una historia tiene un personaje desagradable, lo hago más digno, quizá con el tono de voz o modificando su línea argumental. Los libros de historias son simples esqueletos. El embellecimiento y los giros que les des al leerlas crearán el cuerpo del relato.

Tal vez te guste el uso del lenguaje y el ritmo de un autor determinado, y tengas la sensación de que si lo cambias destruirás la integridad de lo escrito. Si es así, no lo hagas —sería absurdo modificar algo que te satisface—, aunque podrías adoptar otro enfoque: leer varias veces el libro exactamente como está escrito, hasta que tus hijos se familiaricen con la versión original. Luego, anúnciales un poco de diversión con las siguientes palabras: «Me encanta este libro, pero creo que la historia podría terminar de otro modo. ¿Qué les parece si lo reescribimos usando el lenguaje y el ritmo del autor?».

Muchos libros tienen buenos argumentos pero están mal desarrollados. En ocasiones, puede ser muy divertido conservar el argumento y cambiar la forma de narrarlo. Cuando se trata de contar cuentos, no existen vacas sagradas.

Jacob B.

3. Conviértelo en una experiencia participativa. Antes de empezar a leer, implica a tus hijos en la historia sugiriéndoles que se pongan su sombrero imaginario de cuentacuentos y respondan a sus creaciones.

«¡Caramba! ¡Tu sombrero tiene una enorme pluma que cuelga y te hace cosquillas en la nariz!», podrías decir. O también: «¡Fíjate! Te has puesto una corona. ¿Eres el rey del barrio?». Aprovecha la menor oportunidad para provocar sonidos, voces e ideas en los niños mientras lees.

4. No leas demasiado deprisa. Una de las razones por las que me gusta tanto asistir a las producciones teatrales británicas de Shakespeare es que se toman todo el tiempo del mundo para pronunciar cada palabra. Se alargan, se entretienen y se muestran extraordinariamente indulgentes con la riqueza del lenguaje. Leer poco a poco no disminuye la diversión de tus hijos, sino que, por el contrario, cuanto más tiempo tardes, más capaces serán de visualizar la historia. ¿Te apresuras a pasar por delante de la Mona Lisa, en el Louvre, o te dedicas a examinarla con calma? Considera el lenguaje escrito como si de un retrato visual se tratara. Cada palabra crea una nueva pincelada y una nueva imagen que los niños tienen que absorber. Es, pues, preferible quedarse a medio libro, tomándose el tiempo necesario para responder a sus preguntas y disfrutando del lenguaje y los personajes de la historia, que leerlo apresuradamente para poder terminarlo.

5. No pases las páginas demasiado deprisa. ¡¡¡Poco a poco!!! Se requiere muchísimo tiempo para que tus hijos digieran todo lo que hay en una página. Es posible que hayas terminado de leer un pasaje relativo a un gallo rojo que cruza una carretera, pero ellos aún estarán visualizando la línea blanca discontinua que divide los dos sentidos de la marcha, la pluma que se le cayó, el Jeep que se aproxima a toda velocidad, el niño que lo está viendo todo desde el ángulo derecho de la ilustración y el manzano que le da sombra. Una forma de comprobar que no estás corriendo demasiado consiste en pedirles que sean ellos quienes pasen las páginas. Así, participarán activamente en el proceso de contar historias y las pasarán cuando hayan digerido todo lo que querían ver.

6. No uses un libro como amenaza. Sigue la sugerencia de Jim Trelease de leer en voz alta y evita decir cosas como: «¡Si no ordenas el dormitorio, esta noche te quedarás sin cuento!». Cuando tus hijos descubran que has convertido el libro en un arma, cambiarán su actitud positiva por otra negativa respecto a los libros.

7. **Procura no leer historias que no te gusten.** Los niños advertirán tu desagrado aunque intentes disimularlo.
8. **Asegúrate de que todos ven las ilustraciones por igual.** «¡Él puede ver los dibujos mejor que yo!», es una frase muy familiar para cualquiera que lea en voz alta a dos o más niños pequeños. Evítala desde el principio colocándote a la misma distancia de uno que de otro; si es posible, entre ambos.
9. **Si tus hijos se llevan más de tres años, léeles por separado.** Aunque la vida sería mucho más sencilla si pudieras leer el mismo libro a todos tus hijos a un tiempo, cuando la diferencia de edad sea sustancial no tendrás más remedio que combinar tus sesiones de lectura en voz alta. De lo contrario, o el mayor se aburrirá o el más pequeño perderá los estribos. Desafiar a los niños es bueno, pero frustrarlos no. Dedicar el tiempo adicional necesario y lee a cada niño un libro apropiado para su edad.
10. **No dejes de leer en voz alta a tus hijos cuando aprendan a leer.** La lectura en voz alta se debería prolongar durante el máximo tiempo posible, incluso hasta después de que los niños hayan aprendido a leer. Además de potenciar sus técnicas verbales y matemáticas, establecerás un vínculo muy especial con ellos.

Estoy convencida de que mi pasión por los libros tuvo su origen en las historias que me leía papá cuando era una niña; historias de romanos, israelitas, griegos, que a mí me encantaban. Ahora, como editora de libros, siento como si hubiera regresado a mi primer amor. He vuelto a casa.

Julia S.

Cómo conseguir que las historias escritas sean más divertidas

Embellecimiento del texto

No temas adornar los textos, tanto si se trata de simples canciones de cuna como de voluminosos libros de historias o de cuentos. Si estás leyendo *Jack y Jill*, tal vez el *pelirrojo* Jack y la *pecosa* Jill subían por la colina saltando y brincando para llenar de agua la cubeta que llevaban, de un precioso color *amarillo brillante*. Quizá *galopaban* por la colina *saltando* y *brincando* para llenar de agua la cubeta que llevaban, de un precioso color *amarillo brillante*. Quizá galopaban por la colina montados en un brioso corcel, o quién sabe si Jack *tiraba* de Jill en su nuevo carrito rojo.

Si tienes la impresión de que el ritmo de la historia se lentifica demasiado a causa de la multiplicidad de adjetivos, prueba con algunos verbos de adorno, que mantendrán el movimiento de la acción. Por ejemplo: «Jack y Jill *corrían alocadamente* colina arriba

para llenar una cubeta de agua, cuando Jack se cayó y rodó y rodó y rodó por la pendiente. Poco después, Jill llegó hasta él tambaleándose».

Mejora las descripciones generales

Muchas palabras no transmiten el mensaje correcto a los niños pequeños porque estos aún carecen de la experiencia de la vida que les permite crear imágenes. Si una historia describe a uno de los personajes como «feliz», ve más allá. Hazlo tan feliz que «bailaba y cantaba en el jardín». Si un personaje es alto, hazlo tan alto que «cuando se puso en pie, se dio un coscorrón en la cabeza con el árbol del patio». No utilices única y exclusivamente las ilustraciones para crear una imagen visual para tus hijos. Usa términos descriptivos y frases adicionales para generar una historia multicolor y multidimensional.

Por ejemplo, en el *Lyle, Lyle, Crocodile*, de Bernard Waber, el texto dice lo siguiente:

Esta es la casa. La casa de la calle 88 Este. El señor y la señora Primm y su hijo Joshua viven en la casa de la calle 88 Este. Y también Lyle. Escucha: ¡SWISH, SWASH, SPLASH, SWOOSH! Ese es Lyle..., Lyle el cocodrilo.

Adornándolo un poco, el texto podría quedar así:

Esta es la casa. La casa alta y de piedra marrón de la calle 88 Este en la ruidosa y ajetreada ciudad de Nueva York. El señor y la señora Primm, que eran delgados como el regaliz, y su hijo, un niño de pelo ensortijado y risita nerviosa llamado Joshua, viven en la casa de la calle 88 Este. Y también Lyle. Escucha: ¡SWISH, SWASH, SPLASH, SWOOSH! Ese es Lyle..., Lyle el cocodrilo.

Personaliza las historias

Una de las mejores formas de atraer la atención de tus hijos hacia la historia que estás leyendo consiste en relacionarla con su vida. Intenta embellecerla con descripciones que reflejen su devenir cotidiano. Veamos un ejemplo:

Esta es la casa. La casa de la calle 88 Este. El señor y la señora Primm, a los que les encanta llenar su hogar de (nombra algunos objetos que haya en tu casa), y su hijo Joshua, que colecciona (enumera varios objetos que también coleccionen tus hijos), viven en la casa de la calle 88 Este. Y también Lyle. Escucha: ¡SWISH, SWASH, SPLASH, SWOOSH! Ese es Lyle..., Lyle el cocodrilo.

Una vez más, si te preocupa la posibilidad de destruir la integridad de un libro cambiando su lenguaje, primero léeles el texto original y luego diles que intentarás embellecerlo para que se diviertan más. A los niños les encanta convertir una historia en algo propio.

Embellece las historias rimadas

Si te gusta el aspecto rimado de una historia y no quieres cambiarlo, puedes adornar la rima. Aprovecha la menor oportunidad para desviarte sin interferir en la trama. Un truco que siempre utilizo al buscar formas de embellecer los textos consiste en crear listas, aunque algunos textos se prestan mejor que otros a esta fórmula. Te mostraré un ejemplo de cómo se pueden usar las listas para adornar una historia rimada, en este caso *The Cat in the Hat*. El texto dice literalmente lo siguiente:

- Conozco algunos juegos a los que podríamos jugar —dijo el gato.
- Pues yo sé algunos trucos nuevos —dijo el gato en el sombrero.
- Muchísimos trucos divertidos. Te los voy a enseñar.
 - »A tu madre
 - »no le ha de importar.

Ahora adornaremos el texto insertando una lista de juegos y de trucos a los que el gato podría jugar:

- Podríamos jugar a las cartas o podríamos jugar a «corre que te alcanzo».*
- Podríamos construir títeres con un cepillo.*
- Podríamos ir a patinar o navegar en un barco de vapor.*
- Podríamos salir a jugar cuando haga más calor.*

O, mejor aún, sugiere a tus hijos que hagan sus propias rimas. Por ejemplo, cuando Cosa Uno y Cosa Dos hacen volar una cometa por la casa y chocan con todo lo que hay a la vista, pregúntales: «¿Qué otras cosas volaron por la estancia?». Inicia la frase y pídeles que la completen rimando:

- Vimos el sombrero de papá.*
- Y también vimos _____*
- Vimos el coche de mamá.*
- Y también vimos _____*

Sugerencias para embellecer las historias

- 1. Diles que hagan efectos de sonido.** A los niños les encanta participar y les gusta mucho hacer sonidos con cualquier excusa, tanto de personas como de animales y objetos inanimados. Si les das la oportunidad, conseguirás atraer su atención y harás que se sientan participantes activos en el proceso de contar cuentos.

No te limites a los sonidos evidentes, como el «be» de una oveja o el «shhh» del viento; busca sonidos en lugares en los que normalmente no lo harías. ¿Cómo

sonaría un lápiz violeta mientras describe círculos en el aire en *Harold and the Purple Crayon*? ¿Qué sonido haría una carroza de calabaza mientras se dirige a casa después del baile en *Cenicienta*? ¿Cómo serían los ronquidos del centenario *Rip Van Winkle*?

- 2. Implícate en la historia.** Implicarse físicamente en una historia es una forma maravillosa de fomentar la participación de tus hijos, siempre que establezcas los límites. Si estás al aire libre, podrías dejar que se desahogaran a sus anchas, pero la hora de la lectura casi siempre transcurre en los momentos más tranquilos del día, como al acostarse, y lo último que deseas es que se entusiasmen y se despejen demasiado cuando de lo que se trata es de que se duerman.

Así pues, ¿cómo puedes lograr que se impliquen físicamente en la historia sin moverse de sitio? Veamos algunos trucos que dan tan buenos resultados que parecen mágicos. Si un personaje de la historia salta, agacho la cabeza y vuelvo a subirla con un «¡heyyyy!»). Si alguien conduce un automóvil, tomo el volante y finjo dar un giro brusco, inclinándome a un lado. Limitar físicamente a los niños durante una sesión de lectura en voz alta no aplacará su entusiasmo. Por el contrario, cuanto menos espacio tengan para moverse, más trabajará su imaginación y más capaces serán de concentrarse en la historia. Analicemos un pasaje de *The Snowy Day*, de Ezra Jack Keats:

Una mañana de invierno, Peter se despertó y miró por la ventana. Había nevado durante la noche. Un manto blanco lo cubría todo hasta donde alcanzaban sus ojos. Después de desayunar se puso el abrigo y salió corriendo al jardín.

He añadido varios movimientos corporales y algún que otro detalle para mostrarte cómo puedes incorporar una dimensión física a la historia:

Una mañana de invierno, Peter se despertó...

Di a los niños: «Simulen que están durmiendo y que se despiertan al oír la alarma del reloj. ¿Listos? ¡¡¡Riiiiiiiiiiiiing!!!!».

... y miró por la ventana.

Simulen que abren las cortinas y echan un vistazo al exterior.

Había nevado durante la noche. Un manto blanco lo cubría todo hasta donde alcanzaban sus ojos. Después de desayunar...

Añade: «... un desayuno que consistió en un plato de cereales (finge que comes cereales), plátanos (pela un plátano imaginario y arroja la cáscara por encima del hombro para que sea más divertido) y un vaso de leche («glup, glup, glup», dices,

mientras te lo bebes)».

... se puso el abrigo y salió corriendo al jardín.

Puedes seguir elaborando el tema pidiendo a tus hijos que te den el abrigo imaginario. Cuando lo hayan hecho, diles: «¡Esto es un pañal, no un abrigo!». Espera a que te den otra cosa y di: «¡Esto es una hamburguesa, no un abrigo!», etc. También pueden simular que son Peter intentando ponerse el abrigo. Quizá le quede demasiado estrecho o tal vez antes había pertenecido a un elefante y le cuelgan los hombros y las mangas, y lo arrastra por el suelo.

- 3. Modula la voz.** Los mínimos cambios en la voz pueden provocar un estallido de risas durante las lecturas nocturnas. Intenta modularla según los personajes y los incidentes que acontecen en la historia.

¿Por qué no alargas las palabras cada vez que a Pinocho le crece la nariz o bajas la cabeza, bostezas y lees con más lentitud cuando Winnie Pooh empieza a quedarse dormido? Recuerda que existen más formas de cambiar la voz que simplemente subir o bajar su tono. Intenta leer un pasaje de un libro como si fueras de otro país o imitaras a un famoso personaje de la televisión.

Mi padre era un inmigrante de Italia, pero en realidad no tenía acento extranjero ya que llegó a los Estados Unidos siendo muy pequeño. Pero de niña, cuando me leía cuentos, asomaba un poco la cadencia de su lengua italiana, y eso me encantaba. Entonces tenía la verdadera sensación de saber dónde estaban mis orígenes.

LISA T.

- 4. Presta atención a la velocidad y al ritmo.** Otro truco que usan todos los cuentacuentos profesionales es la variación del ritmo. En uno de mis espectáculos tuve que hacer frente al problema de mantener la atención de la audiencia. El material era bastante serio y algunos pasajes del monólogo resultaban realmente aburridos. ¿Qué podía hacer para que los niños se concentraran en mi trabajo y dejaran de distraerse?, me preguntaba. Busqué un fragmento del monólogo que reflejara un cambio en mi estado de ánimo e incrementé considerablemente el ritmo del recitado. La repentina aceleración, acompañada por la elevación de la voz, captaron de nuevo su atención.

Acelerar o lentificar durante la lectura puede ser una herramienta muy poderosa para captar la atención de tus oyentes, aunque solo es eficaz si usas con moderación los cambios de ritmo. Elige los pasajes en los que tenga sentido hacerlo, como en el caso de las variaciones en el estado de ánimo de un personaje; durante cualquier tipo de movimiento, como un viaje en coche, tren o avión; o durante el periodo de relax de un personaje, como cuando está durmiendo u

holgazaneando. Cambiar el ritmo no solo excitará a tus hijos, sino que también evitará que se aburran, sobre todo si es la enésima vez que les lees la misma historia.

- 5. Emplea los silencios.** Lo que más me costó dominar como cuentacuentos fue el uso del silencio. Cuando estás sola en el escenario, ¡tu instinto te impulsa a decir algo! Pero la experiencia me ha enseñado que al contar una historia, el silencio puede ser más importante que las palabras.

Para el profesional, el silencio no es una simple ausencia de palabras, sino que puede denotar tristeza, dolor, miedo, bienestar o triunfo. Se puede emplear para magnificar la frase que se está a punto de decir o para subrayar la anterior. Incluso se puede convertir en una especie de latido que pone fin a un ritmo.

Los cuentacuentos profesionales usan el silencio para manipular a su audiencia, y tú deberías hacer lo mismo. Elige un fragmento del texto sobre el que quieras llamar la atención y, en lugar de leerlo como de costumbre, haz una pausa de algunos segundos antes de seguir adelante. Si lo que deseas es crear *suspense*, mira fijamente a los niños durante el silencio. Los resultados son asombrosos.

- 6. Interpreta la historia.** No hay nada que guste tanto a los niños como representar las historias. Empieza a leer y, cada vez que introduzcas un nuevo personaje, pide a tu hijo que lo interprete, haciendo exactamente lo que dice la historia. Si es el Grinch de *How the Grinch Stole Christmas!* [¡Cómo el Grinch robó la Navidad!], sugiérele que esconda sus tesoros, que ría codiciosamente y que barra desesperadamente el suelo en busca de monedas. No te preocupes si se agotan los personajes. Pide a los niños que representen objetos inanimados, como el sol, la luna, un árbol o incluso una silla. Cualquiera que sea el objeto, persona o animal, hará las delicias de los pequeños.
- 7. ¡Canta!** Una noche, en lugar de leer, intenta contar a tus hijos una historia muy conocida cantando, o diles que sean ellos quienes lo hagan. ¿Cómo recitaría Madonna *Donde viven los monstruos*, de Maurice Sendak? ¿Y Michael Jackson? ¿Y el cantante de ópera Plácido Domingo? Se divertirán muchísimo.
- 8. Sustituye algunas palabras.** Si ya has leído muchas veces un determinado libro y los niños se saben el texto de memoria, intenta sustituir algunas palabras por otras. Por ejemplo, podrías leer: «Jack y Jill subían por la colina para llenar una cubeta de *limonada*». Te corregirán de inmediato y se reirán. Es una forma excelente de atraer su atención y de desarrollar su capacidad de escucha.

Tal vez te preguntes: ¿puedo aplicar esta actividad a otros tipos de historias? La sustitución de palabras es ideal en el caso de relatos demasiado violentos, terroríficos o que emplean un lenguaje desfasado. Pon el término que consideres oportuno en lugar de la palabra real. O, mejor aún, si encuentras una palabra o

una frase que no te satisface, sugiere a tus hijos que la sustituyan por otra mejor.

9. **Invitados.** Si tienes invitados en casa, averigua si a alguno de ellos le interesa leer un cuento a tus hijos. A los niños les encanta oír las mismas historias contadas por voces y entonaciones diferentes, y los abuelos, hermanos mayores o amigos de la familia pueden aportar una suculenta variedad a las sesiones de lectura en voz alta.
10. **Emplea casetes de audio o CD.** Aunque las historias grabadas nunca podrán competir con una lectura en vivo, pueden introducir a tus hijos en una amplia gama de estilos y tradiciones de cuentacuentos. Puedes utilizarlas en los viajes en coche, después o durante la cena, antes de ir a la escuela o a la hora de acostarse. Escuchar a otros cuentacuentos en cinta constituirá una experiencia muy agradable para los niños y un respiro para ti.

Mi pequeño Jesse tenía dieciséis meses la primera vez que oyó *Pedro y el lobo*. La música le encantó. Permaneció en silencio, inmóvil, excepto para acurrucarse en mi regazo y protegerse del lobo que se acercaba por el bosque para devorar al pato, al pájaro y a Pedro de un solo bocado.

Solo tenía que esperar junto al equipo de música y él corría hacia mí y se abrazaba a mi pierna: «¡Peo obo! ¡Peo obo!». De acuerdo, de acuerdo. Y yo pulsaba el botón verde. Los altavoces aullaban y yo cargaba en brazos a Jesse. Siempre nos colocábamos igual: me sentaba en el sillón, y él, a horcajadas sobre mis piernas, escondía los brazos entre mi estómago y el suyo, y presionaba su mejilla en mi pecho. Y no se movía ni hacía ruido desde el principio hasta el final, excepto cuando el repentino cambio de la partitura lo hacía gritar: «¡Viene obo!».

Una tarde no pude sentarme y escuchar el cuento con él. Clavó la mirada en los juguetes esparcidos por el suelo de la cocina. «Meno», dijo. «Oiré con mi ovejita». Agarró la oveja y se la puso debajo del brazo. «¡Mi perro, mi cocodrilo!». ¡Sí, también el feroz cocodrilo! Se sentó en el sillón y se acurrucó contra el mullido apoyabrazos, con la oveja a un lado, el perro junto a ella y el cocodrilo en su regazo. Y desde aquel día, cuando quería oír *Pedro y el lobo*, recogía a sus tres amigos y los colocaba siempre en esa posición.

En una ocasión, lo vi susurrarle a la oveja. Se dio cuenta de que lo miraba. «Los potejo», explicó. Estaba desempeñando mi rol. ¡Vaya triunfo en su pequeña y corta vida!

FRAN SNYDER, madre de Anna, de ocho años,
y de Jesse, de seis

Puedes hacer tus propias grabaciones. Lee en voz alta los cuentos favoritos de tu hijo y grábalos en un casete. Si lo deseas, incluso podrías añadir música de fondo. De este modo, el niño no se sentirá tan solo si tienes que ausentarte.

La pasada Semana Santa estuve diez días en Argentina, de manera que preparé para mis hijas una cinta con una historia de Pascua para cada uno de los diez días en que iba a ausentarme. No olvidé nada, desde la Última Cena hasta el Domingo de Resurrección. Cuando terminaba de leer un relato, preguntaba: «¿Ya están en la cama?». Las imaginaba respondiendo:

«Sí, mami». Lo mejor de todo fue cuando, a mi regreso, mi hija Beatrice dijo: «Perdona, mami, pero olvidé escuchar el cuento el jueves por la noche». Lo que significaba que no lo había necesitado para dormirse. Se sentía segura. Y yo realmente satisfecha.

SARAH FERGUSON, Duquesa de York,
en la revista *Working Woman*

11. Elige tu propio final. Lee las primeras líneas de un cuento que tus hijos sepan de memoria. Luego cierra el libro e inventa el resto de la historia con ellos.

¿Qué sucede si a mi hijo no se le ocurre nada
para añadir a la historia?

La paciencia es el ingrediente básico en todos los ejercicios. Si le pides que invente el final de un cuento y no es capaz de concebir nada, da por sentado que prefiere guardarlo en secreto. Si le preguntas qué sombrero imaginario lleva puesto y responde: «No lo sé», considera que se trata de un sombrero NO LO SÉ, de manera que cuando alguien le haga una pregunta mientras lo siga llevando, tendrá que responder: «No lo sé». Otra alternativa consiste en aportar ideas. Por ejemplo, en lugar de pedirle que invente un final para un cuento, sugiérole que diga una palabra. Si luego la usas para encadenar el argumento, por muy primitiva o compleja que sea, le estarás dando tu aprobación, aunque de una forma extremadamente sutil. Dejar que los niños aporten sus propias ideas obra milagros en su autoestima, así como en su imaginación.

¿Qué sucede si mi hijo se empeña en pedir
la misma historia una y otra vez?

Es imposible adivinar por qué los niños prefieren un determinado cuento en lugar de otro. Puede que se identifiquen con un personaje o con una línea argumental; quizá sea un método muy personal de procesar nueva información o de revivir y clasificar sucesos en su memoria; o quién sabe si simplemente les atrae la repetición y los reconforta, como si se tratara de un mantra de meditación. De lo que no hay duda es de que tus hijos siempre pedirán una y otra vez determinadas historias.

¿Qué debo hacer para seguir interesado en un cuento
que ya he contado veinte veces?

Hay dos cosas que suelo recomendar a los padres. La primera consiste en elegir historias que les fascinen tanto que el hecho de leerlas cuatrocientas veces no les suponga una

tortura. También deberías disponer de un buen arsenal de libros entre los que escoger para que cuando el niño diga: «¿Y si vuelves a leerme *The Cat in the Hat?*», puedas replicar: «¿Y qué te parecería *Green Eggs and Ham?*». Pero supongamos que insiste con *The Cat in the Hat*. ¿Qué ocurre si, sugieras lo que sugieras, sigue obsesionado con una historia que has leído hasta la saciedad? ¿Cuál debería ser tu actitud? Armarte de sugestión e imaginar por todos los medios que es uno de tus relatos favoritos, el libro más interesante que hayas leído jamás. Lo creas o no, antes de que te des cuenta, te gustará.

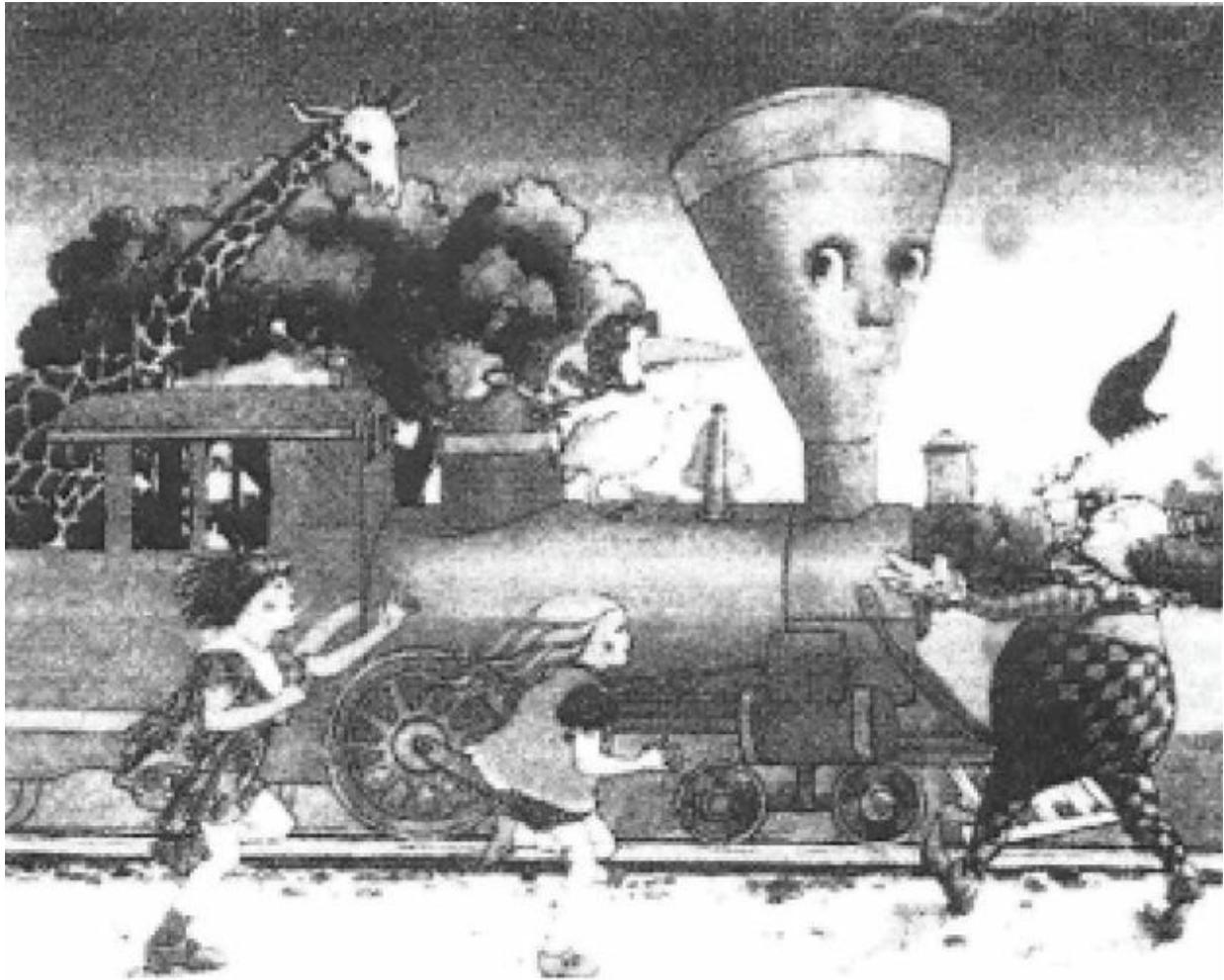
Sin embargo, es importante recordar que a veces los niños usan los libros como mantas de seguridad. Jim Trelease señala en *The Read-Aloud Handbook* que «un niño puede recordar perfectamente que la noche anterior su madre leyó *Buenas noches, luna* antes de abandonarlo en la oscuridad, que se las arregló para llegar sano y salvo hasta la mañana siguiente y que nada truculento asomó por la ventana para sacarlo de la cama y llevárselo hasta lo más recóndito del bosque, de manera que la noche siguiente y también la sucesiva continuará pidiendo el mismo cuento como si fuera una especie de póliza de seguro». Además, los niños pueden pedirte que les leas millones de veces un mismo pasaje como una fórmula para llegar a comprenderlo, en lugar de interrumpirte y pedirte que se lo expliques.

Cómo sacar el máximo partido de las ilustraciones

En una imagen hay mucho más que lo que ven los ojos. Detrás de cada ilustración se esconden mil historias, y son ustedes —tú y tus hijos— quienes deben encontrarlas. A partir de hoy. Considera cada uno de los objetos que componen una ilustración como su escondrijo y trata de sacarlas a la superficie.

En la ilustración de la página siguiente, extraída de *The Little Engine that Could* [La pequeña locomotora que sí pudo], podemos ver una jirafa, un payaso, un pato, algunas muñecas bailando y una locomotora de vapor. También hay árboles y matorrales a lo lejos, y algunas estrellas centelleantes en el cielo. Cada objeto tiene una historia que contar, y su perspectiva podría aportar nueva luz al relato.

¡Entra en la ilustración! Sugiere a tu hija que se convierta en un objeto de la imagen, como por ejemplo el vestido de una de las muñecas danzarinas, y pídele que describa su vida. Di a tu hijo que se convierta en una de las orejas de la jirafa o en el pico del pato y que describa sus hábitos cotidianos y las cosas que oye.

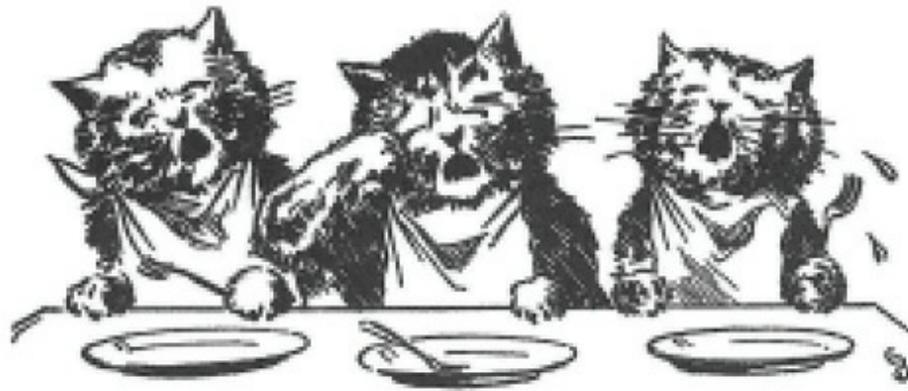


¡Vuelve a contarlo! Vuelve a contar *The Little Engine that Could* desde las diferentes perspectivas de cada uno de los personajes que aparecen en la ilustración. ¿Cómo lo leería el payaso?

Cambia la historia. Crea una historia completamente nueva a partir de la ilustración. Inventa un cuento diferente añadiendo alguna frase por turnos. Primero tú, luego tu hijo, después tu hija, etcétera.

El juego de las ilustraciones. Cuenta la historia que se oculta detrás de las ilustraciones de la página de la derecha.

El artista que hay en ti. Lee un cuento a tu hijo sin mostrarle las ilustraciones, sugiriéndole que las dibuje él mismo, ya sea durante la lectura o más tarde.



Make Way for Ducklings [Los patitos en ruta],

de Robert McCloskey

Un día los patitos abrieron la puerta y se escaparon. Primero Jack, luego Kack, a continuación Lack, y detrás de él Mack, Nack, Ouack, Pack y Quack. El señor y la señora Mallard se sentían muy orgullosos. Era una gran responsabilidad cuidar de tantos patitos y siempre estaban muy ocupados.

A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado,
de Lewis Carroll

¡Cuidado con el terrible Jabberwock, hijo mío!
¡Sus mandíbulas muerden, sus garras atrapan!
¡Cuidado con el pájaro Jubjub, y aléjate del horrendo Bandersnatch!

A Chair for My Mother [Una silla para mi madre],
de Vera B. Williams

Mi madre y yo regresábamos a casa después de habernos comprado unos zapatos nuevos. Para mí unas nuevas sandalias, y para ella unos zapatos de salón. Bajamos del autobús y nos dirigimos a casa. Íbamos mirando los tulipanes que había en todos los jardines. Mamá dijo que le gustaban los tulipanes rojos, y yo que me gustaban los amarillos. Luego, llegamos a nuestro bloque.

Transfórmate en la ilustración. Empieza a leer una historia a tu hijo, pero no le muestres ninguna de las ilustraciones que la acompañan. Sugierele que las represente durante la lectura. Veamos cómo funciona este juego. Dile al niño que será el encargado de ilustrar, gestualmente, la sesión de lectura en voz alta, y déjale un espacio para que pueda moverse con libertad, aunque solo sea una pequeña zona de su cama. Empieza a leer. Igual que en el juego de las sillas musicales, cuando te detengas, él deberá ilustrar este pasaje del libro con movimientos del cuerpo y expresiones faciales. No limites el juego a los fragmentos del cuento en los que ya existen imágenes. Interrumpe la lectura cuando lo consideres oportuno y diviértete observando cómo tu hijo imagina un sinfín de posibilidades.

Combinarlo todo

Ahora veremos algunas formas de combinar los elementos que hemos examinado hasta

aquí repasando diversos pasajes de *A Boy Named Ray* [Un niño llamado Ray], un cuento sobre el reciclaje que escribí en 1987. Es una historia que siempre da resultado con los niños pequeños, sobre todo porque las rimas los relajan y los ayudan a permanecer concentrados.

Cuando lo leo, procuro fomentar la participación de la audiencia; he introducido algunas indicaciones para que sepas exactamente cómo lo hago. No hace falta que saltes de un lado a otro como yo, aunque confío en que estos ejemplos te inspiren nuevas ideas para evocar la participación.

UN NIÑO LLAMADO RAY

(Siempre empiezo pidiendo a los niños que se pongan el sombrero de contar cuentos que, según suelo decirles, crece en las orejas. «Fíjate en tus orejas», digo a un niño. «¡Están brotando frijoles violeta!». «Y las tuyas», digo a otro, «están llenas de diamantes que relucen como centellas. Tendré que ponerme los lentes de sol para verlos». Ahora que los niños saben que se les ha dado permiso para ser ingenuos e imaginativos, les pido que describan sus sombreros de contar cuentos. Cuando todos han tenido la oportunidad de expresarse, empiezo).

Érase una vez un niño llamado Ray
que tenía una bola rosada de arcilla
y jugaba todo el día con ella.

*«¿Puedes lanzarme una bola de arcilla?», pregunto. La atrapo y digo
«¡Gracias!», antes de continuar.*

Y siempre jugaba
con mucha alegría.

¡Qué maravilloso juguete para un niño llamado Ray:
arcilla rosada!

La moldeaba y le daba forma,

«Ayúdame a moldearla», digo, y simulo amasar un pedazo de arcilla.

La aplastaba y volvía a aplastar,

Simulo aplastarla mientras hago un sonido divertido:

«Blop, blop, blop, blop, blop».

La hacía rebotar y le daba una patada,

Simulo botarla y cuando le doy una patada digo:

«¡Bingggggggggg!».

Se le pegaba en la nariz
y en la punta de los dedos,

Simulo jalar la arcilla para quitármela de la nariz y de los dedos, como si fuera

chicle.

le colgaba del mentón.

Simulo que me cuelga del mentón.

Y luego sonreía satisfecho.

¡Qué maravilloso juguete para un niño llamado Ray:
arcilla rosada!

Un día,

la madre de Ray dijo: «¡Ray!»,

Lo digo, haciendo sonar la erre:

«¡RRRRRRRRRRRRRAY!».

«No puedes jugar con arcilla».

Agito el dedo ante un Ray imaginario mientras repito las palabras de la madre con la severidad de una escuela de la década de los treinta.

«Está todo sucio y pegajoso.

Fíjate en el suelo:

la arcilla se ha secado y endurecido.

Ahora tendrás que decirle adiós
sin llorar».

Su madre tomó la arcilla

y la tiró a la basura.

Dejo que mi rostro se entristezca hasta que, poco a poco, empiezo a gimotear y a decir a todos los niños que lloren conmigo: «¡¡¡Uaaaaa!!! ¡¡¡Uaaaaa!!! ¡¡¡Uaaaaa!!!».

Ray empezó a sollozar,

y sin decir una sola palabra

se dirigió a la cocina

y metió la mano en el bote de la basura.

Me deslizo hacia un niño del público, arqueo sus brazos hasta formar un círculo y luego meto la mano en su interior, como si hurgara en el bote de la basura. Después digo: «¡Diablos! ¡Qué asco! Un montón de espaguetis. ¿Qué más encontró en el bote de la basura? ¿Comida para perro? Sí, ¡uf! ¿Viejos recortes de periódico? Sí, señor, también. ¿Algo más? (Acepto sus respuestas, por muy ingenuas o desagradables que sean). ¡Sí, la bola de arcilla!».

Volvió a salir sigilosamente

y la guardó debajo de su sombrero.

Simulamos guardar la arcilla debajo del sombrero.

Y allí se quedó,

como si tuviera una burbuja en la cabeza,

y luego se acostó.

Cuentos de hadas

Un duende es más valioso para la Tierra que un primer ministro.

JAMES STEPHENS

Cuando ingresé en la universidad, *feminismo* era el término de moda en el campus. Noche tras noche me reunía con veleidosas chicas que se las daban de artistas y que hablaban sin rodeos, sentadas en el suelo de sus dormitorios, discutiendo la penosa situación de las mujeres en África, la Enmienda sobre la Igualdad de Derechos que no había sido aprobada en el Congreso, la asombrosa disparidad entre el salario de los hombres y las mujeres, y el trato degradante que recibían las mujeres en la literatura. «Cenicienta, por ejemplo», dije en una ocasión, «no pudo ser nadie por sí sola hasta que el príncipe la salvó». Mis amigas asintieron. Detestábamos aquel cuento y otros muchos similares que fomentaban la pasividad perpetuando el mito de la mujer indefensa.

Han pasado veinte años desde que ejercitara mi músculo feminista en el frío pavimento de mi dormitorio en la residencia de estudiantes. Analizándolo en retrospectiva, dudo mucho que estuviera en lo cierto. A decir verdad, no se fabrican zapatitos de cristal de mi talla y nunca se fabricarán, pero creo que siempre lo supe. Incluso cuando mi madre me leía los clásicos tradicionales, era consciente de que había tantas probabilidades de que aterrizara un príncipe en mi vida como que mi bicicleta se convirtiera en una calabaza. Quizá fuese cínica antes de tiempo, aunque lo dudo. Me encantaba *La Cenicienta*, pero jamás me dejé sorber los sesos por aquel relato. Los roles-modelo que había en mi vida hicieron que nunca me sintiera impulsada a esperar que un príncipe me salvara. Mi madre administraba su propio negocio, tomaba sus propias decisiones y, cuando quería algo, salía y lo conseguía. Gracias al ejemplo que mi madre me daba a través de sus actos, consideraba el cuento de Cenicienta como una historia encantadora, pero sin una pizca de realismo. Era capaz de discernir entre fantasía y realidad, al mismo tiempo que me sentía fascinada por ambas.

Me gustaban los cuentos de hadas, aunque no puedo decir que no me asustaran. Aún recuerdo el sobrecogimiento que me producía el lobo en *Caperucita roja*. Su cabezota con colmillos envuelta en un chal de la abuelita quedó indeleblemente grabada en mi imaginación, igual que la madrastra que abandonaba a Hansel y Gretel y los dejaba en el bosque para que murieran. Cuando el enorme lobo malo soplabla y soplabla, imaginaba que era mi propia casita la que se venía abajo, y cuando las perversas hermanastras de Cenicienta le encomendaban los quehaceres más sucios de la casa, me preguntaba si algún día mi hermano se volvería en mi contra.

Pero estas historias también me enseñaron el significado de la ingenuidad. Cuando la bruja maligna atrapaba a Hansel y Gretel, estos urdían un ingenioso plan para escapar. Después de que Jack se burlara del gigante, cualquier villano parecía una insignificante pulga a su lado. Y lo más importante de todo: los cuentos de hadas llenaron mi mente de imágenes fantásticas —de bosques de mal agüero rebosantes de secretos y magia, de animales que hablaban y de árboles encantados, de flaqueza humana y de coraje sobrehumano—. No hace falta aclarar que las historias que cuento están presididas, en cierta medida, por aquellas espeluznantes imágenes.

En general, los psicólogos afirman que los cuentos de hadas pueden ser colosales herramientas para contribuir al desarrollo de la personalidad. En *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Bruno Bettelheim sugiere que «se puede aprender más de [los cuentos de hadas] sobre los problemas internos del ser humano y las soluciones correctas a sus apuros en cualquier sociedad que de cualquier otro tipo de historia que pueda ser comprendida por un niño». Pero muchos padres y profesionales de la salud mental están convencidos de que los cuentos de hadas también transmiten mensajes psicológicamente indeseables. A menudo, los personajes son estereotipados; los villanos y los héroes recurren a la violencia gratuita por igual; las mujeres, en su mayor parte, están representadas como seres frágiles; los hombres suelen encargarse de salvarlas; terminan con «... y vivieron felices para siempre», una frase que nos anima a creer en un matrimonio perfecto y esperar que este tenga lugar, cuando sabemos muy bien que la perfección no existe.

Aunque muchas de estas críticas son válidas, sigo pensando que sería una vergüenza eliminar los cuentos de hadas de la vida de tus hijos. Ruth Sawyer, una cuentacuentos de principios del siglo XX, dice en *The Way of the Storyteller*:

No hay ningún motivo para erradicar de las vigorosas y optimistas mentes de los niños normales las experiencias y fantasías legítimas, igual que tampoco definiendo a *Caperucita roja* y a *Los tres ositos* como historias extraordinarias, pero sí el hecho de dejar que las mentes sanas vuelen libremente. Sería loco y peligroso para los adultos negar esta libertad infantil y desconfiar de la sustancia y los valores de la literatura folclórica.

El doctor Richard Gardner, psiquiatra infantil y autor de *Fairy Tales for Today's Children*, cree que si bien los cuentos de hadas son vehículos muy efectivos para transmitir mensajes a los niños, algunos están llenos de elementos insanos e inapropiados. No obstante, en lugar de tirar por la borda miles de años de tradición de contar cuentos, aconseja aprovechar lo que de beneficioso hay en estas historias y disimular o descartar todo lo demás. Por ejemplo, en la adaptación original del doctor Gardner de *La Cenicienta* (incluida al final de este capítulo), la heroína no es rescatada por un príncipe o un hada madrina, sino que soluciona sus problemas por sí misma.

Sea como fuere, eres tú quien decide, pues al fin y al cabo ningún experto conoce a tus hijos mejor que tú. Si de niño te fascinaba un determinado cuento de hadas, nadie te impedirá transmitir esa misma dicha a tus hijos, y serás tú y solo tú quien pueda evaluar *a posteriori* si su reacción ha sido de alegría, de temor o una combinación de ambos. Sin embargo, existen algunas directrices generales sobre las que conviene tomar nota.

El mejor momento para introducir cuentos de hadas es entre los cinco y los diez años, y si bien a algunos les siguen gustando en la adolescencia, la mayoría de los chicos efectúa una transición natural a otro tipo de historias más complejas, como la ciencia ficción o los relatos juveniles. También eres tú quien deberá juzgar hasta qué punto deseas que un cuento resulte más o menos horripilante. Ann Pelowski señala lo siguiente en *The Family Storytelling Handbook*:

En la mayoría de los casos, los niños necesitan y desean cierta dosis de miedo a partir de los seis años. Quieren demostrar que han aprendido a superar sus temores o se identifican con algún héroe o heroína que lo ha conseguido. Si eliminas las cosas terribles de los cuentos de hadas, también tendrás que eliminar todas las cosas maravillosas que pueden contribuir a superar el terror: el coraje y la determinación frente al mal; el sacrificio, que puede traer el bienestar y la felicidad; la fidelidad a una creencia o a una persona, y muchas más. Y estas son precisamente las cualidades que todos necesitamos descubrir en nuestros héroes y heroínas.

Me gusta combinar los cuentos de hadas. Empiezo con *Ricitos de oro* y luego mezclo *Caperucita roja* y *Babar* en la misma línea argumental. A mi hijo le encanta.

Uno de mis cuentos podría sonar más o menos así: «Érase una vez Hansel, Gretel y Berford que estaban esparciendo migajas de pan en el bosque cuando llegaron a una casa con un rótulo que decía: “En venta”. Movidos por la curiosidad, entraron en la casa. En la mesa había tres platos de gachas de avena. Hansel probó las del primer cuenco y dijo: “¡Estas gachas de avena están demasiado calientes!”. Gretel probó las del segundo cuenco y dijo: “¡Estas gachas de avena están demasiado frías!”. Pero las de Berford estaban en su punto y se las comió todas. Luego subieron a la planta superior y probaron las camas. Hansel dijo: “¡Esta cama está demasiado dura!”. Gretel dijo: “¡Pues esta es demasiado blanda!”. Y Berford dijo: “¡Esta es muy cómoda, pero la abuelita está durmiendo en ella! ¡Qué ojos más grandes tienes, abuelita!”. “Son para verte mejor”, respondió la anciana. “¡Qué nariz tan grande tienes, abuelita!”, dijo Hansel. “Es para olerte mejor”, respondió la anciana. “¡Qué boca más grande tienes, abuelita!”, dijo Gretel. “¡!!!Es para comerte mejor!!!!”, respondió la anciana. Y abriendo la boca, intentó zamparse a la niña. ¡!!!No era la abuelita, sino el lobo!!!! Hansel, Gretel y Berford salieron corriendo de la casa y no pararon de correr por el bosque hasta estar seguros de haber despistado al lobo. Empezaron el camino de regreso a su casa cuando, de repente, con un gran estrépito, apareció Babar, el elefante. ¿Qué ocurrió? Lo sabremos en el cuento siguiente».

ADAM BROWN, padre de Jacob, de cinco años y medio

Si algunas frases son demasiado truculentas, aplica algunas de las técnicas de las que te he hablado anteriormente en este mismo capítulo, tales como sustituir los términos problemáticos por otros de tu propia cosecha o cambiar el final de la historia. También

puedes transformar un cuento de hadas horripilante en otro superdivertido dando una voz ridícula o una expresión facial cómica a los personajes que causen más miedo, por ejemplo las brujas y los lobos. También puedes pedirle a tu hijo que cuente el cuento desde la perspectiva de alguno de aquellos malvados personajes. Eso hará que se sienta mucho mejor y que el personaje en cuestión pierda todo su ascendente sobre él.

Si lo prefieres, deja que te ayude a inventar un cuento de hadas completamente nuevo. Una forma de hacerlo consiste en formularle preguntas concretas en diferentes momentos durante el relato. ¿Cenicienta limpiaba muy a menudo sus zapatitos de cristal? ¿A qué sabían las miguitas de pan que Hansel y Gretel iban dejando por el bosque?, ¿a chocolate o a canela? ¿La Bella Durmiente era delgada y larguirucha como el palito de un helado o bajita como un tapón de corcho? ¿Sabía hablar el caballo del príncipe? Si es así, ¿cuáles eran sus temas favoritos? Y ¿qué me dices de Blancanieves? ¿Es cierto que le gustaba comer galletas mientras bailaba claqué? A partir de las respuestas del niño, vuelve atrás y relata de nuevo el cuento a tu manera, como si nunca se hubiese escrito.

Podrías buscar distintas versiones de cuentos de hadas populares. Por ejemplo, en todas las culturas existe una historia similar a *La Cenicienta*, incluyendo la japonesa y la egipcia, por citar dos. La Cenicienta original llevaba zapatos de piel, pero el traductor los cambió por otros de cristal. Leer versiones alternativas de un cuento de hadas puede dar pie a una fabulosa discusión sobre los valores sociales en diferentes culturas.

A continuación encontrarás dos versiones de la historia de *La Cenicienta*: «Cinderelma», un cuento contemporáneo que figura en *Fairy Tales for Today's Children*, del doctor Richard Gardner, y mi relectura de un cuento tradicional de los nativos estadounidenses titulado *The Indian Cinderella* [La Cenicienta india].

CINDERELMA [CENICIELMA]

del doctor RICHARD GARDNER

Érase una vez una niña llamada Elma. Su madre había fallecido y en el lecho de muerte le había regalado un precioso anillo con un corazón de rubí.

Elma lo guardaba en un lugar secreto, pero cuando estaba triste, lo sacaba y se lo ponía. Le bastaba mirarlo para pensar en su madre, que tan buena había sido con ella, y se sentía mejor.

Poco después de su muerte, el padre de Elma volvió a casarse, pero su madrastra no se parecía en nada a su mamá de verdad, pues era mala, vieja y fea. Tenía dos hijas tan malas y feas como ella.

¡Qué desdichada era la pobre niña! Veía muy poco a su padre porque siempre estaba muy ocupado, mientras su madrastra y sus hermanastras se pasaban el santo día sentadas probándose hermosos vestidos e insultándola.

Elma se encargaba de hacerlo todo en la casa. Cocinaba, limpiaba, cosía, cuidaba del jardín y de los restantes quehaceres domésticos. Cuando terminaba su trabajo diario estaba tan cansada que se sentaba junto a las cenizas del hogar y se quedaba dormida. Esta fue la razón por la que sus hermanas empezaron a llamarla Cenicielma.

Aconteció que el rey decidió organizar una gran celebración que iba a durar dos días, invitando a todas las doncellas del reino para que su hijo, el príncipe, pudiera elegir a la que sería su esposa.

Las hermanastras de Cenicielma estaban muy emocionadas. No podían pensar en nada más maravilloso que contraer matrimonio con el príncipe, y durante varias semanas no paraban de hablar de lo que llevarían para asistir al baile. Pero Cenicielma estaba muy triste, pues sabía que no la dejarían ir.

Por fin llegó el primer día de la celebración. La pobre Cenicielma trabajó con ahínco ayudando a sus hermanastras y a su madrastra a vestirse y peinarse.

Cuando partieron hacia el palacio, la muchacha se sentó en la cocina y empezó a llorar. Deseaba tanto ir al baile que se puso a pensar en lo maravilloso que sería que de repente apareciera un hada madrina y le concediera lo que tanto ansiaba.

Le pediría que cambiara sus harapos por un majestuoso vestido confeccionado con hilo de oro y adornado con bellísimas piedras preciosas.

También le pediría que convirtiera una calabaza del huerto en una increíble carroza y un par de ratoncitos en sendos briosos corceles blancos. Luego le pediría que agarrara cuatro lagartijas del jardín y que transformara dos de ellas en otros tantos cocheros que guiaran la carroza, y las otras dos en lacayos que le abrieran la puerta y la ayudaran a apearse. ¡Y haría su entrada en el salón del baile!

Aquellos pensamientos hicieron que Cenicielma se sintiera tan a gusto que empezó a desear con todas sus fuerzas que apareciera un hada madrina. Sin embargo, no ocurrió nada. A pesar de lo mucho que lo imploró, ninguna hada madrina acudió en su ayuda. Entonces, Cenicielma se dirigió hacia la ventana y formuló un deseo a su estrella favorita. «Por favor, estrellita, haz que aparezca un hada madrina», dijo. «¡Por favor!». Pero tampoco sucedió nada. Asomó la cabeza por la ventana y miró a un lado y a otro. Pero no había ninguna hada madrina a la vista.

La muchacha estaba cada vez más triste. «Las hadas madrinas no existen», dijo. Luego se echó en la cama y rompió a llorar desconsoladamente. Más tarde, aquella misma noche, Cenicielma se despertó al oír las risas alegres de su madrastra y sus hermanastras. Acababan de regresar del baile.

—Ha sido maravilloso —dijo la más fea de sus hermanastras—. ¡Qué atractivo y rico es el príncipe!

—¿Te fijaste en la forma en que me miraba a los ojos cuando bailó conmigo? —

comentó la más perversa de las dos—. Estoy segura de que mañana por la noche me pedirá que me case con él.

—No, no lo hará —replicó la más fea.

—¡Pues claro que lo hará! —insistió la más perversa.

—No creerás que va a casarse contigo, ¿verdad? ¡Eres demasiado fea!

—¡Niñas, niñas! —intervino la madrastra—. Dejen de pelearse y acuéstense enseguida. Mañana por la noche tienen que estar tan radiantes y hermosas como hoy.

Al oír aquellos comentarios, Cenicielma se sintió aún peor si cabe. Pero al día siguiente, en lugar de llorar y desear una hada madrina, empezó a pensar cómo podría ingeniárselas para asistir al baile. Al atardecer ya tenía un plan. Aquella noche, tan pronto como su madrastra y sus hermanastras se marcharon, tomó prestado el vestido más bonito de la hermanastra más perversa y se lo puso. También tomó las joyas más preciosas de su madrastra. Luego sacó su anillo de rubí del escondite secreto y se lo puso en el dedo. Al contemplarse en el espejo, apenas podía creer lo linda que estaba.

Al no disponer de carroza, cocheros ni lacayos, Cenicielma tuvo que ir andando hasta el palacio, deslizándose sigilosamente por las calles, entre las sombras, para que nadie la descubriera. El corazón le latía con fuerza. Se sentía a la vez asustada y feliz. Al llegar a las escaleras del palacio, se detuvo, respiró profundamente e irguió la cabeza. Los guardias quedaron tan asombrados ante su belleza que apenas podían hablar.

Cuando Cenicielma entró en el gran salón de baile, todo el mundo se preguntó quién era. Ni siquiera su madrastra y sus hermanastras la reconocieron, a pesar de llevar sus prendas de vestir y sus joyas.

—Pero ¿de dónde ha salido esta? —susurró la más fea.

—No lo sé —respondió la más perversa—, pero estoy segura de que al príncipe no le gustará tanto como yo.

—¡No le gustas en lo más mínimo! —replicó la más fea.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¡Estúpida! —exclamó la más perversa, y las dos empezaron a pelear.

Precisamente entonces el príncipe pidió a Cenicielma que le concediera aquel baile, y no bailó con nadie más en toda la noche. Estaba fascinado por su hermosura, su encanto y su gracia. ¿Quién podía ser aquella maravillosa mujer?

Cenicielma también estaba encantada con el príncipe. ¡Si pudiera casarse con aquel apuesto galán, se terminarían todos sus problemas! Pero, de pronto, el reloj dio las doce. Cenicielma sabía que tenía que estar en casa antes de que llegaran su madrastra y sus hermanastras o de que alguien descubriera lo que había hecho.

—Debo marcharme ahora mismo —dijo.

—Por favor —le rogó el príncipe—, quédate un poco más.

—Imposible —gritó Cenicielma—. ¡Tengo que volver a casa!

La muchacha se desasíó de la mano del príncipe que intentaba retenerla y corrió hacia la puerta del palacio. Pero, al hacerlo, se desprendió su anillo de rubí. El príncipe lo recogió mientras gritaba: «¡No te vayas!». Pero era demasiado tarde. Cenicielma había desaparecido y lo único que había quedado de ella era su anillo.

Unos días más tarde, el príncipe anunció que se casaría con la dueña del anillo de rubí. Todas las mujeres del reino tenían la esperanza de que aquel anillo se ajustara a su dedo y de esta forma poder reclamar su propiedad.

Cuando los guardias del palacio llegaron con el anillo a la casa de Cenicielma, las hermanastras corrieron a probárselo. La más perversa se untó el dedo de grasa para que se deslizara mejor, y la más fea metió la mano en agua fría para que sus dedos se encogieran un poco. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no consiguieron ponérselo. Tenían los dedos demasiado grandes y gruesos.

De repente, uno de los guardias vio a Cenicielma arrodillada junto a la chimenea.

—Ven aquí, muchacha. También tú debes probarte el anillo.

—¡Oh, no se preocupen por ella! —dijo la hermanastra más fea.

—No es más que una vulgar sirvienta —añadió la hermanastra más perversa.

Pero el guardia dio el anillo a Cenicielma para que se lo probara. Ya puedes imaginar el asombro de las hermanastras cuando se ajustó perfectamente a su dedo.

—¡Tú, muchacha asquerosa! —gritó la más fea de las hermanastras.

—¡Mi príncipe! —gimoteaba la más perversa—. ¡Me has robado a mi príncipe!

Y así Cenicielma fue llevada al palacio. El príncipe dio un grito de felicidad al verla y le pidió que se casara con él y que viviera en el palacio mientras la corte hacía los preparativos para el enlace real.

Los días siguientes fueron muy dichosos para el príncipe y Cenicielma. Paseaban juntos por los jardines del palacio y estaban muy enamorados, mientras hacían planes para su espléndida boda. Se invitó a todos los reyes y reinas, príncipes y princesas, duques y duquesas del mundo. Era maravilloso que Cenicielma y el príncipe nunca se cansaran de estar juntos.

Pero cuando la muchacha no estaba con él, no era demasiado feliz. Se aburría mucho con la reina y las demás damas de la corte, hablando siempre de caballeros y damas. Todo aquello no le interesaba en absoluto. Le parecía una estupidez. Y las cosas de las que le gustaba hablar no interesaban a la reina y a las otras damas. De manera que, en lugar de pasar el tiempo con ellas, Cenicielma se propuso conocer a la gente que trabajaba en el palacio, como los cocineros, los jardineros, los cocheros, los guardias y las sirvientas. Se hizo muy amiga de la costurera, que confeccionaba

los vestidos y las capas para las damas de la corte, la cual también se encariñó mucho con ella y le propuso enseñarle a coser preciosos vestidos. Cenicielma era una alumna excelente y aprendía muy rápido.

Un día, la reina le dijo a Cenicielma que aprendería a leer, a tocar el piano y a dibujar. En aquella época, solo las damas más ricas del reino sabían hacerlo, y a la muchacha le encantó la idea. Eran cosas que siempre había deseado aprender. Y así fue como cada día acudían profesores de una universidad cercana y Cenicielma pasaba varias horas con ellos. Era muy buena estudiante, trabajaba con ahínco y no tardó en dominar aquellas artes.

Cenicielma y el príncipe cada vez pasaban menos tiempo juntos, y cuando coincidían tenían menos cosas de qué hablar. Al príncipe le interesaba la caza, la pesca y los asuntos de la corte, mientras que a ella le fascinaban los vestidos que confeccionaba y los libros que leía. Aunque la boda se aproximaba, ni siquiera hablaban de ello.

Un día el príncipe tuvo que ausentarse durante algunas semanas. Su padre, el rey, le envió a un país cercano para negociar cierto tratado.

Para su asombro, Cenicielma descubrió que no lo echaba de menos. Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no lo conseguía. De manera que cuando el príncipe regresó de su viaje, la muchacha le dijo: «Siento mucho tener que decir esto, pero no deseo casarme contigo. Somos muy diferentes y nuestros intereses también lo son. Lo he pensado y no creo que pudiéramos ser felices viviendo juntos durante el resto de nuestras vidas».

El príncipe replicó: «Tengo una sensación similar y por desgracia estoy de acuerdo en que sería mejor no casarnos». Luego, tomó la mano de Cenicielma. «Me has dado extraordinarios momentos de felicidad. Nunca los olvidaré. Te estoy muy agradecido».

«También guardo tiernos recuerdos de ti», dijo ella, «y gracias a ti he aprendido a pintar, a tocar el piano y a leer. Ahora soy capaz de coser bellísimos vestidos y estoy convencida de que podré ganarme mi propio sustento. No tendré que volver a soportar la crueldad de mi madrastra y mis hermanastras. Te estoy muy agradecida».

Al día siguiente, el príncipe y Cenicielma se besaron en señal de despedida y la muchacha se marchó del palacio. Dos sirvientes del príncipe la acompañaron para protegerla durante el trayecto y la dejaron en las puertas de la ciudad.

Una vez allí, Cenicielma enseguida encontró trabajo de modista. Trabajaba muchas horas, pero le encantaba hacerlo. No tardó en ser admirada por su talento.

Durante aquel periodo fue ahorrando dinero de sus ingresos hasta que por fin consiguió reunir el suficiente para abrir su propia tienda de confección en otra zona de la ciudad.

Se sentía muy orgullosa de su tienda. Era de su exclusiva propiedad y la había comprado con su propio dinero. Con el paso del tiempo, su fama fue en aumento, hasta el punto de que muchas damas de la alta sociedad acudían allí para comprar sus vestidos. El comercio situado junto al de Cenicielma era propiedad de un joven impresor, que también era un magnífico artesano muy conocido por la calidad de sus trabajos. Con frecuencia, al atardecer, al término de la dura jornada laboral, él y Cenicielma charlaban un rato. Al muchacho le gustaba leer libros y nunca había conocido a nadie que leyera tan bien como ella.

Con el tiempo llegaron a conocerse bastante bien. Hacían muchas cosas divertidas juntos. Montaban a caballo, iban al teatro y bailaban en los festivales. No parecían aburrirse jamás ni cansarse de hacer cosas juntos. Un buen día se casaron y tuvieron hijos, y vivieron juntos durante el resto de su vida.

LA CENICIENTA INDIA

Cuento tradicional de los nativos estadounidenses

Había una vez un cazador algonquino que tenía poderes mágicos. Podía hacerse invisible y escuchar las conversaciones de la gente. Como es natural, sus poderes lo hacían muy deseable, y muchas mujeres querían casarse con él. Por la noche, sentadas alrededor de la hoguera tribal, le sonreían con la esperanza de que les correspondiera. Pero él ni siquiera advertía su presencia. Cuando llegó el día en que decidió tomar una esposa, anunció: «Me casaré con la primera mujer que me pueda ver al regresar a casa por la noche, a pesar de ser invisible».

Todas deseaban ganar el corazón del cazador. Pero ¿cómo? Nadie podía verlo cuando era invisible. Nadie excepto su hermana, que tenía el poder de verlo permanentemente.

Un día, la hermana del cazador dijo: «Creo que he descubierto la forma de que encuentres a la mujer que andas buscando». Y elaboró una ingeniosa prueba para todas las mujeres que pretendían la mano de su hermano en matrimonio. Cada noche paseaba con una mujer distinta por la orilla del río, y al ver pasar a su hermano preguntaba a la mujer: «¿Puedes verlo?».

«¡Oh, sí!», respondían invariablemente, aun cuando no veían absolutamente nada. «¿De veras?», insistía recelosamente la hermana. «Entonces dime qué lleva puesto». Las mujeres le mentían, claro está, con la esperanza de convencerla de que podían ver a su hermano. «Ehhh..., una tela pintada». «Una piel de ciervo». «Una túnica de cuentas». Pero ella sabía que no decían la verdad, pues lo estaba viendo perfectamente y llevaba unas plumas brillantes. Y el guerrero solo se casaría con una

mujer que no mintiera.

Aconteció que había un anciano viudo que vivía en el poblado con sus tres hijas. La más pequeña era sin duda la más hermosa, con una piel suave, unos ojos centelleantes y una espesa melena negra, aunque era muy propensa a enfermar. Pero a pesar de su debilidad, sus hermanas mayores tenían celos de su belleza y la maltrataban.

«¡Eres fea!», le gritaban. «¡Y estúpida!». A veces, le quemaban las manos y los pies con carbones encendidos y le ensuciaban el rostro con ceniza. Cuando su padre preguntaba qué había sucedido, la mayor de las hermanas le echaba la culpa a la más pequeña, diciendo: «¡Nunca nos hace caso, se acerca demasiado al fuego y se cae!».

Las dos hermanas mayores querían casarse con el cazador e intentaron convencer a su hermana de sus poderes. «Claro que puedo verlo», dijo la mayor de ellas paseando una noche por la orilla del río. «Lleva una bolsa de piel en el brazo». La hermana del cazador sabía que mentía, pues este había dejado la bolsa en casa. «¡Por supuesto que sí!», dijo la otra hermana la noche siguiente, «va montado en su caballo». La hermana del cazador sabía que también mentía, ya que su hermano regresaba a casa andando.

La menor de las hijas del anciano también soñaba en desposar al cazador. De manera que una noche, cuando las estrellas brillaban de un modo especial en el firmamento, salió de paseo con la hermana del guerrero.

—¿Puedes verlo? —le preguntó la hermana.

—No, no puedo —respondió la muchacha. La hermana del cazador quedó asombrada, pues era la primera vez que una mujer decía la verdad.

No obstante, insistió una vez más:

—¿Estás segura de que no puedes verlo? —preguntó.

—¡Oh, sí! —respondió la joven—. Ahora sí puedo verlo. Es maravilloso poder contemplarlo. Sus ojos son tan dulces y es tan fuerte...

—¿De qué está hecho su arco? —preguntó la hermana.

—De la Vía Láctea —respondió la muchacha.

—¿Y qué usa para gobernar a su caballo?

—Un arcoíris —respondió.

Entonces la hermana del cazador comprendió lo que había sucedido. Al haber dicho la verdad, el guerrero se había hecho visible.

—Te creo —dijo su hermana a la joven—. Estoy convencida de que puedes ver a mi hermano.

Y la condujo hasta su casa, la lavó y la peinó. Luego, la vistió con una bellísima túnica y le puso joyas en las orejas y el cuello, le pintó el rostro y la preparó para la boda. Cuando el guerrero regresó a casa aquella noche, se sentó junto a su preciosa

prometida y la llamó «esposa». Así fue como sucedió.

Y dado que el cazador amaba tanto a su esposa, decidió castigar a sus hermanas por los años de crueldad a los que la habían condenado. Una noche en la que las malvadas hermanas habían salido para recoger leña para el fuego, las convirtió en álamos. Y sus raíces penetraron rápidamente en el lugar donde habían estado recogiendo la leña, y allí permanecieron para siempre. Desde entonces, los álamos siguen temblando y agitándose, temerosos del extraordinario poder del guerrero.

Bibliografía de cuentos favoritos para leer en voz alta

Mientras investigaba historias para este libro, tuve la suerte de conocer a Susan Poke, la encargada de una biblioteca infantil en Jefferson Market, una sucursal de la Biblioteca Pública de Nueva York. Lleva más de veintidós años leyendo cuentos en voz alta a los niños. ¿Sus consejos?: «1) Diviértete. 2) Conoce a tus hijos. 3) Déjalos que elijan algunos de los libros. 4) Comparte los libros y tu entusiasmo por ellos con los amigos de tus hijos y sus padres. Sí, lo sé, parece perogrullesco, pero sale del corazón». Además de su inusitado entusiasmo por la literatura infantil, la experiencia le ha enseñado un par de cosas que a los niños les gusta oír. Ver [Los cuentos favoritos de Susan para leer en voz alta](#)

IV MAGOS, REPTILES Y VENTISCAS

La invención de relatos imaginarios

Igual que una persona a la que se le priva de la posibilidad de soñar se convierte en un psicótico, aquella a la que se le roba la imaginación durante las horas de vigilia se convierte en insensible tanto física como espiritualmente.

RICHARD STONE, *The Healing Art of Storytelling*

Una de mis primeras experiencias pedagógicas tuvo lugar en un centro de colonias en Massachusetts. Cada semana, un montón de autocares cargados de irrefrenables niños de ciudad llegaba para hacer excursiones, nadar y estudiar la naturaleza durante una semana. Pero en aquella ocasión particular, el grupo que me encomendaron era de niños en sillas de ruedas, con discapacidad física. Hasta entonces mis talleres habían requerido movimiento físico (estiramientos, caminar, hacer mímica y salir de excursión). ¡Menudo dilema! ¿Qué podía hacer? Al final, decidí recurrir al mismo método; es decir, el movimiento, pero con la imaginación.

Mi primer voluntario fue un niño de siete años de Nueva Jersey llamado José. Le pedí que cerrara los ojos y que imaginara que estaba en un paraje maravilloso. Cerró los ojos y después de algunos segundos de profunda concentración, estaba listo para empezar. «¿Dónde estás?», le pregunté. «En un parque de atracciones», respondió. «¿Y qué ves?», proseguí. «Pueeees... veo carruseles, algodón de azúcar y muchos niños corriendo por todas partes». «¿Y qué oyes, José?». «Oigo risas y niños gritando en las atracciones». «¿Y qué hueles?», le pregunté. Hizo una larga pausa y luego dijo: «Es el aroma... de la diversión». Otro niño, de pelo rubio y rizado, empujó su silla de ruedas hasta el centro del círculo. «Yo estoy en una clase de karate», dijo. «¿A qué sabe?», le pregunté. «A disciplina», contestó.

Seguimos creando escenarios imaginarios, viajando con la mente desde un emplazamiento fantástico a otro. Uno a uno, los niños me asombraron con sus paisajes en movimiento. Una niña corría en una playa, recogiendo conchas marinas y construyendo castillos de arena. Otra era una princesa que subía por las escaleras hasta la torre del castillo. Sus historias de ensueño los transportaron más allá de la realidad y les permitieron viajar hasta lugares insondables. Durante unos instantes creímos que todo era

posible.

Al terminar el ejercicio, nadie se desilusionó ni se sintió abatido. Al contrario, estaban eufóricos. Habían capitaneado su propia nave, reescrito sus cuentos favoritos y flexionado los músculos de la imaginación. Rebosaban autoconfianza.

La imaginación es un don de una inenarrable magnitud, capaz de cambiar nuestra vida al proporcionarnos la ocasión de visualizar posibilidades en todo cuanto nos rodea. Nos ayuda a ser «irrealistas», un rasgo fundamental, pues nos permite soñar lo inimaginable. Es un poderoso impulsor de la confianza y el juguete más extraordinario del mundo. No cuesta nada, su garantía es ilimitada y las pilas no se agotan jamás..., aunque hay que recargarlas.

Nuestra imaginación, como el resto del organismo, necesita realizar ejercicio. Al inventar historias imaginarias con tus hijos, estás ejercitando sus músculos creativos, al mismo tiempo que también haces funcionar tu mente.

Leer un cuento a un niño es una experiencia sensacional, pero hacer que lo elabore, es mágico, ya que le está diciendo que soñar es estupendo, lo ayuda a pensar más allá de lo concreto y moldea su personalidad exclusiva, le da la oportunidad de solucionar problemas con creatividad y, lo mejor de todo, forja un hermoso vínculo entre él y tú.

El mundo infantil se compone, en gran parte, de fantasía e imaginación. Al inventar historias imaginarias, entras automáticamente en su mundo, juegas en su hierba, te conviertes en «uno de ellos», y esto resulta muy reconfortante para los niños.

Aunque no te consideres una persona imaginativa y temas que tus cuentos sean aburridos, no te arredres. La significación de inventar historias imaginarias con tus hijos no se mide por los resultados, sino por el proceso de compartir y crear juntos. ¿A quién le importa que tus historias no sean grandes obras literarias? A tus hijos desde luego que no. Adorarán la atención que les prestas cuando compartes los relatos, uno a uno, o confeccionas un cuento en el que ellos son los protagonistas. La esencia de inventar historias reside en que cuanto más lo practicas, más fácil resulta y más elaborados son los argumentos.

Descubre tus joyas ocultas

Me gusta empezar mis talleres agarrando por sorpresa a los participantes. Durante una sesión reciente, me volví hacia un hombre y le dije:

—Señor, es un placer tenerlo hoy en esta sesión, pero ¿era realmente necesario llevar un refrigerador en la cabeza?

Al principio quedó atónito, pero se recuperó con brillantez y respondió:

—¡Oh, sí! Siempre tengo apetito y es un alivio tener comida a mano en cualquier momento.

—¿Quiere hacer el favor de abrir el refrigerador, señor, y sacar algo de su interior? — insistí.

—¡No faltaba más! Es un plátano —dijo, siguiéndome el juego.

—Así pues, ha metido clandestinamente este plátano en esta sala desde su exótico país, ¿no es cierto, señor? —le pregunté—. Cuéntenos quién es usted en realidad y por qué lo metió de contrabando.

De pronto, se adivinó en su rostro un destello de picardía y empezó a divertirse de veras.

—De acuerdo, me ha descubierto. Soy el rey de un lejano país, y allí tenemos de todo menos plátanos. Quería llevarme este a casa para venderlo por una enorme cantidad de dinero.

—Su hermana me ha dicho que estaba aquí por otra razón —dije, volviéndome hacia las mujeres sentadas a su izquierda—. Busque en el refrigerador y saque un objeto.

También a ellas las había agarrado por sorpresa y al principio no sabían qué hacer. Pero poco a poco, una de ellas simuló estar hurgando en el refrigerador antes de extraer algo largo y fibroso.

—Es encaje. Metros y metros de encaje —dijo, mientras fingía jalar y jalar un interminable ovillo de puntillas, hasta que al final sugerí a la mujer que estaba sentada enfrente que las cortara.

—Y ahora díganos qué ocurrió con su hermano y este encaje —le dije.

Sin pensárselo dos veces, respondió:

—Anoche sorprendí a mi hermano usando esta larga pieza de encaje para trepar a un platanero. Estaba a punto de arrancar seis plátanos cuando le grité: «¡Detente! ¡Te arrestarán si te descubren!».

—Pero gritó tan fuerte que alertó a la policía, que se presentó de inmediato y empezó a perseguir a su hermano, ¿correcto? —le pregunté.

—Sí —contestó.

Entonces pedí al hombre de su izquierda que leyera la palabra invisible que se podía leer en un extremo del encaje.

—Botón —dijo.

—Señor policía —le dije—. ¿Qué sucedió con este botón cuando llegó al escenario del crimen?

—Bueno, me despertaron sus gritos y me puse los pantalones tan deprisa como pude, pero debía de estar medio dormido porque olvidé abotonarlos y se me cayeron en medio de una calle muy transitada. Fue humillante.

Nos reímos a gusto.

Recordé al grupo que habían creado una historia de la nada. Sin libros, sin guion, sin utilería. Solo con un refrigerador invisible y sus estrambóticas cavilaciones. Se morían de

risa.

Cuando organizo talleres, siempre doy por supuesto que todos los participantes son como una caja de caudales y que poseen un almacén repleto de insospechadas riquezas. En realidad, estoy convencida de que cada uno de nosotros tiene una desbordante imaginación. Quizás esté oculta detrás de una infinidad de estratos de intelecto en el sentido más estricto del término, pero está ahí. Y esta fe en nuestra imaginación innata me lleva a concluir que cualquiera puede aprender con suma facilidad a contar fabulosas historias fruto de la fantasía.

Evidentemente, a los niños no hace falta provocarlos demasiado. Su imaginación es viva y abundante, y con un poco de orientación son capaces de contar ingeniosas historias. Por desgracia, el auténtico problema reside en nosotros, los adultos. Somos modelos para nuestros hijos, y si no conseguimos entrever las posibilidades imaginativas en todo lo que nos rodea, ellos tampoco lo harán. Somos nosotros quienes debemos estimularlos y fomentar las historias imaginarias en casa.

Me preocupa el cinismo que observo en los niños, a una edad cada vez más tierna. No hace mucho actué en una fiesta de cumpleaños para niños de cuatro años. Al entrar en la estancia arrastrando una caja imaginaria, por lo menos tres de ellos gritaron: «Esto no es de verdad». Como es natural, al pedirles que pescaran algo en el interior de la caja y lo describieran, participaron todos por igual. A los cuatro años ya habían aprendido a ver las cosas con concreción, pero ante la posibilidad de invertir este proceso, no desaprovecharon la ocasión. Lo que me induce a creer que si bien nos gustaría atribuir la causa de la renqueante imaginación de nuestros hijos a la televisión y a internet, es muy probable que los verdaderos culpables seamos nosotros, sus modelos. Debemos dejar que los niños sepan que está bien volar con la fantasía, y la mejor manera de hacerlo es volar con ellos.

Una parte de nuestras inhibiciones es fruto de la presión derivada de estar a la altura de la situación. ¿Cómo podrían competir nuestras historias con una película de Spielberg o de Disney? Es imposible, pero lo cierto es que no tienen por qué competir. Ya he mencionado este punto a lo largo de todo el libro, aunque no está de más hacerlo de nuevo: debes concentrarte en el proceso creativo, no en la historia. Aunque no termines un cuento imaginario, o aun en el caso de que sea rematadamente malo, en realidad no importa. Cuando sean mayores, tus hijos tendrán la ocasión de escribir novelas impecables o rodar películas sensacionales si así lo desean y tienen talento para ello. Pero, por ahora, estamos sentando las bases de su proceso intelectual y haciéndoles un regalo inapreciable: la creencia de que soñar e imaginar es bueno.

Érase una vez...

Uno de los cuentos más fáciles de crear es una historia en secuencia, que sigue paso a paso los acontecimientos diarios. Utilizaremos una tarea ordinaria —ir a comprar a la tienda de abarrotes— como tema de nuestro relato.

Vamos a desglosar los elementos del trayecto hasta la tienda:

El comienzo o situación. Necesitabas fruta, verdura y queso. La despensa estaba vacía. Los niños regresarían de la escuela a las tres de la tarde y, por lo tanto, tendrías que ir a la tienda antes de que llegaran a casa, pues ninguno de ellos tenía llave de la puerta principal y estábamos a mediados de invierno.

La fase intermedia o conflicto. Estabas a punto de salir de casa cuando sonó el teléfono. Estuviste hablando quince minutos, y cuando te disponías a salir ya eran las dos y media. Harías una compra rápida y llegarías a casa a tiempo. Pero no habías pensado en la posibilidad de que algo anduviera mal en la tienda, como así fue. La mujer que tenías delante en la fila llevaba trescientos cupones y se estaba demorando una barbaridad en ordenarlos. Seguías en la fila. Había diez personas delante. Así pues, aguardaste. Ya eran las tres menos diez, y ahora las tres y diez. Al terminar, eran las tres y media. Confiabas en que los niños hubiesen ido a la casa de tus vecinos.

El final o resolución. Ahora llega el momento de resolver el conflicto. Llegaste a casa y tus hijos estaban esperando en la puerta. A juzgar por su aspecto, parecían enfermos. Tenían las manos y la lengua violáceas. «¡Oh, Dios mío! ¡¿Qué les pasó?! ¡Deben de tener pulmonía!». Frenéticamente los metiste en casa y los pusiste delante del calentador para que se recuperaran. Pero, de pronto, se echaron a reír, y al hacerlo cayeron al suelo un montón de chicles de color violeta. «Así que ese era el motivo de su demacrado aspecto...», dijiste, primero con alivio y luego con frustración. «¡Mientras yo fui a comprar para prepararles un gran almuerzo, echaron a perder su apetito!».

Ya terminamos el primer borrador. Ahora podríamos añadir un poco de picaresca a la historia usando algunos de los consejos que dio el escritor Kurt Vonnegut en una entrevista radiofónica. Al preguntarle si podía hacer alguna sugerencia a los escritores noveles, respondió: «Asegúrense de introducir un personaje espantoso, aquel que todo el mundo odia porque siempre hace daño a los demás. De este modo, tus personajes bondadosos podrán reaccionar contra alguien».

Aplicando este consejo, vamos a introducir un personaje terrible. Pero recuerda que siempre debes determinar quién es el personaje central y en qué consiste su misión; de lo contrario, sin duda perderías a tu audiencia.

Comienzo. «Sabía que no debía responder el teléfono cuando sonó. Solo disponía de media hora para ir a la tienda de abarrotes y volver antes de que mis hijos regresaran de la escuela. Intenté explicarle a mi hermana Shirley que no tenía tiempo de hablar, pero ella seguía cotorreando y cotorreando sin parar. Cuando por fin conseguí despegar la oreja del auricular ya eran las tres menos cuarto. Con quince minutos de margen, corrí hasta la tienda.

Fase intermedia. Todo podría haber salido a pedir de boca de no haber sido por la fila que había en la tienda. La anciana señora Pretzlwetzl, de la calle Jackson, cuya colección de cupones es tan voluminosa que apenas queda espacio para moverse en su casa, iba delante de mí. ¿Qué podía hacer? Jugueteé nerviosamente con los pulgares. Me quejé con la mujer que iba detrás de mí. “¡Lo escuché!”, dijo la señora Pretzlwetzl. “Será mejor que tenga cuidado, señorita, ¡o echaré una maldición sobre su casa y sus podridos hijos!”.

»“¿Cómo se atreve a insultar a mis hijos?”, le repliqué, y la golpeé con la bolsa en la cabeza, llevándome por delante su peluca. La señora Pretzlwetzl corrió en su búsqueda, deslizándose de punta a punta de la tienda, como si estuviera en una tabla de *surf*, y aterrizando en la caja del queso».

Final. Ahora es cuando tienen que finalizar la historia, usando el primer borrador a modo de guía. Pueden añadirle algún recurso divertido, pero acuérdense de solucionar el problema inicial del narrador: llegar a casa a tiempo para que los niños no tengan que esperar fuera, muertos de frío. Si es posible, inventen un final espontáneo. Para ello, antes de escribirlo, cuéntenselo verbalmente.

El engarce de los elementos

Elige una palabra de cada una de las categorías de la tabla siguiente y crea una historia combinándolas entre sí:

Persona	Lugar	Conflicto
Un dinosaurio	Texas	Encuentra objetos robados
Batman	Un campo de futbol	Lo persiguen
Una niña	El camión de la basura	Lo despiden del trabajo

Un niño	La playa	Se convierte en una rana
Frank, un adolescente	El bosque	Se pierde
Un vendedor de <i>hot-dogs</i>	Un teatro	Sabe un secreto
Resolución del problema	Final de la historia	
Blande en el aire una varita mágica	Regresa a casa con la lección aprendida	
Usa una brújula	Se convierte en otra cosa	
Descubre un talento oculto	Recibe un gran don	
Llama por teléfono para pedir ayuda	Es más sabio	
Se metamorfosea en...	Encuentra la paz	

¡Añade diálogos!

Una de las formas de mejorar cualquier historia consiste en añadirle un diálogo, incluso en pasajes en los que parece imposible hacerlo. Analicemos la frase siguiente: «Érase una vez una niña con una larga melena pelirroja que se dirigía a la escuela y pasaba, como siempre, por delante de la farmacia, de la heladería y del parque de bomberos».

Para añadir un diálogo, intenta partir las frases para crear oportunidades ocultas. Si fuese yo quien tuviera que contar esta historia, diría: «Érase una vez una niña con una larga melena pelirroja que se dirigía a la escuela y pasaba, como siempre, por delante de la farmacia. “¡Hola, señor Smith!”, le gritó al farmacéutico de pelo canoso, cuyo bigote rígido como un manubrio se balanceaba arriba y abajo al hablar. Luego pasó por delante de la heladería. “¡Hola, cono de helado!”, le dijo a su helado favorito de chocolate y menta que de vez en cuando solía degustar al salir de la escuela. Y después pasó por delante del parque de bomberos. “¡Hola, camión de bomberos!”, gritó a la larga manguera roja y a la escalerilla. Cuál sería su sorpresa cuando el camión le respondió».

Intenta añadir un diálogo con la ayuda de tus hijos a las frases siguientes. No hagas trampas cambiándolas completamente. Adórnalas con detalles, pero no cambies el argumento general. Recuerda que los árboles, las flores, los animales y cualquier objeto inanimado son conversadores en potencia:

- 1) Un día, el señor Smith abrió la puerta de su casa y descubrió que había dos periódicos en lugar de uno.
- 2) Jason se dirigía a casa de su amigo Peter cuando de pronto el cielo se oscureció y el viento empezó a soplar con fuerza.
- 3) Era la hora de ir a recoger a los compañeros del campamento, de manera que subí al coche y tomé la carretera de costumbre.

El uso de símiles

Los símiles te pueden ayudar a desarrollar un lenguaje más rico y descriptivo en tus historias. En lugar de decir: «Afuera estaba oscuro», resultaría más cautivador decir: «Afuera estaba tan oscuro que el cielo se volvió negro como la melaza». Para que tanto tus hijos como tú se vayan acostumbrando a pensar de un modo más descriptivo, completen los símiles siguientes:

1. Era tan bajita que parecía _____
_____.
2. El sol brillaba tanto como _____
_____.
3. Su pelo era rojo como _____
_____.
4. Estaba tan hambriento como _____
_____.

¡Siéntelo!

Uno de los errores más comunes entre los cuentacuentos noveles consiste en confiar exclusivamente en las descripciones visuales, excluyendo los demás sentidos. «Llevaba un pañuelo rojo» es una bonita descripción, pero: «Su pañuelo rojo le irritaba tanto el cuello, que se estuvo rascando durante todo el santo día», añade una nueva dimensión.

Intenta añadir una descripción a las frases siguientes que incluya un sonido, una sensación táctil, un aroma o un sabor:

- 1) El perro entró en la casa cubierto de barro _____
_____.
- 2) Mi hamburguesa parecía de mal humor _____
_____.
- 3) Santa Claus tenía un aire divertido al aterrizar en mi chimenea
_____.

- 4) Cuando llegaron los bomberos, el fuego estaba en su apogeo
-

Dale una pincelada de color. Si quieres mejorar drásticamente tu habilidad para contar cuentos, amplía tu reserva de adjetivos. Elige un objeto cualquiera, como por ejemplo una tarjeta de visita. Forma un círculo y pásala de uno a otro describiendo el objeto con un adjetivo diferente (de una sola palabra). Es importante limitarse a un solo término; de este modo se verán obligados a pensar en nuevas formas de ver el objeto en cuestión. Cuando tengan la sensación de haber agotado los adjetivos, ¡sigan adelante! Justamente entonces se inicia el verdadero proceso creativo. Tienen que hurgar en lo más profundo del cerebro en busca de descripciones no visuales, como «inodoro» o «sedoso». Esta actividad no solo desarrolla la imaginación, sino también el vocabulario.

Historias que relajan

De niña era bilingüe. Mi primera lengua fue la inglesa, y la segunda, la lengua-mami. Era algo así como: «¡Mami, mami, tengo sed!», que traducido significaba: «Tengo miedo. ¿Puedes quedarte un ratito conmigo en la habitación?». Mi madre también hablaba la lengua-mami con fluidez, se metía debajo de las sábanas, se acurrucaba a mi lado y me daba un poquito de su medicina milagrosa: un cuento. Por alguna razón, en lugar de hablarlos, los cantaba. Formaba parte de la diversión, ya que su voz era espantosa y nos hacía reír con ganas. «Había una vez una niña», cantaba, «que tenía un pequeño tirabuzón y siempre lo llevaba ensortijado (ahora, la melodía cambiaba completamente). Le daba miedo todo cuanto había a su alrededor, incluyendo el suelo mojado...». Sus textos tenían que rimar y eran tan ridículos que acabábamos riendo como dos histéricas. En sus canciones, yo era siempre el personaje central. Combatía mis temores infantiles integrándolos en sus extravagantes tramas, en las que me enfrentaba a un león, luchaba contra un grupo de matones o defendía a mi hermano. Pero lo cierto es que funcionaban. Me tranquilizaban y era capaz de dormir toda la noche de un tirón. Aunque en realidad hacían mucho más que aliviar mi insomnio: me inculcaban la creencia de que podía inventar mis propias historias y reescribir mi personaje, me proporcionaban un «taller» en el que superar mis temores y, lo más importante, creaban un hermoso vínculo con mi madre. Aquellos eran nuestros momentos de mayor intimidad: creábamos historias de la nada con amor e imaginación.

Con frecuencia, a los niños les resulta difícil hablar de sus problemas. A veces ni siquiera son capaces de identificar lo que les provoca ansiedad. Inventar cuentos en los que intervengan tus hijos y su entorno les puede ayudar a enfrentarse a las cosas que les preocupan y permitirles aprender más de sí mismos de un modo seguro que los haga

sentirse comprendidos y apoyados, al mismo tiempo que les da la oportunidad de convertirse en los héroes de sus mundos y reforzar sus experiencias cotidianas.

Cuando mi sobrina Molly tenía tres años, se clavó un clavo y hubo que llevarla al hospital para que le extirparan la uña. Lo pasó fatal. Varios meses después de aquel episodio, seguía queriendo oír el cuento de «Molly y la uña». Mi hermana y yo se lo contábamos una y otra vez... «Un día, estabas jugando en el patio cuando de pronto empezaste a gritar. De manera que corrí y te alcé en brazos. Llorabas desconsoladamente...». Describía el trayecto en ambulancia y lo valiente que fue, los médicos en el hospital y el regreso a casa. Volver a contar el incidente como si fuera un cuento le ayudó a procesar lo que le había ocurrido y a alejarla un poco de la realidad, ya que podía ser la heroína de la historia por contraposición a la víctima. Creo que fue su forma de superar el miedo.

LYNN ANN KLOTZ, tía de Molly, de seis años

En la revista de cuentos *Yarnspinner*, Judith Black, cuentacuentos profesional de Boston, y una de mis favoritas, explicaba las ventajas de usar su personaje doméstico, el ratón Solouse, en las historias originales que inventó para su hijo Solomon durante toda su infancia:

Solouse es tan diferente de Solomon, que el ratón puede vivir situaciones que mi hijo sería incapaz ni siquiera de soñar. Tanto si anda en bicicleta como si viaja en avión, Solouse intenta hacer un sinfín de cosas, fracasa y vuelve a intentarlas. Solomon aprende mucho de él. Pero el flujo de modelos no circula únicamente de madre a hijo. Solomon sugiere sentimientos, situaciones y resultados que me permiten comprenderlo mejor. En «El ratón Solouse visita a su tío John», nuestro pequeño roedor tenía que vérselas con un enorme gato que permanecía agazapado en el peaje de una autopista, que atrapaba el coche del pobre ratón, lo abría como una lata de sardinas con sus poderosas garras y se lo comía. El gato era muy real, y al llegar la hora de luchar contra él, mi hijo sugirió: «Mamá, creo que Solouse debería engañar al gato y escaparse a hurtadillas con los demás ratones». La imagen era excesiva para él y me permitió saber lo que realmente necesitaba. Con las historias cruzamos umbrales y compartimos secretos que, de lo contrario, guardaríamos permanentemente en lo más profundo de nuestro corazón.

El siguiente fragmento pertenece a *Annie Stories*, un libro de cuentos que Doris Brett, psicóloga clínica de Australia, escribió para su hija Annie. Aunque está claramente influido por su especialidad profesional, este pasaje, extraído de una historia sobre las pesadillas infantiles, te podría aportar algunas ideas a la hora de inventar un cuento relajante:

Annie era una niña que vivía en una casita de ladrillo marrón con su mamá, su papá y un gran perro negro...¹ La cama era lo que más le gustaba de su habitación. Era blanca y roja, y debajo había dos grandes cajones en los que guardaba sus juguetes.

Había veces en que Annie tenía hermosos sueños y se sentía muy feliz al despertarse, pero en otras tenía pesadillas y se despertaba asustada y sobresaltada. En estos casos, encendía la lamparita de la mesita de noche,

tomaba uno de sus libros de cuentos y miraba las ilustraciones o los leía.²

Una noche, Annie tuvo una pesadilla espantosa. Soñó que la estaban persiguiendo animales salvajes. Corría y corría, pero no lograba despistarlos. Cada vez estaban más cerca. Oía el estruendo de sus pisadas y sentía su cálido aliento. De repente, cuando estaban a punto de hincarle sus enormes colmillos, se despertó. Se levantó de la cama y fue a buscar a su madre para contarle el terrible sueño.

La mamá de Annie tranquilizó a su hija y le enseñó un truco mágico para los sueños que, según dijo, la protegería de todo mal. También le explicó que tenía el poder de alterar los hechos en sus sueños. «Lo único que tienes que hacer cuando estés soñando es recordar que puedes cambiarlos y hacer que suceda lo que deseas».

La mayoría de nosotros carecemos de la formación de la señora Brett, pero aun en el supuesto de que no te hayas licenciado en psicología, el sentido común y el instinto te guiarán a la hora de inventar una historia relajante, que no tiene por qué girar en torno a un problema real en la vida de tu hijo. En realidad, tu cuento puede magnificar los pequeños triunfos, tales como aprender a andar en bici, encestar una pelota de baloncesto por primera vez o interpretar una canción al piano.

Recientemente he inventado algunas historias de bomberos con mi hijo de cuatro años. Como es natural, insiste en ser el capitán de la brigada y siempre termina rescatando a Isaiah, un niño mayor que vive en el vecindario. En la vida real, Isaiah es un muchacho muy inteligente y atlético, y creo que mi hijo se siente intimidado. De manera que a cualquier personaje que está en dificultades o necesita auxilio le llama Isaiah. Estoy convencido de que esa es la forma que tiene mi hijo de superar sus problemas de competitividad.

JEFF Y.

La creación de historias originales

Hace años me concedieron una beca para organizar una serie de talleres de cuentacuentos en el Lower East Side de Manhattan con niños «de riesgo» de ocho y nueve años de edad. Cada cultura tiene su propia historia de la creación, y decidí experimentar con este tipo de relato. Después de leer en voz alta diferentes historias de diversas culturas, desde la antigua Grecia hasta los indios estadounidenses y de Europa oriental, pedí a los muchachos que realizaran sus propias composiciones, titulándolas «El nacimiento del sol». Los resultados fueron fascinantes. Aquellos niños, que eran muy conscientes de lo que rezaba en su etiqueta —«alto riesgo»— y que se identificaban como alumnos destinados al fracaso, florecieron como un campo en primavera al darles la oportunidad de poner a prueba su imaginación y de ser el centro de atención.

Todos querían intentarlo. La clave consistía en dejarlos *contar* sus historias, no en sugerirles que las *escribieran*. Para muchos niños, escribir una historia implica un juicio:

les corregirán su ortografía, les criticarán su gramática y les evaluarán su caligrafía. Cuando se sienten libres para inventar un relato sin ser juzgados, afrontan el desafío cara a cara. He aquí algunos de mis favoritos:

Érase una vez una persona llamada El Sol que viajaba por todas partes. Un día encontró una fruta y se la comió. Al abrir la boca, emanó una luz muy brillante de su interior. Y, desde entonces, su boca ha permanecido permanentemente abierta.

SAMMY

Un día, el sol estaba descansando en el cielo, cuando de pronto se le acercó una nave espacial. Se abrió la escotilla y apareció una criatura enorme, peluda y repulsiva, con un arma láser en la mano. La criatura disparó al sol. Allí estaba el sol brillando en el cielo. Esta es la causa de su fulgor.

JUSTIN

Hace muchísimo tiempo, el sol y la luna vivían felices en el cielo. Un día el sol le dijo a la luna: «Apuesto a que soy capaz de brillar mucho más que tú». La luna se enfureció, pero aún tenía una posibilidad de ganar, pues en aquel entonces el sol todavía no era muy brillante. «¡De acuerdo!», respondió la luna. «Acepto el reto. Nos veremos mañana al anochecer». «Por cierto», dijo el sol, «el premio para el ganador será un saco de oro». Al caer la noche, la luna y el sol se reunieron de nuevo. El sol ganó la prueba y el saco de oro. Y desde aquel día el sol es muy brillante y la luna muy oscura.

ARIELLE

El júbilo de la creación. Ahora te toca a ti y a tus hijos crear sus cuentos originales. Te sugiero contar las historias siguientes:

- 1) el nacimiento del océano
- 2) el nacimiento del sol
- 3) el nacimiento de la luna

No lo hagan por escrito. Limitense a explicarlas espontáneamente. Siempre pueden transcribirlas más tarde si les han gustado.

La historia preferida de mis hijos es una que inventé sobre su viaje mágico por el mar. «Había una vez una niña llamada Rachel (mi hija) y un niño llamado Jacob (mi hijo). Cuando fueron lo bastante mayores para viajar solos, decidieron hacer un viaje en barca para visitar varias islas. Al llegar a la primera, descubrieron un mundo completamente distinto al que conocían. ¡Todo era rojo! Las mujeres llevaban vestidos rojos y tenían el pelo rojo. Solo cultivaban tomates, manzanas y remolacha, y la leche era de fresa». A continuación proseguían su periplo hasta otras tres islas y en todas ellas encontraban algo tan extraño como en la primera. En una, por ejemplo, todos tenían tres ojos, y en otra, todos cantaban en lugar de hablar. Suelo preguntarles en qué cambiaría su vida actual si vivieran en aquellas islas. Les encanta este juego, ya que no le falta nada: ingenuidad, resolución de problemas e imaginación.

Cómo inducir una historia

¿Sigues teniendo dificultades para inventar una historia original? Intenta inducirla con las actividades siguientes:

Pasa la historia. Empieza a contar una historia y, sin previo aviso, señala a alguien de tu familia y dile que la continúe inmediatamente.

Los cuentos del conejo. Extrae un conejo imaginario de una chistera y describe lo que lleva, lo que piensa y lo que siente. ¿Trabajaba para un mago o simplemente estaba echando una siestecita en el cálido sillón de su madriguera? Comparte la historia con otros miembros de la familia.

¿Dónde está 007? Inventa un mensaje secreto y dilo en voz alta. Quizá se trate de un largo párrafo o de una simple frase. No tienes por qué ser ingenioso. Di lo que se te ocurra, aunque solo sea una palabra. Explica la historia que se esconde detrás del mensaje.

El mobiliario loco. Todo el mundo sabe que, para una lámpara, la pantalla es su sombrero. Algunas lámparas se sienten muy orgullosas de sus pantallas, exhibiéndolas a la menor ocasión, mientras que otras son más discretas respecto a su tocado. Busca una lámpara de mesa en tu casa y examínala durante unos minutos. Cuenta la historia de cómo la lámpara fue a comprar su pantalla. ¿Se probó muchos modelos antes de decidirse por esta? ¿Era una lámpara esnob que insistía en llevarse una pantalla aristocrática? ¿Había otras lámparas que también querían comprar la misma pantalla? ¿Cambia con las estaciones la pantalla de una lámpara o siempre es igual?

Haz lo mismo con otras piezas del mobiliario doméstico. Las ventanas compran sus cortinas. Una cama compra su colcha. Cuenta las historias.

El hombre invisible. Preséntense a los demás, por turnos, y también presenten a su compañero invisible. Luego, expliquen por qué es invisible. ¿Lo hace a propósito? ¿Tomó accidentalmente una poción mágica? ¿Es una simple cuestión de timidez? Cuenta a los demás la historia que se esconde detrás del aspecto invisible de tu amigo.

La guía de teléfonos. Elijan, por turnos, nombres interesantes en la guía telefónica y cuenten la vida de las personas que hayan seleccionado. Amplía la actividad creando historias de dos personajes, inspiradas igualmente en la guía de teléfonos.

Las tiras de papel. Recorta varias tiras de papel y escribe nombres de lugares (Miami, el museo), personas (abuelo, Bugs Bunny) y aficiones o hábitos (jugar a los bolos, morderse las uñas). Luego, mételas en el interior de varios sombreros, agrupadas por categorías, y pide a cada miembro de la familia que extraiga una tira de cada sombrero y que invente una historia con las tres palabras.

¡Qué pueblo más curioso! Echa un vistazo al mapa, busca una localidad que tenga un nombre inusual o divertido y crea una historia relacionada con ella y con la forma en que recibió dicho nombre.

Cuando Nancy Schimmel, cuentacuentos profesional, pasó por una salida de la autopista que conducía a la localidad de Crossnore, mientras circulaba por Blue Ridge Parkway con una amiga, Heather Cawan, de camino al Festival Nacional de Cuentos de Tennessee, empezó a preguntarse qué significaría aquello de «crossnore». Esta historia es su respuesta.

UN CUENTO PARA HEATHER
de *Just Enough to Make a Story*

Érase una vez una niña llamada Heather. Cada mañana llevaba a pastar a las cabras a través del valle, colina arriba, hasta el prado, y al atardecer regresaba a casa. Mientras caminaba detrás del rebaño, siempre tarareaba las canciones que le habían enseñado su padre y su madre, y otras que había compuesto ella misma. Por la mañana cantaba porque se sentía feliz y descansada, y al atardecer porque una canción es una buena compañía cuando estás solo con las cabras y las sombras.

Lo que Heather no sabía era que cada día, mientras cruzaba el valle, pasaba justo por encima de la madriguera de un «crossnore» que vivía bajo tierra —o tal vez debería decir en la tierra, puesto que los «crossnores» se mueven a través de la tierra como los tiburones en el mar o los tigres en la jungla—. Nadie sabe qué aspecto tienen, ya que nunca salen a la superficie. Pero nuestro «crossnore» nunca se alejaba demasiado de su madriguera, aunque se preguntaba si el otro valle sería más cómodo que aquel. Deseaba descubrirlo, pero antes de partir quería echarse un largo sueño para estar descansado. Y no lo conseguía. Siempre había alguna alondra o petirrojo durante el día, o algún ruiseñor o melodiosa rana durante la noche, que lo

despertaban. Los «crossnores» odian la música. Siempre los despierta. Cuanto más hermoso es el canto, más antes se despiertan.

Los momentos del día más enojosos para aquel «crossnore» eran cuando oía el trip-trap de las pisadas de las pezuñas de las cabras —que no lo molestaban en lo más mínimo—, seguidas invariablemente de la clara y aguda vocecita de Heather cantando alguna bella melodía —que le sentaba fatal—. Le venían ganas de agarrar a la niña por sus delicados pies desnudos y arrastrarla hacia abajo para que se le llenara la boca de tierra, pero su voz era tan diáfana y tan dulce que no era capaz de aproximarse lo suficiente para hacerlo. Así pues, tenía que resignarse a taparse los oídos y refunfuñar.

Un día, el rebaño pasó como de costumbre por encima de su madriguera, y acto seguido el pat-pat-pat de los piecitos de la niña, pero no la oyó cantar. Por la mañana, el «crossnore» quedó demasiado estupefacto como para intentar capturarla, pero durante la jornada, mientras refunfuñaba por el canto de las alondras y cargaba un sinfín de pedruscos de un lado a otro, urdió un plan para atrapar a Heather y arrastrarla consigo bajo tierra aquella misma noche.

Durante todo el día Heather no paró de pensar lo solitario que sería regresar a casa entre las sombras del anochecer sin una canción que le hiciera compañía. Llegado el momento, al iniciar el camino de vuelta, seguía sin poder cantar. Al llegar al valle, pasó junto a un grupo de sauces. Sacó su navaja, cortó un pedazo de corteza de uno de ellos y empezó a tallarla mientras caminaba. Entretanto, el «crossnore» esperaba, y escuchaba, y pronto distinguió el trip-trap de las pezuñas de las cabras y el pat-pat-pat de los pies de Heather, pero justo cuando había conseguido aferrarse a sus dedos, la niña se llevó a los labios el silbato de sauce que había construido, sopló y de inmediato sonó la melodía más clara y más dulce que el «crossnore» había oído jamás. Volvió a enterrarse tan deprisa que la tierra se hundió casi un metro bajo los pies de Heather. Salió del hoyo y continuó silbando durante todo el camino de regreso hasta su casa. El «crossnore» no tuvo más remedio que mudarse al otro valle y no volvió nunca más.

Al llegar a casa, la niña contó lo sucedido a sus padres, quienes a su vez le contaron una linda historia de corrientes de agua subterráneas y de hoyos en la tierra. Heather estuvo a punto de creerla, pero lo cierto es que nunca sabrá lo que realmente ocurrió hasta que alguien le cuente la historia de *Cómo Heather espantó al «crossnore»* con su silbato.

NOTAS

¹ Varía los detalles para adaptarlos al entorno de tu hijo.

² Una lamparita junto a la cama es muy reconfortante para los niños.

V

ZÁMPATE A LOS DUENDES TRAVIESOS

Cómo eliminar el miedo de las historias de fantasmas

Mi primer empleo profesional tendría que haber sido el último. Era el 31 de octubre y me habían contratado en un museo de historia para contar historias de fantasmas de Nueva York a un público familiar. Había reunido lo que creía que era un fabuloso programa de leyendas y folclor de Halloween que revelaban las apariciones históricas y los duendes que supuestamente seguían aterrorizando a la Gran Manzana —el martilleo de la pata de madera de Peter Stuyvesant, la blanquecina aparición del espíritu del capitán Kidd, la silueta espectral del buque de las tormentas que aparece en el río Hudson después de una lluvia torrencial, etc.—, un programa al que había dedicado seis meses de investigación y práctica.

Al principio, las cosas marchaban como la seda. Empecé mi historia y el niño que estaba sentado frente a mí soltó una risita nerviosa. Una buena señal. La rubiecita de su izquierda le siguió con una risa de estómago. Estupendo. Pero entonces intervino el factor decisivo, al recrear el lánguido chirrido de una vieja puerta de madera, un niño de cuatro años se echó a llorar. Su madre lo tomó en brazos y se marchó.

¡Qué le vamos a hacer! Continué, recreando el estridente canto de una bruja junto a un humeante caldero y el «¡bum!» de un inesperado duende. Un segundo niño empezó a gimotear. Otro de tres años, sentado frente a él, se unió a su sollozo. Sus padres no hicieron nada, y otros tres pequeños se incorporaron al coro de los lloriqueos. «Concéntrate y sigue adelante», me dije, al mismo tiempo que continuaba describiendo el barco perdido de Henry Hudson a mis distraídos oyentes. Pero claro, la historia del buque trataba de un naufragio, y no tardó en producirse un caos general. Los padres empezaron a abandonar el auditorio. Me sentía mortificada. Al concluir el éxodo en masa, solo quedaban cuatro niños en la sala. Fue un auténtico desastre.

¿Qué fue lo que salió mal? Para empezar, los niños del público eran demasiado pequeños para mi material, y aunque el museo me había pedido que preparara cuentos para niños mayorcitos, tendría que haberlos adaptado a la audiencia real. Por otro lado, tampoco tenía la suficiente experiencia para saber que cuando los niños piden historias de

miedo no siempre quieren decir lo que están diciendo.

A los niños les gusta aparentar que son mucho más fuertes de lo que son. Pero si no tenemos cuidado, lo que parece una inofensiva historia de fantasmas puede provocarles pesadillas durante varias semanas. Esto es así porque su capacidad para distinguir entre la fantasía y la realidad no está totalmente desarrollada. Asimismo, su imaginación es infinita y pueden evocar imágenes mucho más aterradoras que las de cualquier historia de la televisión y que recalcan en su mente durante mucho tiempo. Por consiguiente, es importante que los padres ejerzan cierto control sobre las historias de fantasmas que se suelen contar en casa, atemperando las imágenes horripilantes de los libros de cuentos y adaptando los relatos mientras los están leyendo.

Esto no significa que esté convencida de que todas las historias de terror sean negativas. A decir verdad, muchos niños consiguen superar sus temores y ansiedades escuchando este tipo de relatos. Son capaces de observar a alguien combatiendo a los villanos y a las fuerzas del mal desde la seguridad del hogar. Pero no hay dos niños iguales y cada uno reacciona de un modo único frente a una historia determinada. Como padres que son, tendrán que evaluar su «coeficiente de miedo» y elegir los cuentos más apropiados. Al estar expuestos continuamente a imágenes truculentas en la televisión, el cine o internet, es fácil olvidar la rapidez con que se pueden exaltar los niños.

Desde mi primera representación-debacle en el museo, he aprendido algunas cosas sobre cómo hay que «resucitar» el espíritu de Halloween eludiendo el terror. Para empezar, no es necesario elegir una historia de miedo. No olvides que los niños pequeños se sentirán tan cautivados por fantasmas ingenuos y apariciones antojadizas como lo estarían ante los más pavorosos. El éxito de un cuento de fantasmas no depende tanto de su contenido como de la forma de contarlo. En las series de dibujos animados, los personajes se precipitan por acantilados, se les caen encima peñascos de tres mil toneladas y se desintegran en mil pedazos, pero nos parecen divertidos, no nos asustan. Eso se debe a que estas series utilizan el humor para representar lo que, de otro modo, serían escenarios indudablemente espeluznantes. Haz lo mismo cuando leas una historia de fantasmas a tu hijo. Sé divertido. Sustituye las voces horripilantes por otras ingenuas o los movimientos amenazadores por otros exagerados.

Hoy en día, cuando me contratan para que cuente historias de fantasmas, tengo mucho más cuidado con la selección de los relatos. En lugar de contar historias de miedo, he aprendido a crear situaciones de *suspense* en textos comunes y corrientes mediante el uso de pausas, susurros y expresiones faciales. También me he acostumbrado a evaluar la receptividad de mi audiencia mediante el instinto, dejando a un lado la regla de la adecuación a la edad. Es demasiado rígida y en ocasiones no da resultado. El nivel de tolerancia de cada niño varía según su experiencia y temperamento. Prefiero pecar de excesiva cautela, probar las aguas lentamente y modificar las historias de terror sobre la

marcha.

Aunque los niños mayorcitos pueden fanfarronear de su capacidad de aceptar perfectamente los cuentos de miedo, procura mantener la moderación. Incluso en las primeras etapas de la adolescencia se pueden asustar con facilidad. Una de las mejores formas de implicar a los niños mayores sin atemorizarlos consiste en sugerirles que creen sus propias historias de terror. Los niños necesitan sentir que controlan su mundo, e inventar relatos originales les puede ayudar a conseguirlo. También puedes contar una historia en la que ahuyentan al monstruo o al espectro que les está haciendo la vida imposible. A veces, al enfrentarnos con nuestros demonios destruimos su poder de aterrorizarnos.

La mayoría de los cuentacuentos profesionales desarrollan sus propias técnicas para combatir el miedo entre el público. Cuando Robin Moore cuenta historias de terror, empieza diciendo: «Si son de la clase de niños que tienen pesadillas por la noche, coloquen los zapatos uno frente al otro, punta con punta, junto a la cama», un truco que, según Moore, ahuyenta a los fantasmas y a los demonios necrófagos. Tim Jennings narra sus relatos favoritos de criaturas espectrales desde la perspectiva de un niño. «Solían asustarse muchísimo cuando les contaba esta historia», dice. «No sé por qué, pero cuando un adulto cuenta una historia de fantasmas y revela sus detalles morbosos, parece horrenda, pero hazlo como si fueras un niño y habrás resuelto el problema».

Un anciano llamado Hall solía venir de visita a nuestra casa. La gente murmuraba: «El señor Hall lleva peluca». No tenía ni idea de lo que era una peluca, de manera que a veces me tumbaba en el suelo y la abuela me decía: «¿Qué haces?». «Estoy intentando encontrar la peluca del señor Hall». Y ella replicaba: «¡Levántate, levántate enseguida! ¡No tiene ninguna gracia!». Un día, el señor Hall estaba en casa y el abuelo empezó a contar una de sus historias de miedo. Había una astilla de madera ardiendo en la chimenea que sobresalía entre las demás, y el abuelo reparó en ella. Tranquilamente, se metió en la boca un buen pedazo de tabaco de mascar para poder escupirlo a una considerable distancia. En el momento oportuno de la historia, echó la cabeza hacia delante, escupió el tabaco e hizo diana en la astilla, que cayó al suelo avivando considerablemente el fuego y levantando una neblina de centellas. Alguien cargó en brazos a un bebé, todo el mundo corría de un lado a otro; el señor Hall también salió zumbando. Al pasar por nuestro lado, advertí que estaba calvo como una bola de billar. ¡Jesusito de mi vida! ¡El abuelo había asustado tanto a la peluca del señor Hall, que había salido volando de su cabeza! Luego me acerqué a su silla y... ¡allí estaba su peluca! La tomé y pregunté: «Abuela, ¿es esta la peluca del señor Hall?». Ella respondió: «Déjala donde estaba y vete a lavar las manos». ¡Cómo me gustaban aquellos días en que mi abuelo contaba sus historias de miedo!

JACKIE TORRENCE, *Jackie Tales*

Cómo divertirse con las historias de terror

- 1. Selecciona las historias con sensatez.** No sobrestimes la capacidad de tu hijo de soportar un relato de terror, por muy «tonto» que diga que es. Elige historias

divertidas, que no asusten, misteriosas, sin violencia, evitando aquellas en las que un personaje es asesinado o descuartizado. Ten presente que una historia puede ser horripilante sin necesidad de que en su desenlace intervenga la violencia o la muerte.

2. **Sustituye el horror por el humor.** Convierte a los personajes truculentos en figuras de dibujos animados. En lugar de un jinete sin cabeza, considera la posibilidad de cambiarla por... ¡un pimiento, por ejemplo! Si en tu historia aparece un pirata blandiendo un cuchillo, transfórmalo en un bucanero que amenaza a sus víctimas haciéndoles beber un litro de leche con chocolate mientras caminan por la tabla. Recuerda que los villanos jocosos pueden resultar tan atractivos como los malvados.
3. **Susurra, no grites.** Las voces altas asustan a los niños pequeños y son innecesarias para añadir *suspense* a un relato. Puedes encandilar a tus oyentes tanto si bajas la voz como si la subes. Aunque la historia exija un sonido fuerte, como un grito, un portazo o la estruendosa pisada de uno de los personajes, intenta susurrarlo en lugar de chillarlo. Invitarás a los niños a concentrarse aún más en el argumento y, dicho sea de paso, evitarás quedarte afónico.
4. **Modula la voz.** Puedes crear *suspense* en *cualquier* historia con la forma de contarla. Intenta dar un aire de Halloween a un cuento ingenuo adornándolo con efectos de sonido, murmullos o lamentos. No olvides que es más fácil empezar con una historia normal y añadirle *suspense* que moderar un relato demasiado pavoroso.

Una de las mejores maneras de eliminar el terror de una historia consiste en contarla con humor. Recuerda que puedes alterar la percepción emotiva de cada línea cambiando las palabras, añadiendo gestos, modulando la voz o utilizando expresiones faciales cómicas. También puedes provocar el humor en una línea del relato creando la representación visual de una imagen totalmente opuesta a su descripción. Por ejemplo, mientras lees un pasaje en un libro que dice: «Era una mujer muy alta», pega la nariz al suelo, mira de reojo hacia arriba y masculla: «¡Oh, ahí está!». Provocarás la risa de tus hijos realizando una interpretación opuesta del material.

Intenta añadir una pincelada humorística a las frases siguientes:

- 1) El vampiro entró en la estancia mostrando sus terribles colmillos y dijo: «En verdad eres muy hermosa, muchacha».
- 2) Creía estar sola en el cementerio, pero de repente sintió una cálida ráfaga de viento arremolinándose a su alrededor y la yema de un dedo deslizándose por su columna vertebral. Era evidente. Había alguien más.
- 3) El brebaje de la bruja estaba listo. Agitando la humeante poción con el mango de

la escoba, la malvada bruja dijo a la jovencita: «Ahora, te convertiré en una cabra».

- 5. No muestres las ilustraciones.** Una imagen visual puede quedar grabada durante años en la mente de los niños, sobre todo si es horripilante. Si las ilustraciones de tu libro de cuentos son demasiado perturbadoras, resiste la tentación de mostrarlas a tus hijos. Déjalos que usen su imaginación para crear sus propias imágenes y luego sugiereles que describan el aspecto de los personajes, o que los dibujen.

Actividades espeluznantes que no asustan

Contar chistes. En lugar de contar una historia de miedo, cuenta un chiste a tus hijos:

¿Por qué se miró en el espejo el hombre invisible?
Para comprobar que no estaba allí.

¿Por qué los esqueletos beben tanta leche?
Porque es buena para los huesos.

¿Qué dijo el fantasma al asustarse?
«¡Quiero a mi mamá!».

¿Qué es lo primero que hacen los fantasmas al subir a un coche?
Se anudan las sábanas de seguridad.

¿Cuál es el análisis favorito de un vampiro en la facultad de Medicina?
El análisis de sangre.

Añadir un diálogo. La mejor manera de contrarrestar un pasaje aterrador consiste en añadirle un diálogo divertido. Si un fantasma sale de una tumba y empieza a dar vueltas y más vueltas en el aire, podrías añadir algo así como: «¡Pero, bueno! ¿Qué se supone que tiene que hacer aquí un fantasma para llamar la atención? Estuve trabajando en un centro comercial donde todo el mundo echaba a correr cuando aparecía entre los expositores. Pero, chico, la empresa quebró y ahora tengo que ganarme la vida».

Después de leer el siguiente pasaje de «The Coming of the Demon», en *The Haunted South*, de Nancy Roberts, crea un diálogo con tus hijos:

Los Livingstone se habían acostado escuchando la lluvia y el viento, cuando de pronto oyeron un golpe en la puerta principal. Adam bajó las escaleras para ver quién podía ser. Con cautela, abrió la puerta unos centímetros, pero el viento soplaba con tal fuerza que lo empujó hacia atrás, abriéndose de par en par. Sobre el

fondo negro de la noche se destacó la silueta de un desconocido de considerable estatura con la capa ondeando al viento.

Creación de historias de fantasmas simpáticos

Los fantasmas amistosos son atractivos y no atemorizan a los niños. Inventar una historia con estos amables personajes puede ser una forma maravillosa de dar la bienvenida al espíritu de Halloween. Empieza a contar un cuento de espectros simpáticos e invita a otro miembro de la familia para que lo continúe, y este al siguiente, y así sucesivamente hasta el final.

Los juegos que te propongo a continuación te ayudarán a crear historias de fantasmas bonachones:

El monstruo congelado. Cuenta una historia de un fantasma simpático. Puede ser una que ya conozcas o que hayas inventado. Di a tus hijos que bailen hasta que te detengas. Cuando lo hagas, tendrán que quedarse petrificados, «congelados» en forma de fantasma. Quien se mueva, quedará eliminado. El ganador será el encargado de contar la historia en la siguiente ronda.

La calabaza. Llena una calabaza de plástico con objetos relacionados con Halloween, tales como un caramelo, un sombrero de bruja o una máscara. Cada persona extraerá un objeto de la calabaza. Empieza a contar la historia del fantasma simpático incluyendo en la trama el objeto que te haya tocado antes de pasar el turno a la persona siguiente. Asegúrate de que todos incluyan su objeto en el relato.

Inventa un final. Si el final de la historia que estás leyendo pone los pelos de punta, pide a tus hijos que inventen otro. Dales plena libertad para hacerlo. Aun en el caso de que su desenlace también sea horripilante, estará dentro de los límites de su tolerancia. Esta actividad estimula la imaginación y la capacidad de expresión verbal. ¿La regla más importante? ¡Nada de violencia!

Intenta crear un final con tus hijos para las siguientes historias de fantasmas:

La gran aventura de Mark

Mark siempre hacía el mismo trayecto para ir a la escuela. Pasaba por delante de la estafeta de correos, saltaba de piedra en piedra la orilla del arroyo y luego atravesaba corriendo un campo de trigo antes de llegar a la pequeña escuela de la colina. Pero aquel

día, Mark iba con retraso. No quería que el señor Medblocker, el director, lo amonestara, de manera que decidió tomar un atajo a través del viejo cementerio abandonado al final de la Calle Mayor. Estaba repleto de vetustas lápidas cubiertas de hiedra. Cruzó el patio delantero y varios parterres de descuidados narcisos, cuando de repente oyó: «¡Ayyy! No me pises, por favor». Miró al suelo y no pudo creer lo que veían sus ojos.

Mi amigo el fantasma

En Halloween, a Naomi le encantaba disfrazarse de fantasma. Aquel año convenció a su vecina Sally para que también lo hiciera. Así, juntas podrían asustar a todo el vecindario. Mientras las dos estaban en la calle disfrutando de lo lindo con sus travesuras, vieron al hermano de Sally y se acercaron a él.

—Hola, Joe —dijo Naomi.

—¿Quieres unirse a tu hermana y a mí?

—Pero ¿qué estás diciendo? —respondió Joe—. Mi hermana se ha quedado en casa esta noche; tiene gripe.

—No seas bobo, está aquí, a mi lado.

Pero cuando Naomi levantó la máscara de Sally...

Claremont High

Los niños de Claremont High decían que su profesor de gimnasia era algo raro. Para empezar, de vez en cuando flotaba en el aire. Una vez, el conserje lo atrapó volando por el auditorio. Sea como fuere, a nadie le importaba demasiado, pues era un buen hombre. O ¿quizás era un fantasma? Un día, el profesor de gimnasia dijo a los alumnos de la clase de tercero...

¿Alguien ha visto mi nariz?

Una mañana el profesor Pretzelmeyer se miró al espejo y dejó escapar un grito de horror. ¡Su nariz había desaparecido! «¿Cómo ha podido ocurrir?», exclamó, acongojado. Llamó a su esposa, que acudió rauda y veloz al cuarto de baño. Algo había cambiado en ella. No tenía el aspecto de siempre. Pero lo más curioso es que al mirar a su marido y advertir que le faltaba la nariz...

¿Adivinas quién es?

Normalmente, los sábados el cine estaba atestado, pero hoy estaba vacío. Solo había tres

personas: Susie, su amiga y un hombre muy extraño. Al empezar la proyección, Susie oyó que el hombre se aproximaba. Se volvió y...

Los astutos tenis

Los zapatos no suelen hablar, pero en Halloween todo es posible. Susie nunca había comprado unos tenis nuevos el 31 de octubre, porque cuando salía a la calle con ellos...

¿Qué ocurre si los niños inventan un final
más truculento que el del libro de historias de terror?

Si dejas que creen su propio final, lo controlarán a la perfección, y con la narrativa serán capaces de sacar del atolladero a los personajes cuando se les antoje. Aunque es posible que el contenido de su relato no sea de tu agrado, no se sentirán víctimas de los personajes ni los atemorizarán en lo más mínimo, ya que son los dueños del mismo. Pero ten mucho cuidado con la violencia. Me he dado cuenta de que los niños la usan para evitar implicarse demasiado en el proceso creativo.

Si estamos inventando una historia sobre un personaje llamado Joe, por ejemplo, y uno de mis alumnos toma el relevo y dice: «Entonces, le asestaron un profundo tajo en la cabeza y le dieron muerte», lo que está haciendo en realidad es eludir con un fatal desenlace el complejo proceso imaginativo que requiere la creación de una historia. En tal caso, lo interrumpo y le digo: «Nada de violencia, inténtalo de nuevo». El resultado siempre es el mismo: la alternativa a la violencia más fantásica y extraordinaria que uno pueda imaginar. Desde luego, contar cuentos no es una actividad natural en nuestra vida. De ahí que los niños necesiten ese empujoncito creativo. Descartar la violencia en los relatos no solo da lugar a mejores narrativas, sino que también transmite un importante mensaje a los niños: «Siempre existe una solución más adecuada que la violencia para solucionar tus problemas. Tienes el poder de cambiar tu hilo argumental. Usa la imaginación». Te sorprenderá la abrumadora dosis de creatividad que desarrollan cuando se descarta la violencia como recurso.

A continuación encontrarás un «cuento con final inesperado». Los cuentos con final inesperado siempre terminan con un *gag* que provoca la risa del niño. Esta historia me gusta porque, si bien está envuelta en cierta atmósfera de *suspense* y es un poco terrorífica, el desenlace final es muy divertido.

DEDOS LARGOS Y LABIOS DE RUBÍ

Cuento de origen desconocido versionado por

Cada día, Eddie y yo pasábamos por delante de la vieja casa de los Perkins de camino a la escuela. Llevaba muchos años abandonada. Los marcos de las ventanas estaban desencajados y las paredes descarapeladas. Todos decían que la casa de los Perkins estaba embrujada.

Un día, al pasar por aquel lugar, Eddie dijo:

—Apuesto lo que quieras a que no eres capaz de entrar en esta casa.

—Apuesto lo que quieras a que tú tampoco —le respondí.

—Yo lo dije primero —replicó.

—Bueno, pues yo segundo —insistí. Entonces, Eddie sugirió:

—Entraremos juntos.

—De acuerdo, entraremos juntos. Vamos.

Lentamente, empujamos la verja —ÑEEEEEEEC— y caminamos por el sendero que conducía hasta el porche. La maleza lo había invadido todo, y era tan alta como nosotros. Subimos los peldaños del porche. Las tablas de madera sueltas crujió bajo nuestros pies —*creeec, creeec, creeec*—. Continuamos hasta la puerta principal. El tirador soltó un gemido de mil demonios —*clic, clic, crooooc*—. Entramos en la casa y, una vez en su interior, la puerta se cerró con estrépito a nuestras espaldas —*¡buuuuum!*—. Estaba muy oscuro. No se distinguía nada. Retrocedimos hasta la puerta, pero estaba cerrada. Estábamos atrapados. Empezamos a caminar pegados a la pared cuando de repente advertimos una respiración en la nuca. «*Aaaah..., aaaah..., uuuuuuh*». Y acto seguido, una voz:

—¿Sabes lo que voy a hacer con mis dedos largos y mis labios de rubí?

—¡¡¡¡NO!!!! —gritamos Eddie y yo al unísono, mientras corríamos escaleras arriba.

Al llegar a la segunda planta, vimos una luz que se filtraba por debajo de las puertas del recibidor. Nos dirigimos a la primera puerta y la abrimos. La mayoría de las tablas de las ventanas estaban rotas.

Empujamos las tablas restantes. Se podía ver el tejado del porche. Me encaramé a la ventana, salté al tejado e intenté deslizarme por el empedrado, cuando... ¡ZAS!, perdí el equilibrio. Por suerte, Eddie consiguió agarrarme de la ropa e izarme de nuevo hasta el interior de la estancia.

Salimos de la habitación, bajamos al recibidor y llegamos a la siguiente estancia. Entraba luz por la ventana. Se habían caído casi todas las tablas y la rama de un árbol penetraba en el interior de la casa. Esta vez fue Eddie quien se encaramó a la ventana, asiéndose de la rama, pero estaba muy seca y se partió —*¡CRAC!*—. Lo jalé, le ayudé a entrar y volvimos a correr hasta el recibidor. De nuevo en la oscuridad, oímos algo en la distancia: «*Aaaah..., aaaah..., aaaah..., uuuuuuh*».

Alguien dijo:

—¿Sabes lo que voy a hacer con mis dedos largos y mis rojos labios de rubí?

—¡NO! —gritamos Eddie y yo. Nos pegamos a la pared.

Mis manos palparon un quinqué y me agarré a él con todas mis fuerzas. La lámpara basculó y la pared se deslizó y se abrió, revelando un hueco de escalera secreto que conducía al sótano. «Quizás haya una salida en el sótano», pensamos. El pavimento estaba embarrado. Mientras avanzábamos sin despegarnos un centímetro de la pared, nuestros pies hacían el típico ruido *suep, suep, suep* al hundirse en el barro. Las paredes estaban húmedas y enmohecidas. La puerta de la planta superior se abrió. Alguien descendía por la escalera —*creec, creec, creec*—, mientras nuestros pies seguían con el habitual *suep, suep, suep*. Advertimos el aliento de alguien en el rostro —*AaaaaahhhuuuuAaaaaauuuhh*—. Eddie y yo dijimos:

—Pero, bueno, ¡¡¿qué piensas hacer con tus dedos largos y tus labios de rubí?!!

Y el desconocido respondió:

—Esto. *Blublublublublu*.

(Para el *blublublublublu* final, haz correr los dedos por los labios para obtener el sonido característico).

VI

¿QUIÉN REMOLCÓ EL ARCA DE NOÉ?

Cómo dar vida a los relatos bíblicos

Hay quien cuenta historias para que los demás concilien el sueño.
¡Yo lo hago para despertarlos!

RABÍ NACHMAN DE BRESLAU

—No, estás completamente equivocado —replicó el profesor de diez años—. El mar Rojo no se abrió. En realidad, bajo el agua vivían unas tortugas gigantes, y sus enormes caparazones asomaron a la superficie para que Moisés y el pueblo de Israel pudieran cruzarlo y alcanzar la otra orilla. Pero, al llegar los egipcios, las tortugas volvieron a sumergirse y no pudieron cruzar el mar.

—Gracias, profesor Mayonesa —le dije—. Es una excelente teoría, aunque el profesor Mostaza, un célebre erudito de Southfield, Michigan, no coincide en lo más mínimo con usted. ¿Puede oírnos, profesor?

Se alzaron docenas de manos. Cada uno de mis alumnos de sexto grado de la escuela hebrea quería ofrecer su propia versión de la historia del Éxodo.

—Sí, profesor Mostaza —dije, señalando a una niña pecosita que se sentaba al fondo de la clase.

—A decir verdad —empezó diciendo, mientras usaba la mímica para darse un aire esnob y académico—, mis investigaciones han demostrado que los israelitas cruzaron el mar en tablas de *surf*.

—Entonces, ¿por qué no hicieron lo mismo los egipcios? —le pregunté.

—¡Pues porque no conocían ese deporte! —exclamó.

De pronto, para mi asombro y satisfacción, otro profesor levantó la mano.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—Soy el profesor Matarile-rile-rile —respondió la niña, y todos los presentes soltaron una sonora carcajada.

—Creo que todos están equivocados a este respecto. Verán, sé perfectamente lo que ocurrió. Los almacenes El Salmón habían anunciado unas fabulosas rebajas del 50% en el fondo del mar Rojo. Todos los israelitas acudieron en tropel, y había tal cantidad de

gente que intentaba llevarse una ganga que desplazaron toda el agua, inundaron los terraplenes y detuvieron a los egipcios.

Se produjo otra explosión de risa, una evidente señal de deleite, pues sé muy bien que cuando los niños se divierten con una lección, estarán deseosos de repasarla una y otra vez.

Cuando veo hacia atrás y analizo mi propia educación religiosa, lo cierto es que no resulta demasiado emocionante. Era pedante y metódica, y no nos ofrecía la menor oportunidad de dar rienda suelta a nuestra imaginación. Solo guardo dos recuerdos de aquellos días en la escuela hebrea: 1) hacer un dibujo de Moisés, que copiamos de un libro, y 2) obtener un Diploma de Honor. (No tenía ni idea de lo que significaba *honor*, pero mi tío me aconsejó mantener la boca cerrada). Hasta que me convertí en una cuentacuentos profesional no empecé a hurgar en el rico tesoro al que no había tenido acceso de niña.

Me encanta contar historias de la Biblia, ya que por muchas películas de alta tecnología y ritmo trepidante que los niños hayan visto, y por muchas novelas de *suspense* que hayan leído, ningún guion capta su imaginación de un modo más intenso que la Biblia. ¿En qué otro lugar puedes encontrar un bastón que se transforma en serpiente, un río que se vuelve rojo, un niño arrojado a un pozo por sus propios hermanos, un hombre que acaba en la panza de una ballena, un asno que habla, una serpiente que engaña, un rey que sueña con el fu-turo, una mujer que se convierte en estatua de sal, un mar que se abre en dos y una zarza humeante que no arde?

Si crees en Dios, hay historias sensacionales, y si no, también las hay. Pero se trata de algo más que de simples ejemplos de buena literatura. En realidad, pueden ser nuestros mejores profesores, que nos dan lecciones de vida, revelando las debilidades y las flaquezas humanas e inspirando compasión y crecimiento. Son una especie de espejos gigantes que nos obligan a volver la mirada hacia nuestro interior a través de la vida de quienes vivieron antes que nosotros, de aquellos cuya vida emocional no era ni más ni menos complicada que la nuestra.

Adam Sandler o Michael Jordan pueden ser el modelo de rol actual para los niños, pero no hace tanto que Moisés o Abraham se alzaron con este codiciado galardón. «Las historias de la Biblia están arraigadas en nosotros desde la más remota antigüedad y la realidad de los personajes es abrumadora», me dijo en una ocasión mi tío Joe. «El triste rey Saúl, el bravo Moisés, el sufrido Jonás. Estos personajes se convirtieron en nuestros héroes y en la forma de afrontar la vida. Fueron unos profesores de un increíble talento que aún hoy continúan en mi imaginación».

Aunque la Biblia no tenga la misma relevancia en la vida de muchas personas que la que tuvo en su día, sus relatos siguen siendo uno de nuestros más importantes legados. ¡Menudos catedráticos rebosantes de humor y *suspense*, villanos y héroes, sabiduría y

orientación! Tanto si eres religioso como si no, tanto si crees en Dios como si no, las historias del Antiguo y del Nuevo Testamento son piezas maravillosas de la literatura que, con un enfoque correcto, fascinarán a tus hijos al mismo tiempo que estimulan su imaginación.

Cuando mi hijo Benjamín y yo armamos un alboroto en casa, lo hacemos dentro de un contexto bíblico. Así, por ejemplo, mientras él interpreta a Judas Macabeo, yo soy un soldado griego que defiende el Gran Templo. O mientras yo soy un faraón, él es Moisés, mirando reiteradamente a sus espaldas como si lo persiguieran, y gritando: «¡Vienen los egipcios!». Luego, se oculta debajo de la colcha de la cama representando «la nube de la gloria», un escudo que según la Biblia protegió a los judíos del ejército del faraón. Intento rasgarlo y simulo forcejear con él, pero nunca lo descubro por completo para que Benjamín no se sienta desprotegido. Hay muchas historias en la Biblia sobre judíos perseguidos y no quiero que crea que siempre son las víctimas, que siempre los capturan. Procuro personalizarlas a la medida del niño, de manera que cuando estudie el tema dentro de algunos años, se sienta como en casa. Ahora tiene siete años, y cuando los otros niños hablan de John Elway o Howard Stern como sus héroes, Benjamín habla de Moisés o José. Son los personajes de verdadera nobleza que deseo que imite, y utilizo estas magníficas historias para inculcarle un sentido de valor e importancia en las cosas que cuentan.

ARYEH SPERO, padre de Benjamín, de siete años

Trasfondo cultural

La Biblia se divide en dos partes: el Antiguo Testamento, que comprende las historias de la creación y las de los antiguos hebreos, y el Nuevo Testamento, que narra la vida de Jesús y de sus discípulos. La Biblia cristiana se compone de los dos Testamentos. Debido a mi trasfondo cultural y experiencia en el arte de contar cuentos, las historias que he seleccionado en este capítulo pertenecen al Antiguo Testamento. Son las que conozco mejor y con las que he desarrollado un considerable nivel de pericia. No obstante, estas actividades se pueden aplicar a cualquier historia bíblica, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Selección de la historia

¿Qué historia de la Biblia deberías contar? Cualquiera que guarde algún tipo de relación contigo. Podemos aprender muchas lecciones de las historias bíblicas, pero si quieres ser eficaz, procura conseguir una implicación emocional del niño con el material. Es muy lícito seleccionar una historia porque te gusta su contenido intelectual, pero no te extrañes si tus hijos no se entusiasman con ella. Lo que te afecte, también les afectará. Lo que te emocione, también les emocionará.

Existe una gran cantidad de muerte, destrucción y derramamiento de sangre en la Biblia. Para algunos niños, oír que el mar Rojo se volvió del color que le da nombre y que en Egipto todos los recién nacidos fueron asesinados puede resultar difícil de digerir. Solo tú sabes cuáles son los límites de tu hijo; así pues, adapta los relatos a su capacidad de tolerancia. Con todo, las charlas que tengan después de la lectura pueden contribuir notablemente a suavizar los pasajes más horripilantes.

Mi familia era católica y a mí me encantaba imitar a las figuras femeninas, sobre todo a las de la Biblia, que se olvidaban totalmente de sí mismas, desde una perspectiva emocional, para atender a los demás. Me conmovía la forma tan poco egoísta con la que María Magdalena amaba a Jesús y cómo se vio completamente renovada mediante este amor; o la devoción de Ruth hacia su suegra, cómo lo dejaba todo para ayudar al prójimo y cómo fue cambiando su vida durante este proceso. Aquellas mujeres me enseñaron que velar por los demás es velar por ti mismo. Pura humanidad.

MARY CLEARY

A menos que quieras leer directamente del Antiguo o del Nuevo Testamento, en las librerías puedes encontrar ediciones infantiles de las historias más populares de la Biblia, si bien es cierto que nueve de cada diez veces no acaban de convencerme. A menudo me siento frustrada por la falta de riqueza de detalles y descripciones. De ahí que me haya acostumbrado a no apreciar los relatos bíblicos dirigidos a los niños por su valor nominal, sino a considerarlos como maniqués que hay que vestir. Como es natural, siempre me ciño a la historia básica, pero también procuro tapar los huecos proporcionando imágenes visuales donde no las hay, dando voz a los personajes donde no la tienen y buscando lugares en los que pueda aprovechar la participación de la audiencia.

Preparación de la historia

Al empezar a preparar una historia para una representación, lo primero que hago es leer la historia dos o tres veces de cabo a rabo, y cuando me siento cómoda con ella, vuelvo atrás y me formulo las preguntas siguientes:

- 1) ¿Qué información falta en este pasaje?
- 2) ¿Qué me gustaría saber y qué no se menciona?
- 3) ¿Qué parte de esta historia fomenta la participación del público, incluyendo efectos de sonido, movimientos físicos y diálogo?

Veamos un ejemplo de cómo podría enfocar una historia de la Biblia usando un fragmento de «La reina de Saba» de la *Biblia ilustrada para niños*, de Selina Hastings:

La reina de Saba había oído hablar de la sabiduría de Salomón y deseaba comprobar por sí misma si todo lo que se decía de él era cierto. De manera que realizó un largo viaje hasta Jerusalén desde la lejana tierra de Saba, con una gran caravana de camellos cargados de especias, oro y piedras preciosas. El rey la recibió con cortesía y la reina le formuló muchas preguntas difíciles. Pero ninguna era lo bastante difícil para Salomón: las respondía todas.

Aunque está bien como texto impreso, hay que añadir más imágenes para conseguir que funcione como texto hablado. Recuerda que los oyentes no tienen la oportunidad de volver atrás y releer una página o de reflexionar sobre ella, como sí lo hace el lector. Por lo tanto, hay que aprovechar cualquier oportunidad para que la palabra adquiera un carácter más visual, audible y participativo.

Respondamos a las preguntas anteriores:

1. ¿Qué información falta en este pasaje? Para empezar, me gustaría saber qué aspecto tenía la reina de Saba. ¿Tenía la piel morena o pálida? ¿Sus ojos brillaban como esmeraldas o eran apagados y sin vida? Añadiendo detalles de este tipo, lo haces más visual y, por consiguiente, más accesible a los oyentes. Podrías cambiar el pasaje para que quedara del modo siguiente: «La reina de Saba era alta y fuerte, con la piel aceitunada y brillante, y el pelo negro como una noche sin luna». O también: «La reina de Saba era una mujer tan enérgica que cuando te miraba te empezaban a temblar las rodillas». Siempre que aparece un rey o una reina en una historia, procuro divertirme con la corona. Por ejemplo: «La corona de la reina de Saba estaba tan repleta de piedras preciosas que si la llevaba la cabeza demasiado a la derecha o a la izquierda, perdía el equilibrio y se caía al suelo». A veces, en lugar de joyas, utilizo objetos de lo más extravagantes: «En la corona, la reina lucía trescientos *hot-dogs*, y la mostaza le chorreaba por la nariz». Con tal de no alterar el argumento esencial, me permito toda clase de libertades. Cuanto más transformes una historia en imágenes en movimiento, más divertida y eficaz resultará para tus hijos.

2. ¿Qué me gustaría saber y qué no se menciona?

El rey la recibió con cortesía y la reina le formuló muchas preguntas difíciles. Pero ninguna era lo bastante difícil para Salomón; las respondía todas.

La reina de Saba planteó a Salomón innumerables preguntas complejas para poner a prueba su sabiduría. ¿Qué le preguntó exactamente? Te lo puedes pasar en grande pidiendo a tus hijos que hagan preguntas, o formulándolas tú misma e integrándolas en el texto de la historia a medida que la lees, y luego sugerir a los niños que las respondan. Por ejemplo, podrías añadir las preguntas siguientes a

este pasaje:

«¿Qué zapatos debería ponerme mañana, los marrones de salón o los de piel de cocodrilo?».

«¿Crees que (*introduce el nombre de tu hijo*) sacará buenas calificaciones este año en la escuela?».

«¿Ganarán la Serie Mundial los Red Sox?».

«¿Por qué es redondo el mundo?».

«¿Habrá paz en el mundo?».

3. ¿Qué parte de esta historia fomenta la participación del público, incluyendo efectos de sonido, movimientos físicos y diálogo?

De manera que realizó un largo viaje hasta Jerusalén desde la lejana tierra de Saba, con una gran caravana de camellos cargados de especias, oro y piedras preciosas.

Esta frase ofrece un sinfín de oportunidades para el cuentacuentos de lograr la participación. En general, cualquier frase que mencione viajes se puede ampliar hasta incluir actividades participativas. Si fuese yo quien contara la historia, diría: «Hizo un largo viaje hasta Jerusalén desde la lejana tierra de Saba, pasando por delante de tres asnos que roncaban (pide a los niños que imiten el sonido de un asno roncando), atravesando una terrible tormenta de arena (imita el viento soplando y la sensación de tener arena en los ojos), dejando atrás un oasis y un beduino con su rebaño de ovejas parlantes (haz los efectos de sonido). Tantos días duró el viaje, que los camellos se quejaban de dolor en las pezuñas».

Si estás demasiado cansado para pensar o poner a prueba tu imaginación, deja que los niños hagan todo el trabajo. Una de las técnicas participativas más eficaces que he desarrollado se llama «Completa con la palabra extraviada». Me limito a detenerme durante la lectura, en un determinado punto de una frase, y sugiero a los niños que busquen la palabra que falta. Funciona como un hechizo mágico.

Si ahora utilizara esta técnica, diría: «Hizo un largo viaje hasta Jerusalén desde la lejana tierra de Saba con una caravana de camellos, pasando por delante de _____ (pídeles que pongan la palabra), atravesando una _____, por una _____, dejando atrás un _____, por la cima de _____ y por un _____».

La clave estriba en *aceptar* cualquier palabra elegida, aunque no tenga el menor sentido en el contexto de la historia y aunque las respuestas sean ingenuas o demasiado contemporáneas. En realidad, no influirá en el argumento de la historia y conferirá a los niños un sentido de fuerza y credibilidad en su imaginación.

Si te preocupa la precisión histórica, también puedes usar la técnica de «Completa con la palabra extraviada» para explicarles cosas, pongamos por ejemplo, de la antigua Arabia. Pide a tus hijos que piensen en lo que habrían visto desde la joroba del camello de haber formado parte de la caravana de la reina de

Saba, añadiendo las palabras correspondientes.

No es necesario que adornes tus textos tanto como yo. Basta añadir el más simple de los efectos de sonido, un término descriptivo o un poco de diálogo para fomentar de un modo extraordinario la historia y el placer de los niños.

Aún recuerdo el esplendor de aquellas historias que se grababan en mi mente, dándole color e integrándose en mi propia forma de pensar. En ocasiones me asombra descubrir hasta qué punto penetraban en mi interior, y eso teniendo en cuenta que no iban acompañadas de estudios complementarios. De modo que debería decir que la sencilla belleza de la Biblia se convertía en una parte de mi maquillaje. Al salir de la escuela buscábamos un lugar adecuado para jugar... Hablábamos de Jacob —¿qué le ocurrió?—, lo comparábamos con nuestros padres. ¿Lo ves? Cuando dejas que los niños sean como son, se sienten muy atraídos por estas hermosas historias y por las lecciones que se extraen de ellas, unas dulces y otras amargas. Las historias de la Biblia nos enseñaron a vivir.

Entrevista con SHMUEL GOLDMAN, EN *Number our Days*,

de BARBARA MEYERHOFF

El *midrash* moderno

Otra técnica que me fascina cuando trabajo con historias bíblicas es casi tan antigua como la propia Biblia. Se trata de la creación de un *midrash*; es decir, de un relato que se basa en una historia de la Biblia. El término *midrash* procede de la raíz hebrea *drash*, que significa «explorar» o «examinar». Desde que los primeros rabinos, hace más de mil quinientos años, empezaron a tejer sus historias, la gente ha intentado comprender el significado de aquellos textos imaginando lo que se escondía detrás de cada verso. ¿Dónde estaba la esposa de Moisés mientras este conversaba con la zarza ardiente? ¿Cómo se sintió Sara cuando Abraham se llevó a su único hijo para sacrificarlo? ¿Qué sintió Lot cuando su mujer se convirtió en una estatua de sal? Pero aun en el supuesto de que no te interese profundizar en el significado de las historias bíblicas, la creación de tu propio *midrash* les proporcionará mucha diversión a ti y a tus hijos.

A continuación encontrarás un *midrash* que escribí acerca del paraíso. Siendo como soy una neoyorquina, he relatado la historia desde la perspectiva de alguien que vive en una ciudad. A decir verdad, dice más de mis esperanzas y temores que de los de Adán y Eva, pero ahí es donde reside precisamente la belleza de estas interpretaciones originales, que nos permiten utilizar la Biblia como un vehículo para observar a la humanidad.

He titulado esta historia «Guía del paraíso para un neoyorquino», aunque como buena neoyorquina impaciente, no empezaré por el primer día, sino alrededor del cuarto, que es cuando acontece lo que realmente me interesa.

Y Yaveh dijo al hombre: «Eres libre de comer los frutos de todos los árboles del paraíso, excepto los del árbol del Bien y del Mal. Si los comes, morirás».

GÉNESIS 2: 16-17

Y Yaveh, que era un romántico impenitente, sabía que la vida sería muy aburrida sin una luna. Así que creó una luna y la hizo brillar en el firmamento. Pero Yaveh necesitaba algo que aullara a la luna, y creó un coyote. Luego, hizo una variación de este animal y creó un perro. Pero el perro necesitaba algo que perseguir, y Yaveh creó un gato. Era travieso y encantador, y a Yaveh le gustó tanto que creó uno más grande, un tigre, y otro más grande si cabe, un león..., después un elefante..., y luego un dinosaurio. Cuando hubo terminado con los grandes animales creó los pequeños: hormigas, escarabajos, abejas y mosquitos. Y como Yaveh sabía que un día habría un lugar llamado Nueva York, también creó las cucarachas. Pero la luna se veía muy sola en el cielo, de modo que Yaveh creó las estrellas para que le hicieran compañía. Y titilaron y centellearon junto a la luna. Eran tan hermosas que entonces Yaveh quiso crear algo especial que fuese capaz de comprender y apreciar su belleza. Así, creó al hombre, un muchacho muy atractivo llamado Adán, cuyos grandes ojos absorbían la vida a manos llenas. Pero, francamente, ¿cuánto tiempo soportaría Adán saltar de árbol en árbol, dar de comer a los monos o pasear a los perros? El pobre se estaba aburriendo, tan solo. «Quiero tener un compañero. Alguien con quien compartir este bellissimo lugar, alguien con quien broncearme en Miami». Y entonces entró en escena Eva.

Era maravillosa, ambos se pertenecieron el uno al otro y Adán no volvió a estar solo nunca más. Jugaban al «corre que te alcanzo», al escondite, al salto de la rana y al Scrabble. Corrían por la suave hierba de los prados, danzaban entre las rosas y las amapolas, y se mojaban los pies en charcos de rocío esmeralda. Y se revelaron en su mutua compañía y en la gloria de aquel paraje llamado edén. Hasta que un día sucedió algo terrible.

Adán estaba recogiendo alimentos para cenar y Eva estaba sentada en el borde de una roca, tarareando una alegre melodía, cuando de repente se vio interrumpida por una seductora serpiente plateada que salió de detrás de un árbol y que hablaba con un vibrato parecido al de Mae West.

«Buenas tardessss, preciosa. ¿Qué cantassss?».

«Oh, una simple cancioncilla». Las palabras apenas habían salido de la lengua de Eva cuando la serpiente se alzó y dijo: «Oye, Eva..., ¿por qué no vienesss conmigo?».

Al igual que el flautista de Hamelin, cuya música hipnotizó a millares de ratas, Eva se dejó seducir por aquellos serpenteantes sonidos y siguió al animal hasta detrás de un árbol muy alto y delgado. Quedó boquiabierta por lo que veían sus ojos. La

serpiente estaba junto a una brillante computadora Apple [en inglés, apple significa «manzana»] de color verde y de última generación.

«Oye, preciossssa, ¿por qué no pruebaaaaa essta Apple?». La serpiente colocó un taburete frente a la computadora e invitó a Eva a sentarse. Eva nunca había visto un teclado y no sabía qué hacer. Cautelosamente pulsó una tecla, luego otra y luego otra más, y otra y otra, cada vez más deprisa, acelerando el ritmo. Pocos minutos después ya sabía cómo funcionaba WordPerfect 6.2, cómo se hacía un *mailing* y cómo se enviaba un fax. Estaba obsesionada.

Entretanto, en el bosque, Adán estaba preocupado por Eva. No tenía ni idea de dónde había ido. De repente, también quedó sugestionado por la voz de la serpiente y esta lo condujo hasta la mujer, que continuaba tecleando como una loca.

«Hola, Eva. ¡Soy Adán, tu esposo! Estaba preocupado por ti. ¿Dónde has estado?». Pero ella no estaba de humor para hablar. «¡Cállate, Adán! Estoy ocupada programando la computadora para calcular la cantidad máxima de animales que podemos cazar dentro del menor radio posible». Y reanudó su trepidante tecleo.

Adán no sabía qué hacer. Pero la serpiente dijo: «Oye, Adán, atractivo varón, ¿por qué no pruebaaaaa essta Macintosh?!». El aparato era tan seductor como una fruta madura. Y Adán también se obsesionó con el artilugio.

Y así, desde aquel momento, Adán y Eva se pasaban todo el santo día trabajando con sus computadoras. Por la mañana se desembarazaban de las hojas de higuera y corrían por el bosque hasta las terminales —ya no les interesaba jugar en la hierba ni danzar—. Ni siquiera el ardiente sol del mediodía les impedía seguir trabajando. Los envolvía la fragancia de las agujas de pino y de las lilas, pero ni siquiera reparaban en ellas ni mucho menos tenían tiempo para olerlas. Por la noche, cuando las estrellas centelleaban en el firmamento y la luna los cubría con su halo de luz blanca, estaban demasiado cansados como para darse cuenta de su belleza. Y fue así como nunca regresaron al paraíso en el que habían nacido.

En la historia del edén encuentro muchos paralelismos con mi vida. El árbol del conocimiento representa las decisiones que tengo que tomar constantemente: sucumbir a las trampas de un mundo impersonal y de alta tecnología que nos hechiza con una falsa sensación de seguridad o tener fe en algo más grande que nosotros mismos. Si elegimos la primera opción, nos autoexpulsamos del paraíso, si no literalmente, sí desde un punto de vista metafórico.

Crear un *midrash* no solo es divertido para los niños, sino que también constituye un método extremadamente eficaz para los padres a la hora de evaluar la mente de sus hijos. Hace muchos años organicé un taller de cuenta-cuentos en una escuela de Pittsburgh. Pedí a un grupo de alumnos que narraran la historia de Noé y el arca desde la perspectiva de un dermatólogo. El resultado fue el siguiente: «A medida que

los animales iban subiendo al arca, Noé los seleccionaba. Los animales de larga melena rubia y piel inmaculada debían acomodarse en la cubierta superior, y los gansos y otros animales con granos en la bodega». Su historia era un reflejo de sus observaciones de la vida escolar y del tratamiento a menudo cruel e injusto que se dispensa a quienes no actúan de un modo determinado o no tienen un aspecto concreto.

Si los niños incorporan sus preocupaciones en sus historias, no te ayudarán demasiado. Hace algunos años, durante la semana de la Serie Mundial, un niño de una escuela intermedia de Nueva Jersey presentó su versión de la historia de Adán y Eva en los siguientes términos: «Bueno, la serpiente se volvió hacia Adán, que estaba en una base, y lo golpeó con el bate. La bola voló por el aire, rebotó en el tejado de la escuela, cayó al suelo y fue rodando hasta Adán».

También me llamaron la atención algunas de las ingeniosas respuestas que he tenido ocasión de escuchar a lo largo de los años. Durante un taller en Londres, un niño y su padre me asombraron con su interpretación de la historia de Adán y Eva contada desde la perspectiva de un dentista: «Dios castigó a la serpiente cortándole las piernas. Y así pasó el resto de su vida arrastrándose por el suelo y haciendo el sonido de un taladro dental». O la del niño que contó la misma historia como si fuera un vendedor de seguros: «De esta forma, Adán solo obtuvo una cobertura parcial».

Ahora es tu turno de pasarlo bien con la historia del paraíso.

Escribe tu *midrash*. Narra la historia de Adán y Eva desde el punto de vista de las personas siguientes:

Vendedor de zapatos

Abogado

Bombero

Estrella de *rock*

Dermatólogo

Jugador de fútbol

Ahora, realiza la misma actividad con Noé y el arca, Jonás y la ballena. O cualquier otra historia bíblica que te guste.

Si tienes una familia numerosa, divídela en grupos y sugiereles que representen la historia en forma de parodia, o que simplemente la cuenten por turnos (uno dice una frase, el siguiente otra, etc.). Pueden concederse quince minutos para preparar la historia todos juntos o improvisarla sobre la marcha. No te preocupes por el final. Lo importante

es el proceso de explorar la historia desde una perspectiva creativa. Esta actividad da excelentes resultados con niños de siete a catorce años.

Emplea objetos inanimados. A estas alturas ya habrás descubierto hasta qué punto me gusta introducir objetos inanimados en mis actividades. Pide a tus hijos que cuenten la historia de Adán y Eva como si fueran:

- El árbol del conocimiento
- Una mata de hiedra venenosa
- Un girasol
- Una costilla de Adán
- Una estrella brillando sobre el paraíso
- La manzana

Puedes hacer lo mismo con otras historias de la Biblia. Si acabas de leer la historia de Noé y el arca a tus hijos, sugiereles que cuenten lo que presenciaron desde el punto de vista de una astilla de madera del arca, de la trompa de un elefante o de un trapeador con la que alguien enjuagaba constantemente el agua de la cubierta.

Adivina quién viene a cenar. Finge que eres un alimento que Adán y Eva preparan cada noche para cenar. Sugiereles que completen la historia de principio a fin. ¿Qué alimento eres? ¿Te han recogido, cazado, pescado o cultivado? ¿Cómo te han preparado? ¿Estás asado, frito, al vapor o te van a comer crudo? ¿Te gusta ser este alimento? ¿Quiénes son tus amigos? ¿Qué tal se está en el paraíso? Pide a cada miembro de la familia que repita la misma actividad y, entre todos, háganle preguntas. Cuantas más preguntas se formulen entre ustedes, más divertidas serán las historias.

El tronco mágico. Coloca un tronco de árbol invisible del paraíso frente a tus hijos y diles que extraigan imaginariamente un objeto que podrían encontrar en el edén. Empieza a contar la historia de la serpiente. Los demás deberán continuarla por turnos, incluyendo en la parte de la historia que les corresponda el objeto que hayan extraído.

La tertulia televisiva. Conviértete en el presentador de una tertulia en la televisión y entrevista a la nariz de Eva. ¿A qué olía el edén? ¿Y la manzana? A continuación, uno de tus hijos encarnará los oídos de Adán. ¿Qué sonido hacía la serpiente? ¿Reinaba un permanente silencio en el paraíso o se oían sonidos misteriosos?

Es muy fácil aplicar esta técnica a otras historias. Pide a tu hijo que se

«metamorphosee» en la nariz de Moisés y luego pregúntale a qué olía la zarza ardiente. ¿Qué aroma presidía la atmósfera en el monte Sinaí? Sugiere a dos miembros de tu familia que interpreten el papel de las sandalias de Moisés (uno el de la derecha y el otro, el de la izquierda, naturalmente). ¿Cómo se sentían después de haber vagado por el desierto durante cuarenta años? ¿Cuál de las dos era la más perezosa? También puedes invitar a la tertulia a la ballena que se tragó a Jonás. Tal vez pueda explicarnos lo que realmente sucedió durante todos aquellos años.

Recientemente he estado trabajando con la *Parábola de la serpiente*, una interpretación de la historia de la creación que suele resultar muy eficaz con niños de siete años en adelante y que casi siempre desemboca en una apasionante discusión.

LA PARÁBOLA DE LA SERPIENTE

Historia anónima publicada en *Reading Between the Lines*,
de Peter Lovenheim y David A. Katz

Pero la serpiente era el animal más sutil y taimado de cuantos había creado Yaveh.

GÉNESIS 3, 1

Al principio, Dios no creó solo a uno o dos seres humanos, sino a un nutrido grupo de ellos. En efecto, Dios quería que nos divirtiéramos muchísimo y pensó: «A menos que formen una nutrida pandilla, se aburrirán». Y así nos puso en este paraje de ensueño llamado edén y nos dijo: «Gocen».

Durante algún tiempo nos la pasamos muy bien, tal y como Dios había previsto. Jugábamos todo el día. Nos dejábamos caer rodando por la ladera de las colinas y nos zambullíamos en los arroyos. Trepábamos a los árboles y nos columpiábamos con las lianas, corríamos por los prados y retozábamos en los bosques. No parábamos de reír.

Pero un día, aquella serpiente nos dijo que lo que hacíamos no era divertido, ya que no competíamos ni llevábamos un marcador. No teníamos ni idea de lo que significaban aquellas palabras, y aun después de explicárnoslo, seguimos sin comprenderlo. Entonces dijo que daría una manzana al que jugara mejor, y que, como es lógico, solo podríamos saber quién era el mejor si anotábamos puntos en un marcador. Aquello sí lo comprendimos. Y, por supuesto, cada uno estaba seguro de ser el mejor en el juego.

Desde aquel momento, las cosas cambiaron. Empezamos a gritar y a reír menos. Tuvimos que elaborar reglas de anotación para los juegos que solíamos practicar, y dejamos a un lado algunas actividades más ingenuas que antes solían entretenernos. El ansia de sumar puntos nos había absorbido por completo.

Cuando Dios advirtió en qué consistía nuestra diversión, solo dedicábamos cuarenta y cinco minutos al día al juego y el resto del tiempo a la competencia. Dios se enojó mucho y dijo que no podríamos seguir gozando del paraíso si no dejábamos de competir de inmediato. No comprendíamos que se hubiese enfadado tanto por el mero hecho de no divertirnos como Él deseaba, pero lo cierto es que no quiso escucharnos, nos expulsó del edén y nos dijo que no podríamos regresar mientras siguiéramos compitiendo.

Para empeorar aún más las cosas, o para llamar la atención, quién sabe, Dios nos anunció que todos moriríamos y que, por lo tanto, los puntos y los marcadores carecerían del menor significado. Pero Dios se equivocaba. Personalmente, he acumulado 16 548.5 puntos, una cifra considerable. Si consigo aumentarla hasta 120 000 antes de morir, sé que habré alcanzado un objetivo en mi vida. Y, si no lo consigo, no importa; actualmente mi vida tiene muchísimo significado, pues he enseñado a mis hijos a conseguir elevadas puntuaciones. Quizá sean capaces de alcanzar 200 000 o incluso 300 000 puntos.

En realidad, en el edén lo que carecía de significado era la vida. En efecto, uno podía divertirse mucho allí, pero, sin competir, no merecía la pena. Dios tiene una visión muy superficial de la vida y estoy convencida de que mis hijos sabrán mantenerse lejos de su influencia. Estamos muy agradecidos a la serpiente por sus enseñanzas.

Interpretaciones de los profesores. Mi tío Danny, un hombre excéntrico aunque brillante, con un doctorado en Física, se pasa el día patentando inventos y refutando teorías. No está de acuerdo con la teoría de la relatividad de Einstein, y hasta la fecha, en su placa de licencia se puede leer: $E \neq MC^2$. Esta actividad fue inspirada por Danny y otros como él, que disfrutaban formulando sus propias teorías e interpretaciones. Después de leer un pasaje en una historia de la Biblia, anuncio a los presentes que hay un profesor en la sala que no está de acuerdo con esta parte de la historia. Luego, pido a un miembro de la familia que se convierta en ese profesor y que nos cuente su teoría. Por ejemplo, la historia del paraíso en el Génesis nunca menciona la palabra *manzana*. Quizá tu profesor tenga una teoría particular sobre el tipo de fruta que debió de haber comido Eva. En una historia sobre el éxodo, los egipcios se vieron asolados por diez plagas, incluyendo forúnculos y ranas. Tal vez tu profesor tenga su propia teoría acerca de las plagas.

Una vaca intentaba saltar por encima de la luna, pero no consiguió saltar lo suficiente y aterrizó sobre el pobre Moisés, que flotaba en el Nilo, dentro de una cesta. Afortunadamente, Moisés estaba protegido por unas ramas muy resistentes y la vaca no lo aplastó, aunque no desaprovechó la ocasión de comerse el chocolate que su

madre había dejado en la cestita.

DAVID, nueve años

Descubrir a Dios

Un hombre muere y va al cielo. Una vez allí, mira hacia abajo y ve toda su vida siguiendo sus huellas en una plaza. Durante la mayor parte del trayecto hay cuatro huellas que caminan paralelas, dos suyas y dos de Dios. Pero se da cuenta de que al llegar al tramo más duro, los tiempos más difíciles de su vida, solo están las suyas. Airado, dice a Dios: «¡¿Cómo pudiste abandonarme en los momentos más arduos de mi existir?! ¡Fíjate! Durante la mayor parte de los años de lucha, esfuerzo, asfixia y abatimiento solo están *mis* huellas en la arena». Y Dios le responde: «Estás muy equivocado. Las que ves no son tus huellas, sino las mías. Te llevaba a cuestas».

CUENTO CLÁSICO

En mis talleres, los padres a menudo me piden consejo sobre la mejor manera de introducir el concepto de Dios en sus hijos. Es una cuestión compleja, sobre todo porque Dios es algo profundamente personal y que cada quien define de un modo diferente. Si lo tienes en cuenta, es muy posible que las siguientes historias y actividades te sirvan de excelente punto de partida y te ayuden a iniciar un diálogo acerca de Dios con tus hijos.

Las creaciones de Dios. Todo el mundo sabe que cuando llueve, los ángeles de Dios nos están enviando un mensaje desde el cielo. La próxima vez que haya una tormenta, cierra los ojos y escucha el repiqueteo de las gotas de agua en el cristal de la ventana. Imagina que las gotas son un código secreto enviado por un ángel. Descífralo y explica la historia que se esconde en él.

Dar gracias a Dios. Toma una fotografía o una ilustración de un hermoso paisaje y sugiere a tus hijos que se metan en él, que cierren los ojos, que escuchen con atención y que levanten el dedo cada vez que oigan un nuevo sonido. Haz lo mismo con el olfato, el tacto y la vista. Luego, pídeles que te digan, o que le digan a Dios, de qué están agradecidos en este momento. Asegúrate de que permanecen concentrados en el paisaje y que dan gracias al Creador de algo que forma parte de la escena. Ahora, diles que imaginen que están en uno de sus ambientes habituales (un partido de fútbol, una barbacoa, la escuela, etc.) y pídeles que describan todo lo que huelen, tocan y ven, siempre con los ojos cerrados. ¿De qué están agradecidos en este escenario?

Una mosca en la pared. Describe las oraciones que oyes en momentos de intimidad. Conviértete en una mosca en la pared en las situaciones siguientes:

Una iglesia, sinagoga o mezquita
El interior de un automóvil
El comedor a la hora de la cena
Un oficio litúrgico conmemorativo

¿Qué le decía la gente a Dios? ¿Qué anhelaban por encima de todas las cosas? ¿Estaban asustados? ¿Agradecidos? ¿Eufóricos? ¿Qué ofrecían a Dios a cambio de su bendición? ¿Eran emotivos? ¿Daban la sensación de estar aburridos o parecían sentirse jubilosos al orar?

Biografía. Conviértete en un biógrafo y cuenta la vida de uno o más objetos de esta lista. Habla de dónde y cuándo nacieron y describe su existencia.

Cuentas de un rosario
Un libro de oraciones
Una mantilla judía de oración
Un solideo (*yarmulke*)
Una alfombra judía de oración

La siguiente historia, escrita por un pastor y escritor cristiano, Calvin Miller, es una de mis favoritas sobre la fe:

LA LANGOSTA LEONARDO

en *When the Aardvark Parked on the Ark*

Era absurdo, pero Leonardo seguía arremetiendo contra la jaula.
Había caído en una trampa y estaba enfurecido.
Sabía que era su destino y que no tardaría en morir,
cuando de repente recordó lo que le había dicho su padre.

«Si alguna vez caes en una trampa, Leonardo,
no tienes por qué acabar guisado, cocido y muerto.
No puedes luchar contra la trampa, hijo mío de dos pinzas,
arremetiendo contra los barrotes de acero».

Leonardo se tranquilizó y dejó de golpear los barrotes.
Miró hacia arriba con sus prominentes ojos en forma de BB
y luego hacia abajo, en busca de una puerta.

Evidentemente, no había ninguna.

Pero al nadar hasta la sección superior de su celda descubrió la pequeña ventana por la que había caído.

Nadó enérgicamente hacia ella, libre ya de su sentimiento de rabia, y pronto consiguió salir de la jaula.

«El motivo por el que todas las langostas acaban en una fuente y la gente de postín las devora con pasión consiste en no intentar escapar de las prisiones de los hombres de todas las formas posibles. Cuando sabes que estás atrapado, de nada sirve arremeter una y otra vez contra las paredes».

Leonardo se convirtió en un gran libertador.

Aprendió a eludir las trampas y a nadar sin miedo.

Cuando veía a un hermano enjaulado procedía con cautela, pero sin temer nada cerca.

«¡Mira hacia arriba, mira hacia arriba!», le gritaba desde la luz, «pues de lo contrario, la trampa en la que has caído no tardará en convertirse en tu sepultura».

«El motivo por el que todas las langostas acaban en una fuente y la gente de postín las devora con pasión consiste en no intentar escapar de las prisiones de los hombres de todas las formas posibles. Cuando sabes que estás atrapado, de nada sirve arremeter una y otra vez contra las paredes. ¡Mira hacia arriba, mira hacia arriba!».

VII

CUANDO LA VIDA NOS ENTRISTECE

Historias que abordan temáticas infantiles

Hoy en día, el Gran *Wanito* ya no se deja ver muy a menudo. De niña, te lo podías encontrar en cualquier parte, sobre todo en el departamento de mi tía Lucy. Era mi pariente de edad favorito, una poetisa excéntrica que se vestía con boas de plumas y despampanantes sombreros, y que sentía una desbordante pasión por el folclor nativo estadounidense. De un modo u otro, el Gran *Wanito*, un mítico carnívoro indio de mirada inquietante e hipnótica, solía estar presente en la mayoría de sus conversaciones.

Por ejemplo, si la desobedecías y luego te atorabas el dedo del pie en la pata del sillón, decía: «¿Lo ves? Es el Gran *Wanito*, que te aconseja no discutir conmigo». Una vez, estaba hablando demasiado en la mesa, a la hora de la cena. Mi tía se volvió hacia mí y me dijo: «¿Sabes? El Gran *Wanito* solo nos concede cierto número de palabras. ¡Cuando se agotan, es imposible seguir hablando!». De pronto, me imaginé a los diez años y a los veinte intentando desesperadamente hablar, pero sin poder emitir ningún sonido. La expectativa de una vida sin palabras fue suficiente para enmudecer..., por lo menos aquella noche.

No siempre creía en sus historias, pero me afectaban a nivel emocional. Las historias tienen esa misteriosa cualidad. Parecen ir más allá del intelecto y hacer blanco en el corazón. Siempre se las ingenian para llamar a la puerta que necesita abrirse o para invitar a tus temores, esperanzas o preocupaciones más profundas a salir del escondrijo en el que se ocultan.

Instintivamente, todos los niños saben incorporar sus pensamientos y sentimientos más recónditos a las historias que inventan. Si les inquieta la posibilidad de ser abandonados, se convertirán en un padre amoroso que mima y cuida a su hijo, y si les da miedo la oscuridad, se transformarán en el sol e iluminarán el entorno. Pero también saben prestar atención a las historias que se les cuentan y extraer de ellas lo que más necesitan. Les ayudan a conectar con sus sentimientos aunque sean incapaces de expresarlos con palabras. Son una especie de abrazo tranquilizador; el mensaje se comprende de un modo implícito.

Las historias de este capítulo están destinadas a ayudar a tus hijos a hacer frente a las ansiedades habituales de la infancia; por ejemplo, el miedo a la oscuridad, el nacimiento

de un hermanito o la muerte de un ser querido. También te resultarán útiles a la hora de abordar cuestiones tales como chuparse el pulgar, el apego al chupete y el sentimiento de abandono. He procurado que traten no solo una amplia diversidad de temas, sino que también representen a varias culturas, incluyendo la africana, la irlandesa y la estadounidense.

Con estas historias, los niños aprenderán a hablar de sus sentimientos, a confiar en sus instintos y a encontrar el significado de todos los nuevos desafíos a los que tengan que enfrentarse en el mundo exterior. También les recordarán que no están solos y que hay muchos otros que comparten sus mismas experiencias y emociones. Observando la forma en que los personajes de estos relatos manejan los dilemas cotidianos, además de nutrirse de un arsenal de conocimientos que les permitirá plantar cara a los retos de la vida, aprenderán a enfocarla desde una perspectiva creativa.

Lógicamente, deberías modificar y cambiar estas historias para adaptarlas a tus hijos. Puedes añadir fantasía a las ambientaciones o hacer que transcurran en tu localidad, dependiendo de lo que resulte más atractivo para ellos.

Sentimiento de soledad

CÓMO CRECIÓ LITTLEBERRY JOHNSON

de CARL FOX

—No eres lo bastante mayor —le decían los niños a Littleberry Johnson cuando intentaba jugar con ellos.

—Sí que lo soy —respondía Littleberry Johnson, poniéndose de puntillas y llenando de aire los pulmones para sacar su pecho.

—¡No, no lo eres! —replicaban los demás.

Y se marchaban corriendo, dejando solo a Littleberry Johnson, que se entretenía dando patadas a las piedras y persiguiendo a su sombra.

Un día se miró al espejo para ver cuánto había crecido desde la hora del desayuno, pero nada, ni siquiera un milímetro más.

Hurgó en el armario observando los zapatos, gorras y prendas de vestir de sus tres hermanos mayores. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Así que no soy lo bastante mayor, ¿verdad? —musitó. Y por primera vez aquel día, sonrió.

—Tengo que empezar desde abajo —dijo Littleberry—, pues así es como empiezan los hombres a construir una casa.

Se quitó los zapatos y se puso un par de calcetines de lana que le llegaban hasta las rodillas. Luego, otro par sobre el primero. ¡Y un tercer par sobre el segundo!

A continuación, se calzó dos zapatillas forradas de piel de conejo, y sobre ellas un par de zapatos, y sobre los zapatos un par de sobrezapatos, ¡y sobre ellos, sendas botas de plástico!

Luego, vinieron los pantalones. Primero se enfundó un par de pantalones de algodón; después, otro par de lana y otro forrado de borreguillo, ¡y para terminar unos gruesos pantalones de pana!

Le siguieron las camisas —una, dos, tres camisas— y los suéteres de lana —uno, dos, tres suéteres—; una bata, una chamarra de lana, una chamarra de piel, un abrigo de lana y un abrigo forrado de borreguillo que le llegaba hasta los tobillos.

Alrededor del cuello se enrolló una bufanda amarilla, otra azul y otra marrón.

En la cabeza se encasquetó dos gorras de fieltro y un sombrero de piel atado con un pañuelo rojo por debajo del mentón.

Y después de ponerse no menos de tres pares de guantes de lana, Littleberry Johnson se miró al espejo.

Lo que vio fue suficiente como para aterrorizar al más valiente de los niños; o por lo menos, para hacerlo reír.

«Así que no soy lo bastante mayor, ¿verdad?», sonrió Littleberry.

Lenta y pesadamente bajó las escaleras, salió de casa y se dirigió hacia el campo.

«¡Ya les enseñaré yo quién es lo bastante mayor!».

—¿Cómo te llamas? —preguntaron los niños, que se habían acercado corriendo hasta el niño más grande y fuerte que habían visto jamás.

—Grumph-umph-bumphson —murmuró Littleberry Johnson con la voz más ronca que fue capaz de emitir.

—¡Oh! ¡Vaya nombre! —replicaron.

Littleberry Johnson asintió con la cabeza.

—Grumph-umph-bumph...

—Hagamos una carrera hasta el viejo molino —dijeron los niños—. ¡Vamos!

—Bueno... —murmuró Littleberry Johnson—, no sé. Además, soy demasiado grande para jugar con niños y niñas tan pequeños.

—Por favor —le rogaron—. Por favor, juega con nosotros —dijeron, tirándole de la manga del abrigo.

—Está bien... —murmuró Littleberry Johnson—. ¡Pero solo esta vez!

—¡Estupendo! —gritaron los niños—. Preparados..., listos..., ¡ya!

Y todos corrieron colina abajo. Pero Littleberry Johnson se sentía dos veces más pesado que un elefante, y sus piernas se negaban a correr.

Primero se quitó la bota derecha y dio algunos pasos. Luego hizo lo propio con la bota izquierda y siguió corriendo.

Poco después, se desprendió de los sobrezapatos, de los zapatos normales y de las

zapatillas forradas de piel de conejo. Pero aun así tenía la sensación de ser cada vez más y más pesado. De manera que se quitó el abrigo forrado de borreguillo mientras continuaba corriendo colina abajo.

Pero por mucho que corría, los demás niños eran más rápidos. Tiró el abrigo de lana en unas zarzas, al que no tardaron en seguirle la chamarra de piel, la chamarra de lana y la bata. Y, al llegar al bosque, Littleberry Johnson ya había conseguido acelerar un poco el ritmo de la carrera.

En la espesura del bosque, entre los árboles y las ramas caídas, fueron quedando, uno a uno, los suéteres, las camisas, las bufandas y los tres pares de guantes de lana.

Al llegar al maizal, Littleberry Johnson se detuvo. No podía más, estaba asfixiado.

Se quitó el sombrero de piel y las dos gorras de fieltro, que dejó sobre un espantapájaros que estaba pidiendo a gritos algo con qué cubrirse la cabeza.

En la cerca de madera dejó los pantalones de pana y los forrados de borreguillo. En los cuernos de una vaca colgó los pantalones de lana, y los de algodón quedaron colgando de una rama de un manzano, mientras Littleberry Johnson corría cada vez más deprisa en pos de los demás.

Con tres pares de calcetines de lana para protegerlo de las piedras y los espinos, el pequeño Littleberry estaba corriendo como nunca había hecho.

Vadeó el arroyo saltando sobre las piedras, cruzó el puente y tomó el camino que conducía hasta el molino.

Uno a uno, fue adelantando a todos los niños y fue el primero en llegar al viejo molino.

Littleberry Johnson se dio la vuelta con las manos en jarras.

—¿Y bien? —dijo a los demás cuando llegaron. Se quedaron mirándolo con unos ojos enormes y la boca abierta.

—Pensé que nunca iban a llegar. Y eso que solo he corrido a poca velocidad...

—¡Littleberry Johnson! —gritaron los niños.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿De dónde has salido?

Pero lo único que dijo Littleberry Johnson fue:

—¡Grumph-umph-bumphson —enronqueciendo la voz.

—¡Littleberry Johnson! —exclamaron los niños, dando vueltas a su alrededor y mirándolo de arriba abajo, mientras él se reía y asentía con la cabeza.

—Pero ¿dónde está el resto de ti? ¿Cómo creciste tanto y has vuelto a hacerte tan pequeño?

—Ven —respondió Littleberry Johnson, soltando una carcajada.

Y corrieron hasta el manzano de donde colgaban los pantalones de algodón. Luego recogieron los de lana de los cuernos de la vaca, y los de pana y los forrados de

borreguillo de la cerca de madera.

Y pieza a pieza, Littleberry Johnson se puso de nuevo todas las prendas: los pantalones, las camisas, los suéteres, la bata, las chamarras, los abrigos, el sombrero, las gorras, las bufandas, los guantes y los zapatos.

Luego, de pie, más alto y robusto que cualquiera de los demás niños y niñas, Littleberry Johnson sonrió y se cruzó de brazos.

—¿Soy o no soy lo bastante mayor? —preguntó.

—¡Desde luego que sí! —respondieron a coro, mientras se tomaban de las manos y danzaban alrededor del niño más grande de la pandilla.

Y así fue como creció Littleberry Johnson.

Y así fue como Littleberry Johnson no volvió a mirarse en los espejos ni a preguntarse qué podía hacer. ¡Estaba demasiado ocupado jugando con sus amigos como para preocuparse de crecer!

Rivalidad entre hermanos

¡NIÑA TONTA!

de JUDITH BLACK

Hola. Me llamo Jamil y tengo uno, dos, tres, cuatro años. Me gustan los días soleados, los helados y Frederick, mi ratoncito de peluche. Pero no me gusta cuando llueve demasiados días seguidos, ni cuando el helado se me cae al suelo. ¡Plof! Voy a contarte un secreto: tampoco me gusta la tonta de mi hermanita pequeña.

¿Sabes por qué? Esta mañana estaba durmiendo en la cama con mis cinco mantas, cuatro coches de carreras, tres libros, dos muñecos gemelos (la andrajosa Ann y el andrajoso Andy) y mi ratoncito de peluche Frederick. Dormíamos todos muy profundamente cuando de pronto oímos... ¡la alarma! ¡Fuego! Nos levantamos todos de un brinco, tropezándonos. Salté sobre las cinco mantas y los cuatro coches de carreras, me deslicé por los tres libros, empujé a los muñecos gemelos (la andrajosa Ann y el andrajoso Andy) y aterricé sobre mi pobre ratoncito de peluche Frederick. ¡Lo siento, es una emergencia! Corrí hasta el perchero y agarré mi sombrero de bombero. Luego me coloqué al hombro la manguera. Pero... ¿dónde está el incendio? Vaya, vaya... No hay ningún incendio. ¡Solo ha sido mi hermanita que se ha despertado llorando! Qué niña más tonta. He compuesto una canción para ella. ¿Quieres oírla?:

Niña tonta, ¡tonta, tonta, tonta!

Que no distingue el pulgar del índice.

Le canto muy bajito porque a mi mamá no le gusta. Puedo oírle cantándole al bebé: «Dulce cariñito, dulce cariñito. Te cambiaré los pañales y te pondré el vestido de lunares. Ahí está mi niña, jubba, jubba, joo...».

Yo ya soy mayor. Sé vestirme sin ayuda, ¿sabes? Primero los calcetines. Uno rojo, otro verde. Me gustan así. De este modo parece como si todo el año fuese Navidad. Luego la camisa de cuello de tortuga, que es ideal para que no se te enfríe el cuello —como a las tortugas—, aunque a veces me cuesta horrores meter la cabeza. Tomo la camisa por el cuello, meto la cabeza, jalo con fuerza y... ¡tachín! ¡Ya salió! ¡Me encanta hacerlo! A continuación, los brazos se deslizan por los largos túneles. Y ahí está mi abrigo favorito. Tiene ocho trillones de bolsillos, de manera que podría meter ocho trillones de cosas en ellos. Pero, por ahora, solo llevo mis cuatro coches de carreras y mi ratoncito de peluche Frederick. Siempre me pongo el abrigo antes de que mamá pueda agarrarlo para lavarlo. De este modo, se conserva suave.

Ahora viene lo más difícil. Tengo que levantar una pierna y... mantener el equilibrio sobre la otra mientras la meto por una pernera del pantalón. Luego, lo mismo pero cambiando de pierna. Así. Luego me subo el pantalón, aunque aún me queda pasar los tirantes por los hombros. Mira lo que hago. Me balanceo adelante y atrás hasta que los tirantes también empiezan a balancearse siguiendo el mismo ritmo. Adelante y atrás, adelante y atrás, ¡como si bailara *rock and roll*! Pero no lo hagas cerca del bebé. Podrías darle con la hebilla en la coronilla y a tu madre le daría un ataque. Así pues, adelante y atrás, adelante y atrás. A continuación, atrapo un tirante. ¡Ya lo tengo! Adelante y atrás, adelante y atrás, y luego atrapo el otro. ¡Ajajá! ¡Ya tengo los dos! Ahora los jalo por encima de los hombros. Abrocho uno. Abrocho el otro. Y, por fin, ya estoy vestido. ¡Tachín!

¡Oh, no! Me olvidé la ropa interior. Bueno, da igual, porque mi barriguita ya está gritando: «¡Hora de comer!». Me apresuro hasta la cocina, pero mamá está ocupada con el bebé.

Dice: «Dulce cariñito, come la papillita de plátanos, por favooooor».

¡Yo también tengo hambre! Me señalo la boca vacía. ¿Lo ves, mamá? ¡Ahhhhhh! Me señalo la barriga vacía y le doy golpecitos como si fuera un tambor — ¡tumbatumbatumba!—. Incluso simulo un desmayo y me dejo caer al suelo —¡Aug!—. Pero nadie se da cuenta.

Niña tonta, ¡tonta, tonta, tonta!

Que no distingue el pulgar del índice.

Pero yo tengo uno, dos, tres, cuatro años. Ya puedo desayunar solito. Me pongo de puntillas y alcanzo el cuenco de Spiderman y mi cuchara Bozo. Van muy bien para comer cereales. Pero el paquete de copos de avena está al fondo de la barra y no

llego. Tranquilo, no pasa nada. Tengo una idea. Jalo el último cajón y me subo. Me echo hacia delante para alcanzar el paquete. Levanto la tapa, lo inclino y vierto su contenido. ¡Vaya! He derramado un poco. No pasa nada. ¿Sabes por qué? Los suelos también están hambrientos. Te lo digo de veras.

«¡Jamil!», grita mamá. «Jamil, ¿has sido tú quien ha ensuciado todo esto? ¡Quiero que lo limpies de inmediato!» Luego, se vuelve de nuevo hacia el bebé. «Ahora mi cariñito se comerá sus platanitos. Por favor, come un poquito de...».

Niña tonta. Ya soy mayor para limpiarlo yo solito, ¿sabes? No necesito que nadie me ayude. Y menos si solo sabe estar sentado en la sillita de bebé y decir: «Gaa, gaa».

Niña tonta, ¡tonta, tonta, tonta!
Que no distingue el pulgar del índice.

Luego le digo a Frederick que salga del bolsillo, pues es la hora de desayunar. Una cucharada para él, una cucharada para mí..., mientras mamá me vigila.

—¿Jamil?

—¿Sí? ¿Qué quieres, mamá?

—Jamil, ya he visto lo mayor que eres. Te has preparado tú solo el desayuno.

Me pregunto si no estará confundida. Pero sigue diciendo:

—Estaba pensando..., mirándote... Quizá sepas algo de comer que yo no sé; por ejemplo, qué hacer para que esta niñita coma.

¡Ya lo tengo!

—¿Quieres que le dé de comer?

—Jamil, por favor, me ayudarías muchísimo.

De manera que lo intento. Agarro el plato de mamá.

—¡Puaf! ¿Qué es esto?

—Papilla de plátanos.

—¡Qué asco!

Mamá sonrío.

—Tú lo comías cuando eras un bebé.

—De acuerdo, abre la boquita. Así. ¡Ahhhhh! ¡Mira, mamá, se lo ha comido! Muy bien, ábrela otra vez. ¡Ahhhhh! ¡Le gusta!

—Jamil, ¡está comiendo lo que le das tú!

—Es que tiene hambre, mamá. ¿Por qué no se lo has dado tú?

—Porque no quería probar ni una pizca.

—Eso es porque no le has enseñado a hacerlo. Tienes que abrir la boca así: ¡Ahhhhh! ¡Mírala! ¿Le puedes limpiar el mentón, mamá? Le está goteando la papilla.

Mi mamá dice:

—Jamil, eres maravilloso. ¿Crees que podrías darle de comer cada mañana? Necesito tu ayuda.

Le respondo que tendré que pensarlo. Pero ¿quieres que te diga la verdad? A partir de mañana, tan pronto como suene la alarma (no la de incendio, sino la de mi hermanita), ayudaré a mamá. Hay muchísimas cosas que los niños mayores saben hacer y los bebés no. De manera que voy a empezar a enseñárselas a mi hermanita. He compuesto otra canción:

Niña tonta, ¡tonta, tonta, tonta!

Aquí están tus ojos, tus orejas, tu nariz, tu boca y tu lengua.

Sí, hay muchísimas cosas que los hermanos mayores pueden enseñar. Y ¿sabes qué? Ahora que su hermano mayor le da de comer, ¡mi hermanita crecerá mucho y se hará muy, muy guapa!

Chuparse el pulgar

¡SLURP!, ¡SLURP!, ¡SLURP!

de ARTHUR ROWSHAN, en *Cómo contar cuentos*

En un país muy lejano vivía una familia de pandas. Tenían el aspecto de todos los demás pandas, con el pelaje blanco y negro, las orejas puntiagudas y las patas planas y mullidas. Su hogar estaba situado en un espeso bosque lleno de bambú. Los osos panda comen bambú.

Durante un invierno muy frío, una de las familias de osos panda que vivían en el bosque tuvo un bebé. Mamá panda y papá panda lo bautizaron Peter. El pequeño Peter era una monada. Se acurrucaba en los brazos de su madre, que lo amamantaba. Cuando tenía la barriguita llena, se sentaba en un rincón y se chupaba el pulgar: slurp, slurp, slurp.

Todos se reían al verlo con el dedo en la boca. Una escena muy conmovedora — un bebé panda, tan bonito, redondito y peludito, succionando el pulgar...—. Cuando tenía hambre, mamá lo alimentaba con su leche tibia y, cuando quería dormir, se metía el pulgar en la boca y SLURP, SLURP, SLURP.

Poco a poco Peter fue creciendo. Ahora ya era mayor, aunque no era tan hábil como los demás pandas jóvenes usando los dedos para trepar a los árboles. El procedimiento era el siguiente: trepaban por el tronco y se agarraban a una rama para no perder el equilibrio. Luego, trepaban un poco más y se agarraban de nuevo a otra rama, y así sucesivamente. Se divertían mucho y no paraban de reír.

Pero Peter permanecía sentado y observaba sus evoluciones. En el fondo de su corazón deseaba trepar a los árboles y agarrarse de las ramas, pero no sabía hacerlo. Los demás creían que era demasiado perezoso o demasiado torpe como para trepar a los árboles y jugar con ellos. Siempre le estaban diciendo lo mismo: «¿Por qué no dejas de hacer esto?» o «No te chupes el pulgar como un bebé». Al oírlos, se enfadaba muchísimo, hasta el punto de que a veces le venían ganas de no hacerlo más. Se sentía muy triste y no sabía por qué.

Un día, un viejo búho de larga barba blanca encontró a Peter sentado en un rincón mientras veía jugar a los demás. El búho le preguntó por qué estaba triste, y Peter le dijo que por culpa de su pulgar. El búho lo abrazó y le dijo: «Ten paciencia. Pronto descubrirás cómo debes usar los pulgares y los dedos para trepar a los árboles». Peter se sintió muy feliz, pues quería mucho al viejo búho y sabía que era muy sabio.

Otro día, Peter estaba sentado debajo de un árbol observando cómo jugaban los demás pandas en otro árbol que estaba bastante más alejado. Estaba sentado, chupándose el pulgar. Justo sobre su cabeza, un pequeño búho estaba saltando de rama en rama igual que los osos panda. De pronto, el pequeño búho resbaló y cayó. Peter miró hacia arriba y lo vio. Mientras caía, el búho consiguió sujetarse del extremo de una rama con sus garras. Colgaba en el aire.

«¡Socorro!», gritó el pequeño búho.

Peter miró hacia arriba y dijo: «¿Por qué no usas las alas para volar?». Pero enseguida se dio cuenta de que era demasiado pequeño y que sus alas todavía no se habían desarrollado. Peter miró a su alrededor, pero los demás búhos y osos panda estaban lejos de allí. No tenía mucho tiempo. Las garras del pequeño búho estaban resbalando poco a poco.

Peter no desperdició un solo segundo. Se encaramó a un árbol más bajo y se aferró a una rama alta. Intentó agarrarse, pero resbaló y volvió a caer. Lo intentó de nuevo y volvió a fracasar. El pequeño búho seguía colgando. Esta vez lo intentó con todas sus fuerzas. Se agarró a la rama con el pulgar y los dedos. Estaba bien sujeto. Se agarró sin soltarse, impulsándose hasta la siguiente rama y luego hasta la siguiente. Por fin llegó a la misma rama de la que pendía el pobre búho. Lo agarró de una pata y se impulsó hacia arriba. Los demás búhos y osos panda se habían aproximado para observar el rescate. Todos lo animaban: «Vamos, Peter. Un poco más». Al final, Peter consiguió alcanzar la rama más elevada y sentarse con el búho en sus brazos. Estaban a salvo.

Mientras los animales aplaudían y vitoreaban a Peter, el viejo búho de larga barba blanca se acercó a él y le dijo: «En nombre de todos nosotros te impongo esta medalla por tu valor y el buen uso que has hecho de tus manos». Peter se sentía de

un modo muy especial. Sabía que a partir de ahora podría hacer otras muchas cosas emocionantes con los pulgares y los dedos. Pronto se unió a los demás ositos panda para saltar de rama en rama y divertirse jugando con ellos.

Controlar la desconfianza

EL DRAGÓN
de LISA LIPKIN

Ningún dragón es un dragón
sin una gran nariz,
larga y estrecha,
semejante a una manguera.

Cuando hay algún problema
y el peligro acecha,
usa la nariz
para vencer el miedo.

No olfatea con ella
ni hace sonidos curiosos.
No se la frota ni tampoco se la rasca
cuando se cierne el peligro.

Arroja una llama,
a menudo de seis metros de longitud.
Casi siempre es suficiente
para solucionar *cualquier* dificultad.

Las llamas son convincentes,
vuelan a toda velocidad,
son osadas y disuasorias.
Sí, realmente asustan.

Procura que no te alcance
el fuego de un dragón.
Te sentirás impotente,
con la ropa hecha jirones.

Pero los dragones son muy simpáticos
cuando no se sienten acorralados.
Si alguna vez te lastimas
acudirán en tu ayuda.

Es muy divertido jugar con ellos
porque son muy altos,
recogen las pelotas de los árboles
y no dan la lata.

No debes temer ni desconfiar
de un dragón
porque de vez en cuando
se le incendie la nariz.

Verás, en lo más profundo de nuestro ser
todos tenemos un fuego
que arde, burbujea
y quiere llegar hasta el cielo.

Pero igual que el dragón,
usa tu llama con sensatez,
«pues si juegas con fuego,
te quemarás».

Miedo a la oscuridad

EL NIÑO Y LA OSCURIDAD

Cuento tradicional estadounidense

adaptado por LISA LIPKIN

Érase una vez un niño que vivía con su madre en un pueblecito cerca de Tombigbee River. En aquel lugar no había agua corriente, de manera que tenía que ir a buscarla al arroyo cada tarde. Un día, salió de casa más tarde que de costumbre. Era la primera vez que lo hacía al anochecer. Tomó la cubeta y caminó por el sendero que se había formado entre la hierba, tras generaciones y generaciones de pisarla, en dirección al arroyo de aguas cristalinas que se hallaba a un kilómetro y medio de distancia. De pronto, oyó un sonido familiar. «Croa. Croa». Era una rana que estaba en medio del sendero y que, al oír cómo se aproximaba, se asustó, y dando saltitos

se ocultó en el bosque. El niño dejó la cubeta en el suelo y corrió detrás de la rana con la esperanza de atraparla.

Pero después de una hora de persecución, la ranita consiguió escapar y el pequeño regresó al sendero para recoger la cubeta. El sol ya se había puesto. Bajó hasta el arroyo, llenó la cubeta de agua e inició el camino de regreso a su casa. Tendría que guiarse por la luz de la luna. Nunca antes había estado fuera de casa en la oscuridad de la noche.

En el pueblo se contaban muchas historias que advertían del Hombre Greñudo que deambulaba de noche por las calles y hacía cosas terribles a la gente del lugar. El niño estaba asustado, aunque sabía que su madre necesitaba el agua y que no podía decepcionarla.

De manera que hizo acopio de valor y empezó a caminar por el sendero. De repente, advirtió una presencia frente a él. Sus ojos brillaban como dos bolas de fuego y gritaba como un fantasma, con una voz estremecedora. «¿Qué quieres, Hombre Greñudo?», preguntó el niño con la voz temblorosa. Pero el extraño no respondió. «¿Qué quieres?», volvió a preguntar. Tampoco esta vez hubo respuesta. El pequeño echó a andar pasito a pasito —centímetro a centímetro—, pasó junto al Hombre Greñudo y continuó alejándose hasta tener la sensación de estar fuera de peligro. Pero tan pronto había empezado a tranquilizarse cuando un cuchillo salido de la nada le golpeó en la pierna. «¡¡Basta ya!! ¡Déjame en paz!», gritó el niño, echando a correr tan deprisa como podía, dando traspiés por el terrorífico y oscuro sendero y perdiendo el agua que llevaba en la cubeta.

Poco después, divisó la silueta de su casa en lejanía y respiró aliviado, sabiendo que por fin estaría a salvo del Hombre Greñudo... o de lo que fuera.

Tan pronto como acortó el paso, el Hombre Greñudo lo agarró de los tobillos, obligándolo a detenerse. «¡Te digo que me dejes en paz, Hombre Greñudo! ¡Márchate ya!», chilló. Y tiró y tiró hasta que por fin consiguió liberar sus piernas y echó a correr hasta su casa.

Al llegar, su madre vio que se había caído toda el agua de la cubeta. «¿Qué ha ocurrido, hijo? ¿Dónde está el agua?». El niño se echó a llorar y contó lo sucedido con el Hombre Greñudo. Ella sonrió y le secó las lágrimas.

La madre de aquel niño era muy inteligente. ¿Sabes?, dijo a su hijo: «No irás a buscar agua nunca más, pero quiero que recuerdes algo. Todo lo que te asusta, tiene una explicación».

Había algo en la serenidad de su voz y en la forma de sonreír y abrazarlo que tranquilizó al pequeño. Sabía que sin agua los animales no podrían beber y que mamá no podría cocinar o lavar. De manera que decidió regresar al arroyo en plena noche para ir a buscar el agua que necesitaba su familia.

Poco a poco, volvió a recorrer el sendero, consciente de que el Hombre Greñudo lo estaría esperando con sus dos ojos brillantes y un grito fantasmagórico. Pero esta vez, en lugar de correr, se detuvo. Recordó lo que le había dicho su madre —«Todo lo que te asusta, tiene una explicación»—. ¿Y sabes qué eran aquellas dos luces? ¡Los ojos de un búho! ¿Y el grito? Pues simplemente su reclamo, su «uuuuh, uuuuh» tan característico.

Siguió caminando y, de nuevo, algo lo golpeó en la pierna. Volvió a detenerse. ¿Sabes qué era aquel cuchillo? ¡El espino de una zarza!

Continuó avanzando hacia el arroyo e, igual que antes, algo lo agarró por los tobillos. Por tercera vez, se detuvo. ¿Sabes qué era lo que lo estaba sujetando? Las raíces de un árbol muy grande.

Llenó la cubeta de agua y regresó a su casa. A partir de aquella noche, procuró ir por el agua antes del ocaso, pero de vez en cuando, su madre le daba permiso para salir por la noche y disfrutar de aquella oscuridad que tanto le gustaba.

Muerte de un ser querido

Esta es una de mis historias favoritas sobre la muerte de un ser querido, pues sugiere que el recuerdo es una forma de mantener vivas a las personas que amamos y que, por desgracia, ya se marcharon de este mundo. En ella, los hijos de un padre difunto consiguen traerlo de nuevo a la vida. Aunque no deja de ser una hermosa metáfora, los niños más pequeños pueden tomarse esta historia al pie de la letra. De ahí que quizá lo más sensato sea reservarla para los mayorcitos o tener una charla después de leerla.

EL POSTIZO DE COLA DE VACA

de HAROLD COURLANDER y GEORGE HERZOG,
en *The Cow-tail Switch and Other West African Stories*

Cerca de los linderos de la selva ecuatorial de Liberia, en una colina que domina el río Cavally, se hallaba la aldea de Kundi, cuyos campos de arroz y mandioca se extendían en todas direcciones. El ganado pastaba en las praderas próximas al río. El humo de las hogueras en las chozas circulares de arcilla serpenteaba entre las hojas de las palmeras y, de lejos, aquellas débiles columnas de humo parecían flotar, inmóviles, sobre el poblado. Los hombres y los niños pescaban en el río con redes, mientras las mujeres machacaban el grano en morteros de madera frente a las chozas.

En aquella aldea vivía un cazador llamado Ogaloussa con su esposa y muchos

hijos. Una mañana, Ogaloussa descolgó su arma de la pared y fue al bosque a cazar. Su mujer y los niños salieron a cuidar de los campos y a conducir el ganado hasta el prado. Transcurrió la jornada, y cenaron pescado y mandioca. Llegó la noche, pero Ogaloussa aún no había regresado.

Transcurrió otro día, y ni rastro de Ogaloussa. Todos hablaban de ello y se preguntaban qué le pudo haber entretenido. Pasó una semana y luego un mes. De vez en cuando, los hijos de Ogaloussa preguntaban por qué no regresaba a casa su padre. Entretanto, la familia cuidaba la cosecha y los hijos mayores salían a cazar, y llegó el día en que nunca más se volvió a hablar de la desaparición de Ogaloussa.

La esposa de Ogaloussa dio a luz otro hijo, al que llamaron Pulí. Pulí creció, se hizo mayor, empezó a sentarse y a gatear, y un día empezó a hablar, y lo primero que dijo fue: «¿Dónde está mi padre?».

Los demás hijos otearon el horizonte a través de los arrozales.

—Sí —dijo uno de ellos—. ¿Dónde está papá?

—Debería haber vuelto hace años —comentó otro.

—Debe de haberle ocurrido algo. Tendríamos que salir en su búsqueda —intervino un tercero.

—Fue a la selva, pero ¿dónde lo encontraremos? —preguntó otro.

—Yo lo vi marchar —dijo uno de ellos—. Se fue en esa dirección, cruzando el río. Sigamos su rastro.

Así fue como los hijos tomaron sus armas y empezaron a buscar a Ogaloussa. Cuando estaban en la espesura de la selva, entre los grandes árboles y las lianas, perdieron el rastro. Buscaron y buscaron por la selva hasta que uno de ellos volvió a encontrarlo. Lo siguieron hasta que lo perdieron por segunda vez, y otro hijo volvió a encontrarlo. En la selva reinaba la oscuridad y se perdían muchas veces. Pero siempre había alguien que conseguía encontrar el camino. Por fin, llegaron a un claro, y allí en el suelo yacían dispersos los huesos y las armas de Ogaloussa. Había muerto durante la cacería.

Uno de los hijos dio un paso al frente y dijo: «Yo sé recomponer los huesos de un difunto». Los recogió y los fue colocando, uno a uno, en su lugar.

Otro dijo: «Yo sé cubrir el esqueleto con tendones, nervios y carne». Puso manos a la obra y recubrió los huesos de Ogaloussa de nervios y carne.

Un tercer hijo dijo: «Yo tengo el poder de inyectar sangre en un cuerpo». Inyectó sangre en las venas de Ogaloussa y luego se hizo a un lado.

Otro hijo dijo: «Yo puedo dar respiración a un cuerpo». Hizo su trabajo y todos pudieron ver que el pecho de Ogaloussa subía y bajaba. Estaba respirando.

«Pues yo puedo conferir la capacidad del movimiento a un cuerpo», dijo otro, otorgando al cuerpo de su padre la capacidad del movimiento. Entonces, Ogaloussa

se sentó y abrió los ojos.

«Yo puedo darle la capacidad del habla», dijo otro hijo. Y así lo hizo. Ogaloussa miró a su alrededor y se puso en pie.

«¿Dónde están mis armas?», preguntó.

Los hijos recogieron las armas oxidadas de la hierba y se las dieron. Luego deshicieron el camino andado, a través de la selva y de los arrozales, hasta llegar al poblado.

Ogaloussa entró en su choza. Su esposa le preparó un baño y se lavó. Permaneció en casa durante cuatro días, y el quinto salió y se afeitó la cabeza, pues eso es lo que hacía la gente cuando regresaba del mundo de la muerte.

A continuación, mató una vaca para organizar un gran festín. Agarró la cola, la trenzó y la adornó con cuentas, conchas de cauri y fragmentos brillantes de metal. Era preciosa. Ogaloussa solía llevarla a todos los actos importantes. Cuando había una danza o una ceremonia oficial siempre la llevaba consigo. En la aldea, la gente decía que era el postizo de cola de vaca más bonito que habían visto jamás.

Pronto hubo una celebración en el poblado para festejar el regreso de Ogaloussa del mundo de la muerte. La gente se vistió con sus mejores túnicas, los músicos llevaron sus instrumentos y se organizó una gran danza. Los tambores retumbaban y las mujeres cantaban. El vino de palma corría en abundancia. Todos eran felices.

Ogaloussa llevaba su admiradísimo postizo de cola de vaca. Algunos hombres se dirigieron a Ogaloussa y le pidieron el postizo, pero él se negaba reiteradamente y no lo soltaba de la mano. Poco a poco, el clamor y la confusión fue en aumento; cada vez era mayor el número de personas que se lo pedían, incluyendo las mujeres y los niños. Pero Ogaloussa los rechazó a todos.

Por fin, se levantó para hablar. La danza cesó y todos se acercaron para oírlo.

«Hace mucho tiempo fui a la selva», empezó diciendo. «Mientras estaba cazando, un leopardo me mató. Luego vinieron mis hijos y me trajeron de vuelta a mi aldea desde el mundo de la muerte. Le daré este postizo de cola de vaca a uno ellos. Todos han hecho algo para devolverme a la vida, pero solo tengo una cola de vaca que ofrecer, y se la daré al que hizo más para traerme a casa».

De inmediato se inició una discusión.

—¡Me la dará a mí! —dijo uno de los hijos—. ¡Yo fui quien hizo más, pues encontré el rastro en la selva cuando lo habíamos perdido!

—¡No, me la dará a mí! —replicó otro—. ¡Yo fui quien recompuso sus huesos!

—¡Pero yo los recubrí de tendones, nervios y carne! —intervino otro—. ¡Soy el que más se la merece!

—¿Olvidan que fui yo quien le concedió la capacidad de movimiento? —dijo otro hijo—. ¡La merezco yo!

Otro dijo que era él quien debía quedarse con el postizo de cola de vaca, pues le había inyectado sangre en las venas, y otro reivindicó el trofeo por haberle otorgado la respiración. Cada uno de los hijos reclamaba su derecho a poseer la maravillosa cola de vaca.

Al rato, no solo los hijos, sino también toda la gente de la aldea estaba hablando. Algunos decían que el hijo que había inyectado la sangre en las venas de Ogaloussa debía quedarse con el premio. Otros pensaban que todos los hijos tenían el mismo derecho, pues habían hecho cosas importantes, y que por lo tanto debían compartirla. Y discutieron, discutieron y discutieron hasta que Ogaloussa impuso silencio.

«Le daré la cola de vaca a este hijo, pues casi todo se lo debo a él», dijo Ogaloussa. Dio unos pasos, se inclinó y se la entregó a Pulí, el pequeño que había nacido mientras él estaba en la selva.

La gente recordó cuáles habían sido las primeras palabras del niño: «¿Dónde está mi padre?», y comprendieron que Ogaloussa tenía razón.

De ahí que circule un proverbio entre ellos según el cual un hombre no está realmente muerto hasta que todos se han olvidado de él.

VIII ORGULLOSO COMO UN PAVO REAL

Historias que fomentan un comportamiento positivo

Mi mejor amiga en la universidad era mucho más inteligente de lo que solía ser normal para su edad. Una noche, después de asistir a un pequeño recital en el que había cantado, me agradeció muy sinceramente mi asistencia y dijo: «Eres una amiga de verdad». «Ha sido un placer. Me ha gustado muchísimo», le respondí, sin comprender exactamente a qué venía todo aquello. «Una amiga de verdad», prosiguió, «no es alguien que está a tu lado cuando fracasas. Eso es fácil de hacer. No, en mi opinión, una amiga de verdad es alguien que está a tu lado cuando triunfas. Eso es muchísimo más difícil de hacer».

Han pasado veinte años desde que pronunció aquellas palabras, pero aún hoy siguen siendo importantes en mi vida. Apoyar a alguien durante sus momentos de éxito constituye una tarea realmente compleja. Requiere generosidad de espíritu y la capacidad de encerrar tu ego en un cajón durante unos instantes. También requiere visión. Casi siempre es más fácil reconocer los comportamientos negativos que aplaudir los positivos.

Las historias de este capítulo te ayudarán a fortalecer los comportamientos positivos de tu hijo, fomentarán la generosidad y el espíritu de compartir, nos enseñarán a pedir ayuda y a aceptar a la gente que es diferente a nosotros, así como a confiar en nosotros mismos.

El filósofo James Stephens nos dice en *The Crack of Gold*: «He aprendido [...] que la cabeza no oye nada hasta que el corazón escucha, y que lo que el corazón sabe hoy la cabeza lo comprende mañana». Las historias nos estimulan emocionalmente y, por consiguiente, tienen un extraordinario poder para influir en nuestro razonamiento, ayudándonos a cambiar o potenciar nuestro modo de ser y de estar en el mundo.

Este capítulo incluye historias de todo el planeta, desde Jordania hasta China, desde Egipto hasta los Estados Unidos. Úsalas con tu hijo como si se trataran de un beso de buenas noches; su mensaje requiere poca explicación, pero su efecto es permanente.

Ayudarse mutuamente

EL CIELO Y EL INFIERNO

Cuento chino versionado por LISA LIPKIN

Hace muchos años, un hombre decidió visitar el Cielo y el Infierno. Cuando llegó al Infierno, quedó asombrado por lo que vio: centenares de personas sentadas a una elegantísima mesa preparada para la cena y rebosante de un sinfín de exquisitos manjares —caviar, carne y pescado, quesos, pan y postres—. «Esto es increíble», pensó. «Después de todo, quizás el infierno no sea tan malo como dicen».

Pero cuando el hombre observó más detenidamente a los comensales, se dio cuenta de que todos estaban flacos y hambrientos a pesar de las ingentes cantidades de comida que tenían frente a ellos. ¡Vaya! ¡Les habían dado unos palillos de un metro y medio de longitud! Era imposible tomar la comida y llevársela a la boca con unos palillos tan largos. Tener un banquete tan cerca de los ojos y ser incapaz de probar nada era un verdadero infierno.

Luego, el hombre visitó el Cielo. A primera vista parecía exactamente igual que el Infierno. Centenares de personas sentadas a una preciosa mesa de banquete, repleta de exquisitos manjares. También aquí, cada comensal tenía un par de palillos de un metro y medio de longitud, pero todo el mundo era feliz degustando tan deliciosa comida. Cada uno usaba los palillos extralargos para dar de comer a otro.

Compartir

LOS DOS AMIGOS: UN CUENTO POPULAR

versionado por VERED HANKIN

Hace mucho tiempo, había dos amigos, Hassan y Michael, que vivían cerca del monte Moriah, situado donde actualmente se levanta la ciudad de Jerusalén. Hassan vivía en una aldea árabe, en la vertiente oriental del monte, mientras que Michael vivía en una aldea judía, en la vertiente occidental. Hassan habitaba en una pequeña choza con su madre, su padre, su abuela, su abuelo, cuatro hermanos, un tío, una tía y varios primos, y Michael en una choza de dimensiones similares con su madre. Cada día, los dos amigos trabajaban desde el alba hasta el ocaso, labrando las tierras que separaban su respectiva morada. Juntos arrancaban las papas y zanahorias, y segaban el trigo. Luego, se turnaban para encaramarse uno a los hombros del otro y agarrar manzanas y naranjas de los árboles frutales. Al término de la jornada, se lo repartían todo a partes iguales, y cada muchacho llevaba a su casa su parte correspondiente.

Michael y Hassan trabajaban muy duro y estaban exhaustos. Tan pronto como apoyaban la cabeza en la almohada, se quedaban profundamente dormidos. Pero una noche, Michael no podía conciliar el sueño y no paraba de dar vueltas y más vueltas en la cama. «¡Vaya!», meditaba. «No puedo dejar de pensar en mi buen amigo Hassan. Cada día, él y yo trabajamos y nos reímos juntos. Es imposible encontrar un amigo mejor. Pero pobre Hassan, tiene una familia tan numerosa... No me parece justo dividir la cosecha en dos partes iguales. Debería llevarse más, pues tiene que compartirla con más personas. Me siento como un mal amigo». Michael siguió dando vueltas y más vueltas al asunto en cuestión, hasta que por fin se incorporó en la cama con una sonrisa en los labios. «¡Ya lo tengo! Tomaré la mitad de mis frutas y verduras y las meteré en su granero. ¡A esta hora todos están dormidos y nadie advertirá la diferencia!». Así pues, se levantó, corrió hacia el granero, separó la mitad de su cosecha del día y se encaminó hacia la casa de Hassan. Una vez allí, vertió los alimentos adicionales en el granero de su amigo, regresó corriendo hacia su casa, se acostó y se quedó dormido al instante. Estaba tan fatigado...

Entretanto, Hassan también tenía dificultades para dormir aquella noche. Como Michael, estaba dando vueltas y más vueltas en la cama, con tanto estruendo, que acabó despertando a toda su familia.

—¿Qué pasa? —le preguntó su madre.

—¿Por qué das tantas vueltas en la cama? —le preguntó su abuela.

—Duérmete ya —murmuró su abuelo.

—Ojalá pudiera —respondió Hassan—. Pero no lo consigo. No puedo dejar de pensar en algo que me tiene muy preocupado.

—¡Pues no pienses más! —le ordenó su hermano mayor.

—Imposible —replicó Hassan.

Se dio la vuelta hacia la pared, haciendo un esfuerzo por conciliar el sueño, pero su cabeza seguía enfrascada en un sinfín de pensamientos. «Pobre Michael», se dijo. «No tiene una familia numerosa como yo, una que cuide de él como la mía lo hace de mí. Cuando sea mayor y llegue el momento de casarme, todos mis familiares se asegurarán de que encuentre una prometida y de que tenga el dinero suficiente para una dote. Pero ¿y quién cuidará de Michael? Exceptuando a su madre, está solo. No es justo que nos repartamos a partes iguales la cosecha del día. Él debería quedarse con más. Sí, realmente debería quedarse con más».

Entonces Hassan se incorporó en la cama y miró por la ventana. «¿A dónde vas?», le preguntaron su madre, su padre y sus abuelos.

«¡Volveré pronto!», respondió. Hassan corrió hasta el granero, separó la mitad de las frutas y verduras y se encaminó hacia la aldea de Michael.

Una vez allí, dejó los productos en el granero de su amigo, regresó corriendo a su

casa, se acostó y se quedó dormido al instante. Estaba muy fatigado. Por la mañana, Michael se levantó de la cama y fue a su establo. Poco después, volvió a salir rascándose la cabeza; estaba confuso. ¿Cómo era posible que hubiera la misma cantidad de cosecha después de haber dejado la mitad en casa de Hassan?

De camino hacia el campo, Hassan también pasó por su granero y, como Michael, salió confuso, sin comprender cómo podía haber la misma cantidad de cosecha que la noche anterior. Los dos amigos se reunieron en la montaña como cada día, aunque aquella mañana, la perplejidad les impidió pronunciar una sola palabra. Ambos trabajaron toda la jornada en silencio. Al atardecer, dividieron las frutas y verduras en dos partes iguales y regresaron a casa, deseosos de que anocheciera para llevar la mitad de lo que habían cosechado al granero de su amigo.

De nuevo, aquella noche los dos salieron sigilosamente de sus respectivas chozas para transportar la mitad de su cosecha a la otra aldea. Pero por la mañana ambos quedaron atónitos al comprobar que los montones de productos no daban la sensación de haber menguado.

Hassan y Michael continuaron haciendo lo mismo durante varias semanas. Pero una noche especialmente oscura, cuando la luna no era más que una finísima pincelada en el firmamento, los dos se encaminaron hacia la otra aldea con la mitad de lo cosechado aquella jornada, y al llegar a la cima de la montaña, ¡PATAPÚM!, ¡chocaron el uno con el otro! Un pepino salió disparado hacia un lado (*¡zas!*) y un tomate hacia el otro (*¡ploff!*). Intentando distinguir algo en la oscuridad de la noche, Michael dijo: «¿Uh?». Hassan replicó: «¿Eh?». Y Michael añadió: «¿Ah?». Y Hassan: «¡Ohhh!». Los dos amigos levantaron los brazos con un definitivo «¡Ajajá!» y se fundieron en un abrazo.

Transcurrieron muchos años. La gran ciudad de Jerusalén se construyó donde antes estaban los campos y las aldeas, y cuando Salomón, rey de Jerusalén, ordenó levantar el templo sagrado, tuvo que elegir un emplazamiento digno de la morada de Dios. Justamente entonces Salomón recordó la historia de la extraordinaria amistad entre Michael y Hassan, y el lugar en el que ambos se habían encontrado y abrazado, y aquel fue el sitio elegido.

El templo sagrado fue destruido generaciones más tarde, pero el muro occidental del mismo aún sigue en pie en Jerusalén, en la ciudad antigua, junto a la bellísima mezquita de Omar, revestida de oro. Aún hoy, aquel lugar, sagrado tanto para los judíos como para los musulmanes, continúa siendo un signo de esperanza, paz y amistad.

Confiar en la propia apreciación

UN CUENTO BEDUINO

Adaptado por LISA LIPKIN a partir
de una fábula de Esopo

Hace muchísimo tiempo, en un pequeño pueblo árabe en el desierto del Negev, un beduino viajaba en camello desde su casa, en lo alto de una duna montañosa, hasta el centro de la ciudad, a cuatro kilómetros de distancia. Su hijo lo acompañaba a pie. Algunos de sus primos los vieron pasar y murmuraron en voz alta: «¿Cómo puede ser tan cruel nuestro primo para dejar que su hijo vaya andando hasta la ciudad con este calor? Es una vergüenza, ¿no?». El hombre se sintió terriblemente culpable después de haber oído sus comentarios e insistió en que su hijo hiciera el resto del trayecto montado en el camello.

Al aproximarse al *shuk* (el mercado), situado en los alrededores de la ciudad, vieron a una mujer que vendía alfombras tejidas a mano. Al pasar junto a ella, les gritó: «¡Vaya padre que eres! ¿Cómo permites que tu hijo sea tan irrespetuoso y monte el camello mientras tú vas caminando? ¡Qué desgracia!».

El chico se sintió tan avergonzado que pidió a su padre que montara con él en el camello. «¡No lo puedo creer!», exclamó un chamán de la ciudad, al ver al padre y al hijo desde su tienda. «¡Deberían darles el premio a los hombres más crueles de nuestra ciudad! ¿No saben que un camello de este tamaño no puede soportar el peso de los dos? ¡Qué insensibles son!».

Así pues, el padre y el hijo se bajaron inmediatamente del camello, compraron lo que necesitaban e iniciaron el viaje de regreso, andando, cada uno a un lado del animal. Al pasar de nuevo por delante del *shuk*, un hombre que vendía especias les dijo: «He visto gente estúpida en mi vida, ¡pero ustedes se merecen el primer premio! Van andando junto al camello cuando uno podría ir montado en él. ¡Me muero de risa!».

Entonces, el hombre le dijo a su hijo: «Hoy hemos aprendido una lección. No te dejes llevar por la opinión de los demás. Mantente fiel a tus creencias. Al final, lo importante es tu apreciación».

Pedir ayuda

LA MONTAÑA Y EL ACANTILADO

de DAVID HOLTZ

Érase una vez, en el Antiguo País (donde transcurren las mejores historias), vivía un

hombre y su hijo. El hombre era uno de esos mercaderes que venden un poco de esto y un poco de aquello para ganar el sustento familiar. Habitualmente, vendía la mercancía a sus vecinos del pueblo, pero una vez al mes sacaba el carro, lo cargaba con un poco de esto y un poco de aquello, uncía el caballo y se ponía en camino para vender el género a la gente de otras localidades. Su hijo siempre lo acompañaba.

Casi nunca sucedía nada emocionante durante estos viajes, pero para el muchacho significaba una maravillosa aventura, ya que el pueblo en el que vivía estaba situado en un hermoso valle rodeado de altas montañas, y para llegar a otro pueblo había que cruzarlas. ¡Y ahí estaba la aventura! El único camino que salía del valle serpenteaba alrededor de la más alta de las montañas, y era tan estrecho que apenas permitía el paso del carro. Durante todo el trayecto, la ladera de la montaña quedaba a un lado, y al otro, un profundo acantilado.

Aquel día en concreto, el viaje empezó como de costumbre. Temprano por la mañana, el padre cargó el carro con un poco de esto y un poco de aquello. Luego, uncó el caballo, ambos montaron en el carro y, con un suave chasquido de la lengua y un ligero tirón de las riendas, se pusieron en marcha.

Estuvieron toda la mañana recorriendo el único camino que salía del valle, serpenteando alrededor de la más alta de las montañas, y siempre con la ladera de la montaña a un lado y el profundo acantilado al otro.

Era casi mediodía cuando alcanzaron la cumbre, donde el camino giraba para volver a serpentear por la otra vertiente montañosa. Al llegar al último recodo, el sol estaba en lo más alto del cielo. Allí, de pronto... ¡el caballo se detuvo! El padre y el hijo miraron al frente y vieron un enorme montón de rocas que habían rodado desde la cima hasta acumularse en medio del camino. ¡Rocas de todos los tamaños! El caballo se había detenido porque no sabía qué hacer. En aquel camino era imposible dar un rodeo, ¡pues siempre estaba la ladera de la montaña a un lado y el profundo acantilado al otro! Al parecer, no tendrían otro remedio que dar media vuelta y regresar.

Pero el muchacho se volvió y dijo: «No te preocupes, papá. Quitaré las rocas y así podremos seguir adelante». Saltó del carro y se puso a trabajar. Poco a poco, fue empujando, tirando y haciendo rodar las rocas por el acantilado. Trabajó durante dos horas. Ahora solo quedaba una roca. Después del arduo trabajo del muchacho, la roca más grande, la que estaba en la base del montón, seguía en medio del camino. Por mucho que lo intentó, no consiguió moverla. A pesar de haber trabajado dos horas y de haber quitado todas las otras rocas, no podían pasar. Con aquel peñasco en medio del camino, la ladera de la montaña a un lado y el acantilado al otro era imposible seguir adelante.

El muchacho regresó fatigado al carro, secándose el sudor de la frente con el

brazo. Miró a su padre y dijo: «Lo siento, papá, pero no puedo mover la última roca y es imposible rodearla. Me temo que no tendremos otro remedio que dar media vuelta».

Su padre lo miró y le preguntó: «¿Realmente has hecho todo lo que has podido?».

Sorprendido por aquella pregunta, el muchacho pensó durante unos instantes. Luego, su rostro se iluminó de inspiración, corrió hasta la parte trasera del carro y tomó una larga pieza de tela. Se dirigió hacia la roca, la envolvió con la tela, tomó aliento y empezó a jalar. Jaló y jaló con todas sus fuerzas, pero la roca no se movía.

Descorazonado, volvió al carro, se subió y dijo: «Lo siento, papá, ha sido inútil. Tendremos que volver».

Su padre ladeó la cabeza, mirando a su hijo, y de nuevo le preguntó: «¿Realmente has hecho todo lo que has podido?».

Aunque estaba muy cansado, el muchacho pensó durante unos instantes. De repente, se le ocurrió una idea. Corrió hasta la parte trasera del carro y sacó un tablón de madera. Fue hacia la roca, colocó un extremo del tablón debajo de ella y se inclinó sobre el otro extremo, cargando todo su peso sobre él, pero la roca no se movía.

Se quedó mirando a la roca durante unos segundos y luego regresó al carro. Una vez más dijo: «Lo siento, papá, pero no consigo mover esta roca. Tendremos que dar media vuelta».

Y una vez más su padre lo miró y le preguntó: «¿Realmente has hecho todo lo que has podido?».

En esta ocasión, el muchacho se enfadó. «¡Sí!, ¡sí! ¡Todo! He empujado, tirado y hecho rodar rocas por el acantilado durante dos horas. He usado la tela. He usado el tablón. ¡Realmente he hecho todo lo que he podido!».

Su padre meneó la cabeza y dijo con calma: «No, no lo has hecho, pues no me has pedido ayuda». Saltaron del carro y ambos se dirigieron hacia la roca. Juntos consiguieron hacerla rodar por el acantilado. Luego, volvieron a subir al carro, y con un suave chasquido de la lengua y un ligero jalón de las riendas, se pusieron en marcha.

Aceptación

EL GALLO QUE FUE REY
de PENINNAH SCHRAM

Hace mucho, mucho tiempo, vivían un rey, una reina y su hijo, el príncipe, al que

consideraban como la joya más preciada del reino, su mayor tesoro, la niña de sus ojos. El rey se aseguró de que los mejores profesores y los más sabios adivinos se encargaran de educarlo para ser un gran rey cuando llegara el momento de gobernar el reino.

Un día, el príncipe contrajo una extraña enfermedad y empezó a comportarse como un gallo. Se despojaba de las vestiduras y vagaba por todo el palacio, aleteando con los brazos como si fuera un gallo y cacareando. Asimismo, dejó de hablar la lengua del rey y de la reina, solo comía maíz del suelo, como un gallo, y se negaba a sentarse a la mesa con los demás. Lo hacía *solo* y *debajo* de la mesa.

El rey y la reina estaban muy preocupados y llamaron a los mejores médicos del reino para tratar al príncipe, con la esperanza de que lo curaran. Pero nada de lo que intentaban los médicos, los adivinos y otros curanderos parecía surtir efecto, y el príncipe Gallo seguía aleteando y cacareando feliz y contento, y paseando por todas las estancias del palacio.

Un día, llegó al palacio un hombre sabio.

—Vuestra majestad, me gustaría intentar curar al príncipe —dijo al rey.

—¿Dónde están tus medicinas? —preguntó, asombrado, el rey, pues los médicos siempre llevaban una bolsa llena de frascos con pociones y aceites.

—Tengo mis propios métodos, Vuestra majestad —respondió el sabio—. Concededme siete días a *solas* con el príncipe.

El rey, receloso, accedió, pues había perdido todas las esperanzas.

El sabio fue llevado en presencia del príncipe. Lo primero que hizo fue despojarse de todas sus vestiduras, saltar sobre la mesa y sentarse frente al Príncipe Gallo. Este se quedó mirando fijamente al desconocido durante mucho rato.

—¿Quién eres y qué estás haciendo aquí? —cacareó el Príncipe Gallo con curiosidad.

—Soy un gallo. ¿Acaso no lo ves? —respondió el hombre sabio, con naturalidad y paciencia.

—¡Vaya! Yo también soy un gallo. ¡Bienvenido! —respondió el príncipe, feliz de haber encontrado un amigo.

Pasó el tiempo mientras los dos compañeros cacareaban y aleteaban con los brazos.

Un día, el desconocido salió de debajo de la mesa y empezó a andar de un lado a otro —irguiéndose más y más, poco a poco—. El Príncipe Gallo se había encariñado tanto con su amigo que empezó a imitarlo. Y ambos paseaban por todo el palacio.

Otro día, el sabio se puso una camisa y los pantalones.

—¿Qué llevas puesto, amigo mío? —preguntó el Príncipe Gallo—. ¡Los gallos no se visten!

—Tienes razón, querido príncipe, pero tengo frío. No obstante, te aseguro que puedes seguir siendo un buen gallo con la ropa puesta. Inténtalo —lo desafió.

El Príncipe Gallo también se puso la camisa y los pantalones, y siguió cacareando y aleteando con los brazos.

Al día siguiente, el hombre sabio se sentó a la mesa y comió maíz de una fuente de oro. El Príncipe Gallo se sentó junto a él. Entonces, el sabio hizo una señal a los sirvientes y muy pronto la mesa estuvo dispuesta con copas, platos de oro, cubertería de plata y exquisitos manjares. Lentamente, el sabio empezó a comer de todo —con buenos modales— y el Príncipe Gallo lo imitó. No dejaron ni una miga de pan, y el Príncipe Gallo cacareó de júbilo.

La noche siguiente, el sabio empezó a dormir en una cama, tranquilizando al príncipe. «No te preocupes, príncipe, también puedes ser un buen gallo si duermes en una cama». Así, el Príncipe Gallo dejó de dormir debajo de una mesa y volvió a hacerlo en su cama real.

Poco después, el hombre sabio empezó a hablar con el príncipe sobre la filosofía de la vida.

—Espera un minuto, los gallos no tienen que pensar, y por supuesto no discuten sobre los méritos de una forma de vida —manifestó el príncipe—. Los gallos solo existen, se les alimenta y se les cuida; no tienen preocupaciones.

—Quizá tengas razón —respondió su sabio amigo—, pero eso no significa que no puedas ser un buen gallo si te enfrascas en una discusión. Al fin y al cabo, sabes perfectamente que eres un gallo.

El príncipe lo meditó y empezó a discutir ideas filosóficas con el sabio.

El séptimo día, el hombre se despidió del príncipe. Cuando estaba a punto de marcharse, dijo: «Recuerda, amigo mío, que los gallos son un objetivo muy codiciado por el cazador. Yo que tú, simularía ser un príncipe humano. Obra sabiamente y ayuda al prójimo. ¡Adiós!».

Desde aquel día, el príncipe caminó, comió y habló como el príncipe que era.

Y cuando, llegado el momento, se convirtió en un gran rey y gobernó todo el reino, nadie, salvo él, sabía que seguía siendo un gallo.

FUENTES ADICIONALES

Storytelling Magazine es una magnífica fuente, publicada por NAPPS, P.O. Box 309, Jonesborough, Tennessee 37659. Además de interesantes artículos, también edita un catálogo y libros, y en octubre patrocina un festival nacional de cuentacuentos.

A continuación, encontrarás algunas de mis páginas web favoritas:

www.storyteller.net Esta página es una especie de foro en el que podrás escuchar entrevistas e historias de cuentacuentos de todo el mundo, comprar cintas e informarte sobre las próximas representaciones.

www.the-office.com/bedtime-story/indexmain.htm Se anuncia como una fuente de documentación para padres que trabajan y que están muy ocupados. En esta página encontrarás una pléyade de cuentos infantiles tradicionales y modernos.

www.lis.uiuc.edu/puboff/bccb Esta página web del *Bulletin of the Center for Children's Books* revisa los libros infantiles publicados más recientemente.

www.storyarts.org Story/Arts online es una página web educativa para maestros, padres y alumnos. Dirigida por la cuentacuentos profesional Heather Forest, fomenta la actividad de contar historias en la clase y en casa para estimular la capacidad de hablar, escuchar, leer y escribir.

www.storiesalive.com Esta página web de la cuentacuentos Judith Black, que reside en Boston, está llena de actividades innovadoras para el aula y la casa.

www.familyplay.com/stories Esta web contiene cuentos de Golden Books para la hora de acostarse. Se actualizan a diario, de manera que los puedes imprimir y leer con tu hijo.

Estos son algunos de mis libros favoritos relacionados con el arte de contar historias y cuentos:

Bruchac, Joseph, *Tell Me a Tale*, San Diego, California, Harcourt Brace, 1997. Basado en historias de su familia, Bruchac enfoca los relatos desde todos los ángulos —ritual, celebración, rito de transición, historia— y muestra a los lectores cómo pueden

incorporar historias a su vida.

McGuire, Jack, *Creative Storytelling*, Cambridge, Massachusetts, Yellow Moon Press, 1985. Este libro enseña a los padres, maestros, cuidadores de jardines de infancia y bibliotecarios a elegir, inventar y compartir cuentos con los niños, haciendo hincapié muy especialmente en los tradicionales y de ficción.

Moore, Robin, *Awakening the Hidden Storyteller*, Massachusetts, Boston, Shambhala, 1991. Esta fantástica guía te ayudará a iniciarte en la narración de historias personales y familiares. Es ideal para quienes pretenden encontrar un sendero de autoayuda para cohesionar a la familia mediante la actividad de contar cuentos.

Paley, Vivian Gussin, *The Boy Who Would Be a Helicopter: The Uses of Storytelling in the Classroom*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1990. No es un libro de aprendizaje, sino un excelente ensayo sobre la forma en la que la autora utiliza la actividad de contar historias en el aula como inspiración, proporcionando una inmejorable ventana acerca de las formas más eficaces de contar cuentos para satisfacer las necesidades emotivas de los niños.

Pelowski, Anne, *The Family Storytelling Handbook*, Nueva York, Macmillan, 1987. La autora enseña a los lectores a utilizar las historias, anécdotas, canciones de cuna, papel y pañuelos para enriquecer las tradiciones familiares.

Sawyer, Ruth, *The Way of the Storyteller*, Nueva York, Viking, 1942. Si te gusta la escritura literaria, este libro no puede faltar en tu biblioteca. Aunque se escribió en 1942, la autora, que trabajó como cuentacuentos y folclorista profesional, deja caer un reguero de perlas de sabiduría que van más allá del tiempo, instruyendo a los lectores en el arte de contar historias y de dar rienda suelta a la imaginación. El libro también incluye las once historias favoritas de la autora.

Taylor, Daniel, *The Healing Power of Stories*, Nueva York, Doubleday, 1996. Es uno de mis libros espirituales favoritos de todos los tiempos; versa sobre la naturaleza del arte de contar historias y de su relevancia en nuestra vida.

Y también algunas grandes colecciones de historias:

Abraham, Roger D., *Afro-American Folktales*, Nueva York, Pantheon, 1985. Magníficos relatos para niños de ocho años en adelante.

Courlander, Harold y George Herzog, *The Cow-tail Switch and Other West African Stories*, Nueva York, Henry Holt, 1947. Una maravillosa colección de cuentos de África occidental que se pueden emplear para abordar temas como la adopción, la muerte, la justicia y la compasión.

Gellman, Mark, *Does God Have a Big Toe?*, Nueva York, HarperCollins, 1989. Este libro contiene una deliciosa colección de historias originales sobre relatos bíblicos.

- Jaffee, Nina y Steve Zeitlin, *The Cow of No Color: Riddle Stories and Justice Tales from World Traditions*, Henry Holt, 1998. Los niños tienen que adivinar el desenlace de cada una de estas fascinantes historias relativas a la justicia.
- McDonald, Margaret Read, *Twenty Tellable Tales*, Nueva York, H. W. Wilson, 1985. Esta espléndida colección de historias va dirigida a maestros o padres y está repleta de anotaciones de la autora sobre la historia de cada relato y su enfoque a la hora de contarlo.
- Schulman, Janet, *The 20th Century Children's Book Treasury*, Nueva York, Knopf, 1998. Este libro contiene cuarenta y cuatro de los cuentos más inolvidables y queridos por los niños, incluyendo *Good-night*, *Where the Wild Things Are* y *Madeline*.
- Schwartz, Howard, *Lilith's Cave*, Nueva York, Oxford University Press, 1988. Una fantástica exploración en la cara oscura del folclor hebreo, incluyendo Lilith y las historias demoniacas de la Alemania del siglo XVI.
- Torrence, Jackie, *Jackie Tales*, Nueva York, Avon, 1998. Además de proponer un sinfín de historias tradicionales y originales, la autora, cuentacuentos profesional, también da maravillosos consejos para narrarlas.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía sobre la literatura de la adopción

De 4 a 6 años

- Curtis, Jamie Lee, *Tell Me Again about the Night I Was Born*, Nueva York, HarperCollins, 1996 (trad. cast.: *Cuéntame otra vez la noche que nací*, Barcelona, Serres, 1999).
- D'Antonio, Nancy, *Our Baby from China*, Morton Grove, Illinois, Albert Whitman, 1997.
- Girard, Linda Walvoord, *We Adopted You*, Benjamin Koo, Niles, Illinois, Albert Whitman, 1989.
- McCully, Emily Arnold, *My Real Family*, Nueva York, Harcourt Brace, 1994.
- Myers, Walter Dean, *Me, Mop, and the Moondance*, Nueva York, Delacorte Press, 1988.

De 7 a 8 años

- Wasson, Valentina, *The Chosen Baby*, Filadelfia, J. B. Lippincott, 1977.

De 8 a 10 años

- Krementz, Jill, *How it Feels to Be Adopted*, Nueva York, Alfred Knopf, 1991.
- Peri, Lila, *Annabelle Starr, E.S.P.*, Nueva York, Clarion, 1983.
- Warren, Andrea, *Orphan Train Riders*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1996.

A partir de 10 años

- Ashabranner, Brent, «The Lion's Whisker», en *The Lion's Whisker, and other Ethiopian Tales*, Nueva York, Linnet, 1997.

Página web recomendada

www.angelfire.com/in/AdoptionStoryteller En el sitio web The Adoption Storyteller encontrarás historias de vida, amor, pérdidas y curación desde la perspectiva de la adopción.

Bibliografía de cuentos favoritos

para leer en voz alta

Hasta los 3 años

- Brown, Margaret Wise, *Good Night, Moon*, Nueva York, Harper & Row, 1947.
Reimpresión: HarperCollins, 1991.
- Hughes, Shirley, *Rhymes for Annie Rose*, Lothrop, Nueva York, Lee & Shepard, 1995.
- Hutchins, Pat, *Titch*, Nueva York, MacMillan, 1971. Reimpresión: Simon & Schuster Children's, 1993.
- Rankin, Joan, *Scared Cat*, Nueva York, Margaret K. McElderry Books, 1996.
Reimpresión: Aladdin Paperbacks, 1999.
- Rathmann, Peggy, *10 Minutes Till Bedtime*, Nueva York, G. P. Putnam's Son, 1998.
- Shannon, David, *No, David!*, Nueva York, Blue Sky Press, 1998 (trad. cast.: *¡No, David!*, León, Everest de Ediciones y Distribución, 2000).

Niños de 3 años

- Cohen, Miriam, *When Will I Read?*, Nueva York, Greenwillow Books, 1977.
Reimpresión Bantam Doubleday Dell, 1996.
- Hong, Lily T., *Two of Everything*, Morton Grove, Illinois, Albert Whitman, 1993.
- Sendak, Maurice, *Where the Wild Things Are*, Nueva York, Harper & Row, 1963.
Reimpresión: Harper Trophy, 1988 (trad. cast.: *Donde viven los monstruos*, Madrid, Altea, 2000).
- Shulevitz, Uri, *One Monday Morning*, Nueva York, Scribner, 1967. Reimpresión: Aladdin Books, 1986.
- Slobodkina, Esphyr, *Caps for Sale: A Tale of a Peddler, Some Monkeys, and Their Monkey Business*, Nueva York, W. R. Scott, 1947. Reimpresión: Harper Trophy, 1987.
- Wells, Rosemary, *Bunny Money*, Nueva York, Dial Books for Young Readers, 1997.
- Zion, Gene, *No Roses for Harry*, Nueva York, Harper, 1958. Reimpresión: HarperTrophy, 1976.

Niños de 4 años

- Collicott, Sharleen, *Toestomper and the Caterpillars*, Boston, Houghton Mifflin, 1999.
- Demi, *The Empty Pot*, Nueva York, Henry Holt, 1990.
- De Paola, Tomie, *Strega Nona*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1975.
Reimpresión: Aladdin Paperbacks, 1988.
- Kellogg, Steven, *Pinkerton, Behave!*, Nueva York, Dial Press, 1979. Reimpresión: Dial Books for Young Readers, 1993.
- Noble, Trinko Hakes, *Meanwhile, Back at the Ranch*, Nueva York, Dial Books for Young Readers, 1987. Reimpresión: Puffin, 1992.

Rathmann, Peggy, *Officer Buckle and Gloria*, Nueva York, Putnam's, 1995.
Seeger, Pete, *Abiyoyo*, Nueva York, Macmillan, 1986. Reimpresión: Aladdin Paperbacks, 1994.

Niños de 5 años

Browne, Anthony, *Piggybook*, Nueva York, Knopf, 1986.
Kimmel, Eric, *Anansi and the Moss-covered Rock*, Nueva York, Holiday House, 1988.
McDermott, Gerald, *Zomo the Rabbit*, San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1992.
Reimpresión: Voyager Picture Books, 1996.
Pinkwater, Daniel, *Tooth-Gnasher Superflash*, Nueva York, Four Winds Press, 1981.
Reimpresión: Aladdin Paperbacks, 1990.
Willis, Jeanne, *Earthlets, as Explained by Professor Xargle*, Nueva York, E. P. Dutton, 1988.

Otros libros

Cleary, Beverly, *Ramona the Pest*, Nueva York, William Morrow, 1968. Reimpresión: Camelot, 1996.
Dahl, Roald, *James and the Giant Peach*, Nueva York, Knopf, 1996. Reimpresión: Penguin, 1996 (trad. cast.: James y el melocotón gigante, Madrid, Alfaguara, 2001).
Lewis, C. S., *The Lion, the Witch and the Wardrobe*, Nueva York, MacMillan, 1950. Reimpresión: HarperCollins, 1994 (trad. cast.: El león, la bruja y el armario, Madrid, Alfaguara, 2000).
Shannon, George, *Stories to Salve*, Nueva York, Greenwillow Books, 1985. Reimpresión: William Morrow, 1991.

Niños de 6 años

Byars, Betsy Cromer, *The Pinballs*, Nueva York, Harper & Row, 1977. Reimpresión: HarperCollins, 1987.
Clearly, Beverly, *Dear Mr. Henshaw*, Nueva York, Morrow, 1983. Reimpresión: Avon, 1994 (trad. cast.: Querido señor Henshaw, Madrid, Espasa Calpe, 1996).
Rowling, J. K., *Harry Potter and the Sorcerer's Stone*, Nueva York, A. A. Levine Books, 1998. Reimpresión: Scholastic, 1999 (trad. cast.: Harry Potter y la piedra filosofal, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000).
Spinelli, Jerry, *Maniac McGee*, Boston, Little Brown, 1990. Reimpresión: HarperCollins, 1992.
White, E. B., *Charlotte's Web*, Nueva York, Harper, 1952. Reimpresión: HarperCollins, 1974 (trad. cast.: Las telarañas de Carlota, Barcelona, Noguer y Caralt, 1997).

CRÉDITOS

- Black, Judith, *Dumb Baby! [¡Niña tonta!]*, editado con la autorización de la autora.
- Courlander, Harold y George Herzog, «The Cow-tail Switch» [El postizo de cola de vaca], en *The Cow-tail Switch and Other West African Stories*, © 1947, editado con la autorización de Henry Holt.
- Fox, Carl, «The Growing Up of Littleberry Johnson» [Cómo creció Littleberry Johnson], en *Golden Story Treasury*, editado con la autorización de Golden Books, Inc.
- Gardner, Richard, «Cinderelma» [Cenicielma], en *Fairy Tales for Today 's Children*, editado con la autorización del autor.
- Gorden, Lisa, *Cow Patting Alongside Saturn*, editado con la autorización de la autora.
- Hankin, Vered, versión de *The Two Friends: A Folktale* [Los dos amigos: un cuento popular], editado con la autorización del autor.
- Holtz, David, *The Mountain and the Cliff* [La montaña y el acantilado], editado con la autorización del autor.
- Miller, Calvin A., «Leonardo Lobster» [La langosta Leonardo], en *When the Aardvark Parked on the Ark*, editado con la autorización del autor.
- Pierce, Mark y Karen Jennings, versión de *Long, Long Fingers and Ruby, Ruby Lips* [Dedos largos y labios de rubí], editado por cortesía de Mark Pierce y Karen Jennings.
- Piper, Watty, de *The Little Engine That Could* [La pequeña locomotora que sí pudo], ilustrado por Ruth Sanderson, © 1960 de The Platt & Munk Co., Inc., utilizado con la autorización de Platt & Munk, Publishers, división de Grossett & Dunlap, de Penguin Putnam Inc.
- Rowshan, Arthur, «Slurp, slurp, slurp», en *Telling Tales*, © 1997, editado con la autorización de Oneworld Publications.
- Schimmel, Nancy, «A Story for Heather» [Un cuento para Heather], en *Just Enough to Make a Story*, © 1992, editado con la autorización de Sisters' Choice Recordings and Books.
- Schram, Peninnah, «The Rooster Who Would Be King» [El gallo que fue rey], en *Jewish Stories One Generation Tells Another*, © 1993, de Jason Aronson, Inc.
- Doctor Seuss, *The Cat in the Hat* TM [El gato en el sombrero], © 1957 del Dr. Seuss Enterprises, L. P., actualizado en 1985, editado con la autorización de Random House Children's Books, división de Random House, Inc.
- Torrence, Jackie, «Aunt Sally and Uncle Fifth» [La tía Sally y el tío Quinto], en *Jackie*

Tales, © 1998, de Jackie Torrence, editado con la autorización de HarperCollins Publishers, Inc. y Avon Books.

Acerca del autor

LISA LIPKIN es cuentacuentos y su quehacer le ha permitido dar la vuelta al mundo. Sus historias y artículos han aparecido en numerosas publicaciones.

Título original: *Bringing the Story Home*

Originalmente publicado en inglés, en 2000, por W.W. Norton & Company, Inc. Nueva York

Diseño de portada: Tania Villanueva

© 2000, Lisa Lipkin

© 2001, Joan Carles Guix, por la traducción

Derechos mundiales en español

Publicada mediante acuerdo con W. W. Norton & Company, Inc. 500 Fifth Avenue, New York, New York 10110

© 2015, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PAIDÓS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Segunda edición: junio de 2017

ISBN: 978-607-747-357-2

Primera edición en formato epub: junio de 2017

ISBN: 978-607-747-362-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafía Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 PAIDÓS



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE

Índice

Portadilla	4
AGRADECIMIENTOS	9
PRÓLOGO	10
INTRODUCCIÓN	14
Filosofía y enfoque	16
I. TRANSFORMAR UNA TOPERA EN UNA MONTAÑA	20
Cómo incorporar los cuentos a las actividades cotidianas	20
La hora de las comidas	21
Los quehaceres domésticos	24
En lugar de la televisión	25
Al acostarse	26
De viaje	27
Más gorras mágicas	28
Los deberes escolares	28
Y a veces la Y	29
El reciclaje y el medio ambiente	33
El mapa mágico	34
II. DE NIÑO CORRÍA QUINCEKILÓMETROS POR LA NIEVE HASTA LLEGAR A LA ESCUELA	38
Cómo recopilar y compartir el folclor familiar	38
El mundo de la infancia	41
El significado de los nombres	45
Los objetos de nuestra vida	46
Donde nos curamos: historias de hospital	47
Rojo como un tomate: historias de vergüenza	48
Hay una mosca en tu plato: historias prácticas para gastar bromas	49
¡Pillín, pillín!: historias de disciplina	50
Fotografías	50
Expresiones familiares	51
Costumbres familiares	52
Personajes familiares	53
La tía Sally y el tío Quinto	54

Cómo convertirse en un folclorista	56
Adopción	60
III. SONRISAS, RISITAS Y CARCAJADAS	62
Cómo leer historias a los niños	62
Preparación para leer en voz alta	64
Cómo conseguir que las historias escritas sean más divertidas	66
Cómo sacar el máximo partido de las ilustraciones	74
Combinarlo todo	77
Un niño llamado Ray	78
Cuentos de hadas	80
Cinderelma [Cenicielma]	83
La Cenicienta india	88
IV. MAGOS, REPTILES Y VENTISCAS	91
La invención de relatos imaginarios	91
Descubre tus joyas ocultas	92
Érase una vez...	94
Inventar un cuento	95
Historias que relajan	100
La creación de historias originales	102
Cómo inducir una historia	104
Un cuento para Heather	105
V. ZÁMPATE A LOS DUENDES TRAVIOSOS	108
Cómo eliminar el miedo de las historias de fantasmas	108
Cómo divertirse con las historias de terror	110
Actividades espeluznantes que no asustan	112
Creación de historias de fantasmas simpáticos	113
Dedos largos y labios de Rubí	115
VI. ¿QUIÉN REMOLCÓ EL ARCA DE NOÉ?	118
Cómo dar vida a los relatos bíblicos	118
Trasfondo cultural	120
Selección de la historia	120
Preparación de la historia	121
El midrash moderno	124
Guía del paraíso para un neoyorquino	124
La parábola de la serpiente	129

Descubrir a Dios	131
La langosta Leonardo	132
VII. CUANDO LA VIDA NOS ENTRISTECE	134
Historias que abordan temáticas infantiles	134
Sentimiento de soledad	135
Cómo creció Littleberry Johnson	135
Rivalidad entre hermanos	138
¡Niña tonta!	138
Chuparse el pulgar	141
¡Slurp!, ¡slurp!, ¡slurp!	141
Controlar la desconfianza	143
El dragón	143
Miedo a la oscuridad	144
El niño y la oscuridad	144
Muerte de un ser querido	146
EL POSTIZO DE COLA DE VACA	146
VIII. ORGULLOSO COMO UN PAVO REAL	150
Historias que fomentan un comportamiento positivo	150
Ayudarse mutuamente	150
El cielo y el infierno	151
Compartir	151
Los dos amigos: un cuento popular	151
Confiar en la propia apreciación	153
Un cuento beduino	154
Pedir ayuda	154
La montaña y el acantilado	154
Aceptación	156
El gallo que fue rey	156
FUENTES ADICIONALES	159
BIBLIOGRAFÍA	162
Bibliografía sobre la literatura de la adopción	162
Bibliografía de cuentos favoritos para leer en voz alta	162
Otros libros	164
CRÉDITOS	166

Acerca del autor	168
Créditos	169
Planeta de libros	170